
ANTON ARRIOLA
EL RUIDO DE ENTONCES
erein

Anton Arriola

El ruido de entonces



Anton Arriola (Durango, 1967)

Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Deusto y MBA por la Universidad Luigi Bocconi. Tras pasar su infancia y juventud en Bilbao, ha vivido en Milán, Nueva York y Londres, trabajando en el entorno empresarial durante dos décadas.

Su primera novela, Rjukan (2014), se enmarca en el ámbito del alpinismo, las cuestiones éticas y los interrogantes existenciales. La travesía del Voga (Premio de Narrativa Playa de Ákaba 2015), es una reflexión sobre la inteligencia artificial y la inmortalidad, ambientada en una travesía por el Mediterráneo. Con El Negro y la Gata (2016) inició la serie protagonizada por el ex cura y profesor de Antropología Ander Azurmendi. El caso Newton (2018) y El diario de Josef Barath (2020) completan la saga.

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüístico del Gobierno Vasco.

1ª edición digital: mayo de 2021

Diseño de interior:
Iturri
Ilustración y diseño de cubierta:
Pablo Ugartetxea
Maquetación electrónica:
Erein

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
erein@erein.eus

ISBN de la versión digital:
978-84-9109-682-5
Digitalizado por Erein S.A.
www.erein.eus

A José Mari, *in memoriam*
y a los jóvenes vascos, que no lo vivieron

Esta memoria, la de nuestra propia
falibilidadcomo individuos, es la que
tenemos que transmitir.

Géraldine Schwarz, *Los amnésicos*

1

Una segadora en la cabeza

Los recuerdos más intensos suelen tender a la abstracción, y supongo que habrá en el ámbito de la psicología alguna teoría de la significación que dé cuenta de ello. Es este el terreno en el que los olores y los ruidos –y las sombras, palabras sueltas, imágenes deformadas o relámpagos–, abandonando su papel secundario, tienen la oportunidad de trascender. Nos ocurre tanto con los de reclamo traumático como con los intensamente felices. También están esos recuerdos que podríamos denominar simplemente nostálgicos, leves e incomprendidos temblores en la línea del tiempo, que son sin duda los más enigmáticos: ¿por qué precisamente tal cara, ese gesto, aquel jersey, la palabra *Rosebud*, el olor de la magdalena? Mi madre dice que durante años, al despertarse los sábados por la mañana, oía el ruido de la segadora. La maquinaria del mundo se ponía en marcha con aquel ronroneo estremecedor, que le hablaba de aniquilamiento y desolación como ningún elaborado soneto o discurso pudiera hacerlo. Una sima se abría en su conciencia hasta que, transcurridos apenas unos segundos, los sonidos del presente imponían su prevalencia –pajarillos, el leve trajín de primera hora en la cocina, o incluso la segadora de un vecino, de otro vecino.

Vivíamos en la urbanización que a principios de los años setenta construyeron en el monte Unbe, un enclave en plena naturaleza, rodeado de bosques, al que se accedía entonces por una estrecha y sinuosa carretera. Ciento veinticuatro chalets con dos mil metros de parcela. Eran todos muy similares, con cuatro modelos entre los que elegir. Estilo caserío vasco «modernizado», inspirado tal vez en la arquitectura del País Vasco francés. En un amplio altiplano estaban situados los servicios comunes: piscinas, campo de fútbol de hierba, pistas *quick* de tenis y el *aterpe*, un chamizo construido en el mismo estilo arquitectónico que los chalets y cuya función era alojar las misas y las reuniones vecinales, además de acoger a los adolescentes en días de lluvia, que por aquel entonces y en determinadas épocas del año era casi siempre. Con el tiempo fue escenario del primer cigarrillo, el primer porro y con suerte el primer escarceo sexual de buena parte de los jóvenes de la

urbanización. Estábamos a comienzos de los ochenta y yo tenía trece años. Hasta entonces el monte Unbe había sido para mí un espacio de libertad, en el sentido asilvestrado y desafiante que tenía entonces la libertad.

Nuestro vecino de la derecha era un personaje ilustre. Nacionalista vasco, gerente de la empresa Petronor y presidente de la Cámara de Comercio de Bilbao. Tenía varios hijos, una mujer chilena y dos foxterrieres que, cuando ladraban inesperadamente, sacando con sigilo la cabeza entre los barrotes de hierro de la verja, nos daban unos sustos de muerte. Más tarde, tras su jubilación, fue alcalde de la localidad costera de la que provenía. Amenazado por ETA durante una época –quién sabe con qué grado de concreción, esas precisiones estaban siempre veladas–, guardaba bajo la cama una escopeta, «para darles su merecido si venían» a por él. Mi padre me transmitió, en una rara quiebra del secretismo de los adultos, aquella mezcla de exabrupto y confidencia. Admirado, debatí conmigo mismo si realmente hubiera sido capaz de enfrentarse –era un hombre de gran envergadura y determinación–, y si, de haberlo hecho, habría sido una buena decisión o habría acabado tirado en un charco de sangre sobre el suelo de su dormitorio. Entonces se tenía a los etarras más por una banda de jóvenes exaltados y descarriados que por un grupo terrorista bien organizado, y es posible que de producirse un intento de secuestro hubiese logrado ahuyentarlos. También que hubiera acabado lleno de agujeros.

El hombre que vivía en el chalet de enfrente, al otro lado de la carretera interior de la urbanización, era un piadoso y extravagante constructor que nos llevaba a la chavalería de Unbe a hacer excursiones por los montes de los alrededores, caminatas en las que mezclaba conceptos *scout* con la invocación religiosa. Poseía un ardor mesiánico, y elaboró un plan que se hizo famoso en aquellos días. El proyecto consistía en elevar unos cientos de metros los mil quinientos del Gorbea, uno de los montes más altos de Euskadi, para que, acomodándonos a los nuevos tiempos, pudiéramos contar con nuestra propia estación de esquí. Hombre cercano al Partido Nacionalista Vasco, acabó en la cárcel de Basauri por estafar presuntamente a la Diputación de Bizkaia. Se dijo que había inyectado al subsuelo de un solar donde debía construirse un edificio público, de modo innecesario, diez mil metros cúbicos de una mezcla de sulfatos, agua y cemento. Años más tarde resultó que, dada la lejanía del suelo rocoso, el informe geotécnico justificaba aquellas medidas extraordinarias para el asentamiento del terreno. Quizás, después de todo, fuera el hombre apropiado para elevar una montaña. Tenía dos pastores alemanes que eran uno de los terrores de la urbanización. Negros, con el morro afilado y los ojos alocados, estaban sin duda más cerca del lobo que del perro, y su ataque era inevitable si uno se adentraba en aquella casa. Hacían su vida al final de unas cadenas de varios metros de longitud que les permitían una considerable amplitud de movimientos. Mis padres nos mandaron allí en más de una ocasión a realizar algún recado de escasa importancia. Si uno de los perros lobo te enganchaba de los pantalones y te rasgaba la carne, la mujer

del constructor, mientras te hacía la cura, decía que todo se debía al miedo que habías dejado traslucir. Lógicamente, era un imán irresistible para cualquier perro guardián. La única vez que vi a los perros lobo fuera de casa, liberados por algún error, uno de los foxterrieres tuvo la mala idea de sacar la cabeza entre los barrotes, para realizar su truco habitual. Se la arrancaron. Son recuerdos de la infancia que permanecen en la memoria.

El vecino cuya parcela estaba situada a la izquierda de la nuestra, un hombre serio de nombre extranjero, era ingeniero y tenía cinco hijos. Que recuerde, no tenían perros. Los sábados por la mañana, a primera hora, solía cortar el césped de su parcela, tan en pendiente como la nuestra. Verle empujar el cortacésped cuesta arriba era una imagen incongruente. Su porte académico de aire inocente, las gafas y un cuerpo no muy atlético, aunque delgado, casaban poco con las actividades físicas. Se trataba de uno de los mayores expertos del país en energía nuclear y, desde hacía un tiempo, dirigía el proyecto de construcción de una central en Lemoiz. Debido a esta circunstancia, el 6 de febrero de 1981, tras mantenerlo una semana secuestrado bajo reivindicaciones de imposible cumplimiento, la organización terrorista ETA lo mató de un tiro en la nuca. Apareció amordazado y maniatado en un bosque de Zaratamo. El día siguiente era sábado, y mi madre, muy temprano, tras haber dormido apenas un par de horas, escuchó el ronroneo de la segadora. Pero solo existía ya dentro de su cabeza.

1

Yan Lianke

La capacidad de recordar es uno de los elementos fundamentales que nos distinguen de los animales y de las plantas, la primera condición de nuestro crecimiento y nuestra madurez. Es la tierra de cultivo en la que nace y se hace nuestra mirada sobre el mundo. A veces se atrofia. A veces renunciamos a ella o viene anulada por la mirada colectiva. La memoria es el campo de batalla de la Historia; pero ahora poseemos la oportunidad de escribirla juntos. La oportunidad de no dejar un relato falso sobre la vida y la muerte a los que vengan detrás de nosotros. Y todo empieza en la memoria individual. Pero, ¿qué importancia real tiene todo esto?

Hoy es el sexto día de confinamiento por la crisis del coronavirus, y en la prensa encuentro una carta de Yan Lianke, escritor y disidente chino. Está dirigida a sus alumnos de posgrado de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hong Kong. Hace unos años leí su libro más célebre, *El sueño de la aldea Ding*, sobre el escándalo de la sangre contaminada que asoló zonas rurales de la provincia de Henan. A mediados de la década de los años noventa decenas de centros médicos ambulantes recorrieron la región, comprando la sangre de sus habitantes a cuatro dólares el litro. Los aldeanos, incitados a vender por unas monedas grandes cantidades de su propia sangre, fueron víctimas de una de las mayores epidemias conocidas hasta entonces en el país. Las transfusiones, que se hicieron en condiciones higiénicas mínimas, reutilizando las jeringuillas y mezclando la sangre de muchos pacientes en grandes bidones comunes, propagaron el VIH por la región. En algunos pueblos hasta el sesenta y cinco por ciento de los habitantes contrajeron el sida. El Gobierno chino hizo todo lo posible por ocultarlo, pero el escándalo acabó saltando a los medios internacionales a través de las confesiones de los infectados. Hasta ese momento, China negaba la existencia del sida en el país, aduciendo que se trataba de una «enfermedad de extranjeros». A través del relato de Lianke, la verdad de lo ocurrido se expandió en el viento y se hizo imperecedera.

En su carta a los estudiantes, el escritor dice que la persona sin memoria es, en esencia, como el madero sin vida; serán el serrucho y el hacha los que determinen su forma futura. Se lamenta de que China se apreste a celebrar con

gran efusión la victoria bélica sobre el azote de la Covid-19. Teme que las estadísticas se falseen y los muertos y el dolor se minimicen, en aras del relato de la *grandeur* nacional. Mientras tanto, en Occidente sufrimos los primeros embates de este azote. El relato de la crisis del coronavirus será también, es ya, campo de batalla geopolítico. El Gobierno chino tardó mucho en reconocer el problema y empezar a gestionarlo, algo que ahora están intentando esconder, y la Administración estadounidense reaccionó también con lentitud. Sabiendo lo ocurrido durante meses, no se preparó. El presidente de Estados Unidos se ha adelantado a culpar a los chinos de lo que acontezca. Los chinos responden que todo pudo comenzar con los soldados americanos que participaron en los Juegos Militares de octubre en Wuhan, el foco originario de la pandemia. Aunque a veces nos lo parezca, la batalla por el relato no es una quimera: se dirime en los centros de poder, y son miles o millones los que pueden perecer en ella.

¿Quién puede decirnos en qué consiste la vida humana, nuestra realidad, nuestra verdad y nuestras existencias individuales en este mundo?, prosigue Lianke. Su preocupación nos parece natural. Generaciones de chinos han vivido su vida o buena parte de ella en una gran mentira. Relatos mentirosos han llevado en este país a millones de personas a la cárcel y a la muerte. Pero en el nuestro sabemos, al menos aproximadamente y cada uno con sus matices, qué fue lo que ocurrió. La transparencia es, nos decimos, si no total, muy amplia. Los jóvenes, por su parte, miran hacia delante, no tienen interés en viejas historias. Entonces, ¿es necesario regodearse en el recuerdo? ¿Recordar aquello que causa dolor? ¿Para qué?

Con el olvido de la memoria individual, la carne pierde el alma, sentencia Lianke. Cuando todo recobra la calma, ese minúsculo sustento de una verdad que podría remover el mundo deja también de existir. La historia se convierte así en una leyenda, un olvido y una ficción sin base ni fundamento. Al final de la carta el escritor chino se rebela e invoca a sus colegas escritores, guardianes del recuerdo, a que recojan la verdad antes de que desaparezca. La verdad de los muertos en Wuhan, en Hubei y en otras muchas ciudades, provincias y regiones del país. La verdad de los números y la verdad detrás de los números.

La verdad de las familias rotas y de su llanto.

El hombre sin importancia

Hace unos años, acuciado por el recuerdo, decidí tratar de escribir una novela sobre el secuestro y asesinato del ingeniero José María Ryan. La tragedia de su muerte había quedado especialmente adherida a nuestra particular historia familiar, pero era también una de las que con mayor horror recuerdan todos los que vivieron aquellos tiempos convulsos. En un plano más general, mi interés no estribaba en escribir una novela sobre ETA, la historia de un error tan craso y fatídico se me antojaba plana, susceptible tan solo de una aproximación maniquea. O, en cualquier caso, yo no contaba con la perspectiva necesaria para plasmar lo realmente interesante desde el punto de vista social y literario, es decir, cómo pudo llegar a consumarse un error de tal calibre. El caso de Lemoiz, sin embargo, me parecía una historia con más aristas, con más puntos de vista y más culpables, y quizás representara una oportunidad de abordar de una forma global las tensiones y respuestas de una sociedad. Me concedía a mí mismo una probabilidad muy baja de llegar a conseguirlo; pero tal vez mereciera la pena intentarlo.

La intuición me decía que aquel debía ser un relato muy pegado a lo que ocurrió, aunque no tanto de carácter periodístico –en principio se trataba de una novela–, sino más bien escrito según los códigos de ese género que estaba tan de moda y en el que cabía casi de todo, la llamada «literatura del yo». Mi familia había tenido una participación tangencial pero cercana en aquella terrible historia. Además, me resultaría fácil entrevistar a otras personas que la habían vivido de primera mano. Para lo que no obtuviera de este modo y no estuviera en las hemerotecas tiraría de la ficción. Pertrechado con este plan me presenté en casa de mis padres una tarde de finales de septiembre. Pero su respuesta fue decepcionante. Mostraban un hermetismo difícil de comprender. Debían de tener todos los datos dentro de su memoria y, sin embargo, parecían haberlos olvidado. Mi padre era compañero de curso de José Mari en la Escuela de Ingenieros. Habían coincidido en las milicias universitarias en Zamora. Entraron a trabajar en la compañía eléctrica Iberduero justo el mismo día. Las parejas eran amigas y salían ocasionalmente desde antes de vivir puerta con puerta. La mujer de José Mari, Pepi, era nuestra dentista. Aun así,

las respuestas de mi madre eran tan etéreas e inasibles como las motas de polvo que flotan al trasluz. Mi padre por su parte callaba.

Impulsado por el manual de buenas prácticas del escritor, insistí, aunque sin mucha convicción, ya que intuía de dónde surgía su reticencia. No tardé en desistir, y aquella noche mi madre me confirmó con un mensaje lo que sentía. Este es un extracto:

Son recuerdos que por mucho que queramos, y aunque haya que recordar por justicia, nos han marcado, y huimos porque, casi cuarenta años después, duelen mucho. Aquellos días fueron tan intensos…, esa muerte nos dejó petrificados y despellejados. Lo que nos pasa es que volvemos a sentirnos revueltos y doloridos por el recuerdo; lo que me pasa es que me siento revuelta y dolorida.

Unos días más tarde encontré en la hemeroteca un artículo que daba cuenta de la petición de uno de los hijos del ingeniero. Recurrentemente, en el aniversario del asesinato, volvía a aparecer en la prensa la foto de su padre amordazado y maniatado en el bosque. Pedía que aquella foto no volviera a publicarse. Pedía respeto al derecho a la intimidad de su familia. ¿Quién era yo para negárselo?

Arrumbé las páginas que llevaba escritas y comencé una nueva versión de la novela, esta vez abandonando la literatura del yo por un relato de tinte histórico que ahondaría en los personajes y en los hechos reales, pero con la distancia de la ficción. Sin embargo, seguía chocando con la realidad y con la necesidad de olvidar. Una y otra vez. Una frase que había escuchado decir a Javier Cercas daba vueltas en mi cabeza: «la ficción salva, la realidad mata». Estaba de acuerdo, la realidad que seguía subyaciendo en el relato me adentraba en una niebla espesa de dolor y pesar que mataba. Podía sentir su gélido hálito, que acababa con cualquier atisbo de inspiración que pudiera encontrar en mí. Finalmente, me decidí por una tercera versión de la novela, en la que los personajes perderían sus rasgos reales, los hechos se camuflarían o trastocarían y los detalles de lo que sucedió serían sorteados. Pretendía que fuera una alegoría de lo ocurrido, en la que no se mencionara ni a José Mari ni a ETA y ni siquiera a Lemoiz, sustituido por un trasunto: Momategi, el nombre del arroyo que desemboca en la central. Con el título de *El hombre sin importancia*, esta versión sí llegué a completarla. Estaba basada en el diario ficticio de un ingeniero de nombre Expósito.

La novela buscaba reflejar la forma pueril pero inexorable en la que, en las cosas de los hombres, las posiciones se van extremando hasta hacerse irreconciliables. También quise contar la historia de un hombre inocente atrapado en una encrucijada. Había leído por aquellos días una novela escrita por Philippe Claudel titulada *El informe de Brodeck*. En este caso se trataba de una alegoría del nazismo, en la que los nazis, los judíos, Hitler o la Gestapo no eran mencionados en ningún momento. Aquello me dio ánimos. Pero

pronto comprendí que *El hombre sin importancia* era una novela coja, por mucho que algunos de mis «lectores cero» la considerasen la mejor de entre las mías. Intuía que, en este caso, más allá de alegorías, el lector querría saber qué fue exactamente lo que pasó alrededor de la central nuclear de Lemoiz. Tal vez tuvieran que pasar unas décadas más para que una alegoría sobre los tiempos del terrorismo pudiera funcionar. O tal vez yo no supiera darle el tono adecuado.

Pasó un tiempo y me embarqué en otros proyectos. Llegó marzo de 2020 y nos vimos obligados a permanecer confinados en nuestras casas por la crisis del coronavirus. Escribía por aquel entonces una novela sobre mis años en Londres, un ejercicio en el que el dilema entre realidad y ficción me estaba generando, una vez más, un sinfín de problemas. Me costaba despegarme de lo realmente vivido, y esa querencia involuntaria cortaba las alas de mi ficción y hacía que esta cayera con estrépito. Por otra parte, aquel extraño tiempo parecía requerir algo diferente. El tema obvio era una pandemia que acaba con el mundo tal y como lo conocemos: los diferentes estadios de angustia, solidaridad, pánico y supervivencia eran buen material para un *thriller*, o para una novela más profunda sobre el ser humano al estilo de *La peste*, de Camus; aunque, dado que la realidad había superado una vez más a la ficción, quizás fuese tarde para la distopía. Uno de los debates abiertos por la crisis del virus era el grado de solidaridad y civismo de nuestra sociedad. En un país tan cainita como el nuestro, el veredicto tendía a ser desolador. Éramos un desastre, decían muchos, y lo habíamos hecho mucho peor que los chinos, los coreanos, los alemanes… Tan solo los italianos estaban contagiados de una desidia social comparable a la nuestra. Yo recordaba lo difícil que es mantener a un inglés lejos de su *pub*, y me decía que lo que nos caracterizaba realmente era la desconfianza y el lloriqueo. Que éramos, en el Estado español, un país de histéricos. En cuanto a las acciones e inacciones de las autoridades, las críticas eran aún más demoledoras. Las caceroladas de protesta se multiplicaban. También, es cierto, se aplaudía con todo merecimiento al personal sanitario, un concepto suficientemente aséptico y neutral. Pero, por lo general, lo de la unión en momentos de crisis no iba con nosotros.

Algo contrariado con este ambiente, se me ocurrió que podía ser una buena ocasión para retomar el relato de cómo había reaccionado la sociedad vasca ante aquella otra crisis, la de la central nuclear de Lemoiz, con la ventaja de que, si para el final del confinamiento no había logrado llegar a ninguna parte, podría tirar el resultado al cubo de la basura y volver a mi vida normal y a mi novela sobre Londres. También en aquel caso, como ahora con el coronavirus, se había generado un dilema de tintes potencialmente dramáticos entre apoyar la economía y proteger vidas humanas. Además, necesitaba centrar mi atención en algo que no fuera pasarme el día siguiendo las evoluciones de la pandemia. La literatura es una buena forma de escapar. Tanto leer una novela como, en determinadas circunstancias, escribirla. Pensé

que podía darle otra oportunidad a la literatura del yo: aunque los lectores comenzaban a dar muestras de cansancio, todavía seguía estando en boga. Volví a plantearme las virtudes y los peligros de recordar, de no olvidar, de plasmar el relato de lo que ocurrió. ¿Con qué ánimo encontraría a mis padres, colaboradores necesarios?

El ingeniero

El comienzo de una novela es muy importante, eso no se le escapa a ningún escritor. Esas primeras líneas muestran cuál va a ser el tono de lo que el lector se apresta a leer. Mi comienzo favorito son las primeras páginas de *Moby Dick*. En ellas, Melville da cuenta de la atracción irresistible del narrador, Ismael, por «la parte acuática del mundo». En *El hombre sin importancia* pretendí introducir, desde el primer momento, la fatalidad como motor del relato. Además, y de manera algo arbitraria, imaginé que el ingeniero Expósito, como Ismael el mar, llevaba dentro de sí ese destino fatal. Arrancaba así:

La primera indicación de que el infortunio le acechaba la tuvo mientras paseaba por la ría, que aquella mañana bajaba embravecida y de un sucio color marrón. A lo largo de la semana las lluvias invernales habían sido continuas, provocando que el cauce engordara hasta amenazar con desbordar los muelles. El domingo, sin embargo, había amanecido sin rastro de nubes, animando a un gran número de transeúntes a salir de sus casas. Muchos parecían calibrar el contraste entre el cielo diáfano y el furor de las aguas. Contemplaban la ría para después alzar la cabeza, como necesitando tomar aire, o, en el caso de aquellos que lo hacían con mayor celeridad, como necesitando librarse de un espanto. También el ingeniero se detenía a intervalos a observar la violencia de aquel oscuro flujo, en su caso con atención exclusiva, sin apenas prestar atención a la mañana. Sentía una peculiar agitación; estar tan cerca del abismo –de una muerte segura– le producía una sensación embriagadora. Por momentos tuvo el impulso de arrojarse a la corriente, chocar contra las olas y hundirse desapareciendo en un remolino. Visualizaba la acción y sus músculos se tensaban, dispuestos ya a impulsarle hacia delante. Era entonces cuando la excitación alcanzaba su cenit: por un instante su mente flotaba en el vacío, perdida la consciencia de sí mismo. Un pánico eufórico que le hacía cerrar los ojos y agarrarse a duras penas a la barandilla. Llegaba a tantear el horror del final y lo evitaba in extremis, jugaba con la muerte de tú a tú y se sentía vivo o, más bien,

renacido a la inefable sensación de estar vivo. Que, sin embargo –pensaba seguidamente con desánimo, una vez que la inyección de adrenalina se disipaba–, la propia vida se encargaba tantas veces de deslucir, hasta rebajarla a algo zafio y rutinario. Atrapado en este vaivén de sensaciones se recreó en el macabro juego tres o cuatro veces, hasta que topó con el embarcadero del ferry que cruzaba la ría. La hilera de gente que esperaba hizo que tuviera que separarse unos metros de la ribera, y el murmullo de sus voces terminó por hacerle volver a la realidad más inmediata.

Al principio no reparó en nadie en especial, observó la fila con esa vaga y tranquila curiosidad del paseo del domingo. Un grupo variopinto de vecinos se aprestaba a visitar la margen derecha, la ribera elegante de la ría. Matrimonios de jubilados, algunos hombres por su cuenta y una madre con dos niñas, idénticas a primera vista. Reconoció entonces a uno de los solitarios, el dueño de un bar que frecuentaba de tanto en tanto; le extrañó, porque en aquel negocio el aperitivo del domingo era el momento de mayor afluencia y rentabilidad. El hombre, apodado Basurde, de mediana edad, hombros cargados y rostro sonrosado, fue el primero en ponerle sobre aviso. Sin atender a su saludo se acercó y le anunció que se había creado una comisión popular. Le chocaron la aparente ironía y el gesto contrariado en el rostro del tabernero, actitud que no supo a qué achacar. Tal vez se tratara de un equívoco y solo le molestaba el sol, elucubró, ya que era realmente excesivo aquel día, y por sus posiciones le daba en plena cara. Además, ¿por qué comunicarle precisamente a él, tan ajeno a esos asuntos, la creación de una comisión popular? No estaba en absoluto interesado en la política, nunca se había inmiscuido en ella, y tampoco alternaba con sociedades o asociaciones de ningún tipo. En realidad, si lograba encontrar alguna excusa, incluso evitaba la junta de su comunidad. Por otro lado, creía llevarse bien con todo el mundo, o al menos no tener problemas con nadie, de tal manera que no fue hasta más tarde, al acercarse a la plaza y cruzarse con otros vecinos, y percatarse de que algunos bisbiseaban a su paso o incluso le señalaban sin disimulo, cuando intuyó con claridad que algo iba mal. A pesar de ello siguió caminando, despacio, porque no estaba en su naturaleza apresurarse: paseó entre los tilos de la plaza, se detuvo unos minutos en un banco y, con las campanadas de las doce, observó cómo los feligreses retrasados se dirigían apresurados hacia la iglesia. Nada de todo esto logró serenarle.

¿Qué pudo impulsarme a caracterizar de esta manera a mi personaje? José María Ryan había nacido en Bilbao en 1943. Tenía unos treinta y siete años cuando lo conocí. Desde mi limitada perspectiva de «niño que observa a un vecino a hurtadillas», era un hombre diferente. Más serio y más enjuto, como si tuviera una misión que cumplir. Mi padre era amigo suyo, pero yo veía que la relación que tenía con él era diferente a la que tenía con otros amigos. Estos eran, al igual que él, alegres camaradas y, siguiendo los hábitos de la época,

incipientes barrigudos. La chanza y la carcajada, la ironía, eran el modo establecido de comunicación. Con el otro parecía que hubiera que hablar de algo serio. Además, el apellido extranjero lo situaba en una clase aparte. Más elevada, pero también más lejana, en el territorio lleno de prevenciones de la alteridad. Tampoco era de los que acudían a las reuniones seudo clandestinas del nacionalismo vasco que comenzaban a proliferar, tales como los conciertos reivindicativos en frontones del País Vasco francés. O el primer *Alderdi Eguna*, día del partido del PNV, en los montes de Aralar, con la estampa de los guardias encaramados sobre las rocas con sus metralletas. La urbanización había sido promovida por familias históricas del nacionalismo, y eran muchos los vecinos de Unbe que acudían a esos eventos. También nosotros. Los Ryan, en cambio, no, por mucho que Eduardo Ryan, uno de los tíos curas de José Mari, hubiera sido represaliado en la posguerra por su cercanía al nacionalismo vasco.

De origen irlandés, los Ryan eran una familia asentada e incluso ilustre dentro de la sociedad vasca. El abuelo de José Mari había recalado en Barakaldo a principios del siglo pasado. Trabajaba en los Altos Hornos, y se involucró intensamente en su entorno social. El apellido Ryan llevaba ya tres generaciones pronunciándose en su fonética castellana, *Rian*. Solo después de que José Mari fuera señalado y secuestrado se extendió en muchos ámbitos su fonética inglesa, *Raian*. En algunos casos supongo que intencionadamente, en otros por mero desconocimiento. Recuerdo una conversación que mantuve por aquel entonces con un compañero de clase. Cursábamos nuestros estudios en la ikastola Lauro, una cooperativa de enseñanza creada por unos centenares de familias que deseaban que sus hijos fueran educados en euskera. La familia de mi compañero formaba parte de la minoría que se movía en el ámbito del independentismo radical. «*Raian* es un traidor capitalista», me dijo, «un extranjero que ha venido a Euskadi a hacer dinero con la construcción de la central». Yo le juré que era mi vecino desde hacía años, y que le podía garantizar que no tenía nada de extranjero recién llegado. Que era un euskaldún, es decir, alguien de nuestra tierra (aun si no lo fuese en la acepción estricta de la palabra, la del conocimiento del euskera). Creo que me creyó, pero eso no alteró demasiado su opinión. ETA, en su aviso del secuestro al diario *Egin*, le había tildado de «yanqui imperialista, al servicio de la oligarquía española».

Ryan cursó estudios de Ingeniería Industrial en Bilbao y en 1966 entró a formar parte de la eléctrica Iberduero. De inmediato, la empresa le envió a Estados Unidos, donde se diplomó en Energía Térmica y Nuclear. Al volver se incorporó como ingeniero en la central térmica de Burtzeña, y al cabo de los años pasó a la de Santurtzi. Después fue destinado como ingeniero jefe del proyecto de la central nuclear de Lemoiz. Cuando la organización terrorista lo secuestró llevaba un tiempo en esta función, y estaba destinado a ser el responsable de la central cuando esta entrase en funcionamiento. Se había casado diez años atrás con Pepi Murúa, una mujer resuelta y cerebral que

provenía de una familia de hacendados y vinateros de Elciego, en la Rioja Alavesa. Se habían conocido en Pamplona. Ella estudió Medicina y se hizo dentista. Tenía un carácter introvertido que traslucirία en sus apariciones públicas durante el secuestro, junto con su determinación y su buen juicio. Llegaron a Unbe unos años después que nosotros, con cuatro hijos pequeños y otro en camino, todos varones, con los que mis padres intentaron que mi hermano y yo trabáramos algo de amistad. Por diferencia de edades, la cosa no fructificó.

El ingeniero estaba muy ilusionado con la central, y creía que la energía nuclear traería muchos beneficios a Euskadi. No había tomado nunca medidas de seguridad. No tenía miedo y creía que nada tenía que temer, pese a que algunos amigos le hicieran observaciones al respecto, y los días anteriores al secuestro anduviera algo preocupado por un comentario que le había hecho un tío jesuita, el tío Jesús. Pero pensaba que nada malo hacía dedicándose por entero a su profesión. Era un profesional, un técnico, y las grandes decisiones estratégicas sobre la apuesta nuclear se tomaban fuera de su ámbito. ETA había causado ya la muerte de tres trabajadores de la central, pero tal vez las bombas no pretendían matar y el atentado se les había ido de las manos. Si acaso, eran los directivos del primer nivel, como el presidente Areitio, los que debían tomar precauciones. La primera reacción de su mujer al enterarse del secuestro, más allá de la angustia, fue de incredulidad. A pesar de su evidente conexión con la futura central, no se explicaba las razones por las que ETA había elegido a su marido como objetivo en una campaña contra Iberduero.

Pero la primera línea de la compañía no trabajaba sobre el terreno, sino en la sede central de Bilbao, y contaba además con un servicio de seguridad. Ryan era un objetivo fácil, algo muy apreciado por la organización terrorista. No tenía ningún tipo de escolta, y la carretera que llevaba de la ubicación de la central en la cala de Basordas a la urbanización del monte Unbe era muy apropiada. Subía y bajaba por colinas solitarias cubiertas por cerrados bosques de pinos. Había infinidad de lugares donde se podía tender una emboscada. Todavía hoy, esa carretera transcurre por un territorio que se ha mantenido virgen y despoblado. En la oscuridad de la noche sigue siendo una senda tenebrosa. Antes de centrarme en el protagonista y elegir *El hombre sin importancia* como título de mi alegoría, había barajado el de *La carretera del desamparo*. Esos eran los elementos que, desde entonces, con más fuerza habían prendido en mi imaginación: el hombre y la carretera. El desamparo del hombre en la inhóspita y solitaria carretera, esa noche fatídica del 29 de enero. El ingeniero había salido de la central a las 19:45, en su Seat 131 de color blanco. Nunca llegó a casa. A las 21:30, se recibió una llamada en la delegación en Bilbao del diario *Egin*. «Tenemos a Ryan, de Iberduero», dijeron. Comenzó entonces una morosa semana de angustia y esperanza, cuyo desenlace pasaría a formar parte de la historia de la infamia.

Hay gente que oye ruidos dentro de su cabeza. Habitualmente pitidos, pero también tañidos, susurros, rugidos, chirridos, latidos, zumbidos… El

término médico para esta condición es tinnitus, del latín *tinnere*, que significa sonar. El tinnitus no es una enfermedad, sino un síntoma que puede ser producido por diversas afecciones leves, normalmente la pérdida de audición por envejecimiento. Aunque estos ruidos son muy molestos, rara vez son signo de problemas graves.

Desde que mataron a José Mari, los sábados por la mañana mi madre oía el ruido de una segadora dentro de su cabeza. Este fenómeno le duró bastantes años, pero no era una afección médica, se trataba de una enfermedad del alma. Aun así era un problema grave, producido por una herida profunda. Por fortuna fue sanando, aunque nunca acabaría de cerrarse del todo. Cuando me decidí a intentar una segunda aproximación a la novela, esta vez de forma telefónica debido al confinamiento, mi madre se mostró, una vez más, reticente a recordar. No fue hasta que le envié el borrador de los primeros capítulos que se animó a recuperar sus memorias, decidiéndose por fin a colaborar. Una de las primeras cosas que me dio a entender fue que, siendo cierto que ella había tardado años en asimilar la muerte de José Mari, el impacto en mi padre había sido mucho mayor. En los días siguientes íbamos a decidir, sin llegar a expresarlo y de forma tácita, mantener las conversaciones entre nosotros dos, tratando a un mismo tiempo de no importunar el silencio de mi padre.

2

Una Costa Vasca Nuclear

En mayo de 1972, la Dirección General de Energía concedió a Iberduero la autorización previa para la instalación de dos reactores nucleares de 900 MW en la cala de Basordas, sita en el municipio de Lemoiz. Existía además una previsión para dos reactores más. El año siguiente la compañía eléctrica, una de las más avanzadas de Europa, solicitó la autorización para construir en Euskadi y Navarra otras tres centrales nucleares: Punta Endata en Deba, con dos reactores de 1000 MW; Ogella en Ispaster, con dos reactores de 1000 MW y prevista para cuatro más; y Soto de Vergara en Tudela, con un reactor de 1000 MW.

Visto desde el presente aquellos eran planes desproporcionados, faraónicos, a todo punto inconcebibles: construir tres centrales nucleares de gran tamaño en los ciento setenta y seis kilómetros de costa vasca, con un millón y medio de habitantes en el corredor poblacional situado entre Bilbao y San Sebastián. La justificación de las autoridades energéticas y de la propia compañía para la implantación nuclear a gran escala se fundamentaba en nuestra tradicional carencia de recursos energéticos, casi absoluta en cuanto a hidrocarburos líquidos y gaseosos y con un carbón escaso, de mala calidad y difícil extracción. Los recursos hidrológicos estaban ya exprimidos al máximo. Además, la dependencia de los derivados del petróleo para la producción eléctrica suponía un enorme peligro. Los precios del crudo se habían duplicado en el periodo 1970-1973, y los países árabes mostraban su disposición a utilizar el «arma del petróleo».

En esa época los conflictos militares en Oriente Medio se sucedían. A finales del setenta y tres se desató la cuarta guerra árabe-israelí. El 6 de octubre, día del Yom Kippur, el más sagrado del calendario judío, Egipto y Siria atacaron Israel. Pretendían recuperar, respectivamente, el Sinaí y los Altos del Golán. Aunque Israel se llevó un buen susto, la guerra llegó a su fin en veinte días sin que los árabes hubieran logrado sus objetivos. Sin embargo, los éxitos iniciales de la campaña llevaron a un renacer del orgullo árabe.

Como represalia contra Occidente, la OPEP decidió elevar los precios del petróleo y declarar un embargo a los países que habían ayudado a Israel, empezando por Estados Unidos. Antes de final de año el precio del barril de petróleo se había triplicado de nuevo. La crisis subsiguiente arrasaría las economías occidentales y duraría hasta bien entrada la década de los ochenta. El paradigma del crecimiento sin límite se vino abajo. Al capitalismo occidental le faltaba la gasolina del motor, en manos de fanáticos personajes con turbante. El «arma del petróleo» era temible y poderosa. Euskadi, con una importante industria intensiva en energía, sufrió con extrema dureza las consecuencias de su uso. En este marco de caos e incertidumbre, se iba a desarrollar la batalla nuclear.

La crisis intensificó la determinación de Iberduero y del Gobierno español a implementar el ambicioso programa nuclear, ávidos de poseer una fuente de energía eléctrica fiable y económica. Los planes no fueron acogidos con mala cara por el nacionalismo vasco. Sus dirigentes no ocultaban una honda preocupación por el futuro de la industria y, adicionalmente, se decían que de esa manera se lograría la independencia energética del País Vasco. La propia ETA lo veía con buenos ojos. Pero tanto unos como otros callaban o se movían en la ambigüedad. Quizás anticipaban el rechazo popular. Mi padre nos dijo, en más de una ocasión y con tono grave, que no había otra, que si no adoptábamos la energía nuclear las fábricas tendrían que parar. Esa era la opinión generalizada entre las personas relevantes en el mundo económico y empresarial. Yo defendí más de una vez ante mis compañeros de la ikastola esta necesidad imperiosa. Con esa edad existía cierta confusión, se mezclaba la energía nuclear con la bomba atómica. Más adelante sería una posición aún más difícil de mantener; el movimiento antinuclear se haría muy popular. Aunaría el creciente afán ecologista con la rebeldía ante los poderes oligárquicos. Se hicieron enormes pintadas antinucleares y contra Iberduero, la empresa donde trabajaba mi padre; al pasar ante la del Eskolape, en Lekeitio, yo solía bajar la cabeza o mirar hacia otro lado. Incluso se compuso una canción de protesta contra la compañía eléctrica, que se iba a convertir poco después en uno de los mayores *hits* de las fiestas populares. El estribillo decía: *Iber-iber-iber-iber-iber-iberduero, iber-iber-iber-iberduero kanpora. Ez, ez, ez, zentral nuklearrik ez…* No hay un joven o adolescente vasco de aquella época que no la recuerde.

Fueron los ciudadanos y sus representantes municipales los que organizaron las primeras campañas de protesta. La Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear (llamada popularmente Costa Vasca) se conformó agrupando asociaciones de familias, de vecinos y culturales, las únicas entidades que habían salido del régimen franquista bien organizadas y con capacidad de liderar a la sociedad civil en el ámbito local. La Comisión se iba a rodear de un equipo de científicos y juristas, centrándose en informar y concienciar a la población y en dar la batalla en todas las instancias jurídicas disponibles. Bajo su auspicio se crearon los Comités Antinucleares, presentes

en casi todos los pueblos y barrios del País Vasco. Con el tiempo obtuvieron el respaldo de cofradías de pescadores, colegios profesionales, comerciantes, profesores de universidad… Con el tiempo, su lucha se hizo muy popular, y ETA comprendió en qué lado de esa lucha le convenía estar.

¿En manos responsables?

En *El hombre sin importancia*, el ingeniero Expósito prosigue con el recorrido de su paseo habitual hasta que, al llegar a los arcos del ayuntamiento, llama su atención el nutrido corro de ciudadanos que se ha congregado ante el tablón de anuncios. Se acerca y lee el cartel de gran tamaño que todos observan, y en el que en grandes letras rojas se convoca para aquella misma tarde la primera asamblea de la Comisión de Defensa contra Momategi. Comprender qué es lo que motiva el peculiar comportamiento de sus vecinos hace que su cuerpo se estremezca.

Al día siguiente es convocado a una reunión con la primera línea ejecutiva de la compañía eléctrica. Al fin y al cabo, le dicen, aunque él es solo un profesional del ámbito técnico, no deja de estar en el ojo del huracán. El ingeniero se ve sorprendido por la falta de prevención que muestran los ejecutivos, por la poca atención que le han concedido hasta entonces a la ciudadanía y al previsible movimiento de protesta. El narrador, que, siguiendo lo escrito en su diario, adopta el punto de vista de Expósito, lo describe así:

La reunión tardó un rato en conformarse, porque debía de ser un hábito entre los directores saludarse e intercambiar informaciones antes de iniciar formalmente la sesión. Todo este tiempo, él permaneció sentado en el lado más alejado del corrillo del presidente, porque era su primera reunión con la ejecutiva y no conocía las costumbres. Y posiblemente, admitió, se trataba también de una cuestión de confianza en sí mismo. Dado que los precedentes habían quedado bien establecidos en esta fase preliminar, el presidente pudo ir directo al grano.

—Señores, hay una campaña en ciernes en contra de la Compañía –anunció. Hubo un pequeño revuelo y el presidente llamó entonces a un extraño individuo de treinta y cinco o cuarenta años, de quien no se dijo el nombre, pero al que en los cuchicheos señalaron con el apelativo de «topo». A una señal del presidente, el topo, que vestía de manera informal y lucía barba, relató sus averiguaciones. Eran estas: la primera asamblea de la Comisión de Defensa contra Momategi había tenido lugar en un local cedido por el

ayuntamiento el domingo a las siete de la tarde, no finalizando hasta pasada la medianoche. La asistencia había rondado las doscientas personas, incluyendo representantes obreros, grupos ecologistas y asociaciones «contrarias a la burguesía y el capital». Había quedado conformado un comité gestor con representación de los diversos grupos –en total una docena de personas–. El objetivo que se había marcado la Comisión era la paralización inmediata del Proyecto Momategi, utilizando todas las vías disponibles: políticas, jurídicas o de cualquier otro tipo –el topo adoptó una inflexión inquietante al mencionar esta tercera posibilidad–. Como primer paso se había aprobado la organización de una campaña de manifestaciones, marchas y acampadas de protesta. La sesión había finalizado con gritos e insultos en contra de la Compañía y de su presidente, que el topo tuvo la delicadeza de no detallar.

El ingeniero se admiró de la profesionalidad del infiltrado, que, además de muy preciso en sus averiguaciones, podía pasar fácilmente por ser un integrante de cualquiera de aquellos colectivos disidentes –que sin embargo le inspiraban un evidente desprecio–. Aun así, no le gustó el carácter siniestro de aquel personaje, y quedó bastante confundido ante la gran exaltación que el relato del topo causó entre los directores, todos ellos muy sorprendidos e indignados, incluido el todopoderoso director de relaciones institucionales, Orreaga, que, parapetado detrás de sus gafas de concha, negaba con la cabeza con una expresión muy seria. Y sin embargo, a él todo lo que había contado el topo le parecía previsible, y de hecho sus entrañas venían anunciándoselo desde que viera el cartel en los arcos del ayuntamiento. Se creó así una primera e inesperada fisura en su confianza en la infalibilidad de la ejecutiva.

Una vez los directores recobraron la calma, el presidente preguntó si alguien tenía alguna idea sobre lo que debía hacerse, con palabras que indicaban que él tenía varias, pero deseaba escuchar primero a sus colaboradores. El director de generación eléctrica observó entonces que lo mejor era acelerar las obras y comenzar la producción, ya que así «se acallarían todas las bocas». El responsable jurídico indicó que había que prever y atajar posibles demandas legales, y el de relaciones institucionales pidió una reunión urgente con el presidente del país. Finalmente, el director de *marketing* exigió una potente campaña de publicidad. Después se giró hacia el ingeniero y le preguntó con aspereza cómo marchaba la campaña de divulgación que se le había encomendado. El resto de los directores lo miraron también, la mayoría con cierta extrañeza, y Orreaga, con una ambigua sonrisa en el rostro, tuvo a bien presentarle formalmente.

El ingeniero se levantó entonces de su silla, porque intuyó que así debía hacerlo, como cuando de colegial le tomaban la lección. Se ajustó las gafas y aclaró la voz. Le hubiera gustado decir entonces que, en su opinión, la localización de Momategi era demasiado cercana a la ciudad, pero la realidad es que no se atrevió, y tras titubear un instante dijo lo siguiente:

—En mi opinión, y con el debido respeto, hay que elaborar un protocolo de evacuación más detallado y ponerlo en conocimiento de la población… Así

lo he indicado en mis informes al señor director de generación eléctrica.

No sabría decir por qué fue esto lo que dijo, cuando le habían preguntado por la campaña de divulgación, y además podía prever el malestar que sus palabras iban a causar en el director de generación eléctrica, su jefe directo. Pero sintió que debía defenderse, como si aquella comisión popular fuera de alguna forma culpa suya. El rostro de su jefe enrojeció.

—Eso no tiene nada que ver con lo que se le ha preguntado –manifestó alzando la voz. Después miró hacia la presidencia–. Señor presidente, es evidente que anunciar un plan de evacuación detallado solo lograría alarmar a la población, además de dar argumentos a los opositores.

Acto seguido añadió que el ingeniero carecía de una perspectiva global del asunto. Entonces el responsable de *marketing* intervino para insistir en la necesidad de lanzar una campaña de publicidad, y en la discusión resultante el ingeniero aprovechó para sentarse.

La reunión prosiguió durante una hora sin que surgieran nuevas propuestas ni se acabara de aprobar nada concreto. Parecía que iba a concluir sin resultados cuando el presidente tomó la palabra y anunció la creación de un comité de expertos, formado por algunos de los directores más experimentados, con el fin de anticipar y contrarrestar los movimientos de la Comisión de Defensa. Aquella decisión calmó los ánimos: el problema estaba ya encarrilado. El propio ingeniero encontró muy reconfortante la idea de agrupar a los directores más experimentados en un comité. Pero acto seguido volvió a sobresaltarse, al oír que el presidente, fijando por un instante su mirada en él, añadía su nombre a la lista de integrantes.

Cuando secuestraron a Ryan, el presidente de Iberduero creó un comité de crisis. Tenía que lidiar con un problema sin precedentes y de apariencia irresoluble. ETA Militar, al reivindicar al día siguiente el secuestro del ingeniero, había condicionado su liberación a la decisión conjunta de Iberduero y el Gobierno español de proceder a la demolición de la central nuclear de Lemoiz. Les concedía para ello siete días. El plazo comenzaba a contar desde las 17:40 del día 30. Terminaría por tanto el 6 de febrero a esa misma hora. Pocos días antes, el mismo Pedro Areitio, en una demostración de firmeza, había declarado públicamente: «Pese a quien pese, Lemóniz funcionará». En los planes de la empresa se contaba con la llegada de uranio enriquecido ese mismo año, y la entrada en funcionamiento para el siguiente. La central estaba prácticamente finalizada, con un coste aproximado de ciento treinta mil millones de pesetas; en su construcción se habían utilizado tres mil toneladas de hierro y doscientos mil metros cúbicos de hormigón. El terreno para su emplazamiento se había ganado al mar mediante un dique rompeolas de cien metros de largo y quince de alto. Además, cientos de reactores funcionaban por todo el mundo sin percances dignos de ser mencionados. Demoler Lemoiz era un acto inconcebible.

Mi padre me contó que fue invitado a ingresar en el comité de crisis. En

su caso, por su cercanía al nacionalismo vasco. Al igual que Expósito, era un profesional joven, un técnico de un nivel más bajo en la organización que el de la mayoría de los ejecutivos convocados, primeros espadas de sus departamentos. Se creía que un contacto con el Partido Nacionalista Vasco sería preceptivo en algún momento. Tal vez ellos tuvieran algún medio de influir en la organización terrorista. Se sabía que mi padre tenía acceso a los dirigentes nacionalistas.

Iberduero era una de las eléctricas punteras en Europa. Desde el punto de vista técnico, tenía poco que envidiar a alemanes o franceses. Sus activos de generación y distribución de electricidad eran extraordinarios. Sin embargo, la empresa seguía rigiéndose en muchos aspectos con los modos aún no superados de la época franquista. Había nacido y se había desarrollado bajo los parámetros del «capitalismo de amigos», que imperaba todavía en buena parte de la economía española. Determinados estamentos corporativos no estaban a la altura de una empresa moderna, en especial en el ámbito de su consejo y de su presidencia, que permanecían bajo el influjo estrecho de las familias tradicionales de la oligarquía vasca, en plena decadencia. La empresa contaba con la competencia suficiente para diseñar y construir una central nuclear de primer nivel, pero su capacidad de planificación y previsión en otros ámbitos dejaba seguramente mucho que desear.

Iberduero no informó suficientemente a la población, no se ganó su confianza ni previó su oposición; creyó que podía obviar esta cuestión. Solo llegó a organizarse un debate público entre la Comisión de Defensa y la compañía, que tuvo lugar en Getxo, organizado por las asociaciones de vecinos de los barrios de Romo y Artaza. Se celebró en la iglesia de San José Obrero, con dos mil personas presentes y el espacio a rebosar, pero la experiencia no volvió a repetirse. Iberduero tampoco logró producir y comunicar un plan de evacuación sensato y creíble para el Gran Bilbao, a quince kilómetros en línea recta de la central. Las discusiones sobre el emplazamiento de Lemoiz se zanjaron con argumentos ya entonces superficiales, que con el tiempo se han demostrado temerarios y sorprendentes. Además, la compañía se excedió innecesariamente con la presentación de un programa nuclear faraónico, que de llevarse a cabo hubiera hecho de la costa vasca el lugar con mayor concentración de centrales nucleares del mundo. Alguien quiso dar la campanada, ponerse demasiadas medallas. Cuando ETA secuestró a Ryan, tampoco supieron qué hacer ni cómo reaccionar. Hay que admitir que no era nada fácil. Pero creo que, por encima de todo lo demás, no supieron comprender hasta qué punto el mundo había cambiado en la década transcurrida desde que a principios de los setenta idearan la central. No supieron ver que el final del franquismo, el accidente de Harrisburg –primero de gravedad de la industria nuclear– y la nueva conciencia antinuclear habían transformado por completo los parámetros de la realidad en la que operaban.

Cuando mi padre me contó su impresión de aquellas reuniones del comité

de crisis, que se sucedieron a lo largo de la semana que duró el secuestro, una imagen afloró en mi mente: la de los pollos corriendo sin cabeza. En una vida anterior, yo mismo había tenido que lidiar frecuentemente con consejos y presidentes de compañías, y había podido comprobar que, todavía hoy en día, algunas de las grandes decisiones empresariales que afectaban a miles de personas se tomaban con muy poca profesionalidad y un gran exceso de ego. Y también que el «capitalismo de amigos» no había desaparecido, al menos no en determinados ámbitos.

En *El hombre sin importancia*, el ingeniero Expósito se ha metido en un lío con su jefe y han mantenido una agría conversación. «Usted es un ingeniero competente, eso se lo voy a conceder –dice el director de generación eléctrica con acritud–, pero debe admitir también que es usted…, cómo decirlo…, un excéntrico. Digamos que algunos de sus comportamientos no se adecúan a lo habitual en una gran organización. Ha de saber que los flujos de comunicación son lo que mantienen en movimiento y sin embarrancar a las grandes organizaciones como nuestra Compañía…, y eso incluye tanto qué decir como qué callar en cada momento. Hoy, por ejemplo, usted ha alarmado a la ejecutiva de forma innecesaria».

El ingeniero calla su desacuerdo. Al día siguiente, siguiendo el mandato del presidente, acude a la primera reunión del comité de expertos.

La primera reunión del comité se convocó para el martes a primera hora de la mañana, en la sede de la Compañía. Llegó temprano y tuvo que esperar un par de horas sentado en la sala de juntas. Al parecer, las intensas lluvias de la noche anterior habían anegado los accesos principales a la ciudad, y la mayor parte de los directores, que vivía en urbanizaciones del extrarradio, no había podido pasar. En cuanto al director de *marketing*, que tenía su vivienda en las inmediaciones, esperaba a que hubiera quórum en el confort de su despacho. El ingeniero apenas sufrió un ligero retraso en el trayecto de tren que le acercaba al centro de la ciudad desde la desembocadura de la ría. De este modo, tuvo tiempo de repasar los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas.

Lo cierto es que la mueca desagradable de Basurde le había causado un hondo impacto. Expósito siempre había mantenido una relación difícil con el conflicto. Podía soportar mejor el rostro enrojecido y la fina ironía de su jefe, por estar más acostumbrado y porque en el ámbito laboral tales reacciones parecían pertenecer al orden establecido y aceptado por todos. El ingeniero había observado muchas veces que los directivos más brutales podían resultar bellísimas personas en su entorno de amistades y familiares. Había llegado a la conclusión de que aquella versatilidad correspondía a un código no escrito de los ejecutivos, cuyas normas y sentido él ignoraba. En definitiva, que todo era una especie de gran juego, en el que romper las reglas habituales de cortesía y humanidad estaba no solo permitido sino que era requerido para realizar una carrera de éxito. Pero lo del tabernero correspondía a otro orden

de cosas. Y lo mismo podía decirse de las miradas y bisbiseos de sus conciudadanos. En este caso no se estaba asistiendo a ningún juego, o de ser así era un juego mucho más peligroso. Sus vecinos estaban inquietos con la central, errónea o acertada esta era una preocupación real, y cuando el pueblo aunaba sus fuerzas ante la percepción de una amenaza los resultados podían ser temibles. Como amante de los libros de historia, conocía bien los destrozos que un pueblo enfurecido podía provocar. Además, entendía ahora que la campaña de divulgación había estado mal concebida. La Compañía había pensado en aquellos que detentaban algún tipo de poder establecido, y después, como gesto a la galería, en los inocuos escolares. El pueblo, sus miembros adultos y pensantes, había sido ignorado por completo. Y ahora posiblemente era ya demasiado tarde para explicaciones. Porque había explicaciones que dar y que podían resultar convincentes, pero el ingeniero intuía que, una vez iniciada la fase de confrontación, perdida la confianza del pueblo, este ya no atendería fácilmente a razones.

Seguía enfrascado en estas elucubraciones cuando comenzaron a llegar los directores; los bomberos habían logrado liberar los accesos. Hubo un preámbulo similar al de la reunión de la ejecutiva, con los miembros del comité intercambiándose informaciones en herméticos corrillos. El ingeniero volvió a esperar sentado en una esquina. Una vez superado este trámite se dio inicio a la sesión. El director de relaciones institucionales, por ser el decano entre los directores y uno de los más cercanos al presidente, asumió de forma natural el liderazgo. En primer lugar inquirió si alguien tenía alguna novedad que reportar. Él mismo tenía algo importante que comunicarles, dijo, pero prefería dejarlo para más tarde. Los directores se miraron los unos a los otros, y el jefe de Expósito arguyó que habiendo pasado tan solo unas horas desde la reunión anterior no había nada significativo que reportar. Todos estuvieron de acuerdo. Expósito se sorprendió de que nadie mencionara la protesta de la noche anterior, y meditó que tal vez hubieran hablado de ello en los corrillos y agotado el tema. Sin embargo, tras vacilar unos segundos, se decidió a levantar la mano, pensando que una intervención temprana y sobre tema seguro asentaría su confianza. Atrajo así la atención de los demás. Al sentir las miradas sobre su persona, carraspeó y alzó la voz.

—Está lo de la cacerolada –señaló, seguro de que los directores estaban al corriente de la gran protesta colectiva. Pero, para su sorpresa, solo un par de rostros dieron muestra de entender.

—¿Qué cacerolada? –preguntó Orreaga confuso. El director jurídico, que se sentaba a su lado, le explicó en voz baja en qué consistía una cacerolada. El jefe de Expósito aprovechó para dirigirle una mirada llena de inquina.

—Me refiero a la protesta colectiva de ayer noche –aclaró–. Fue una gran demostración de fuerza –añadió, aventurando su propia interpretación de lo sucedido.

Los directores se miraron unos a otros con perplejidad, y entonces alguien señaló que, en efecto, al parecer, había una cacerolada programada

para las diez de la noche del día anterior, en protesta por la próxima apertura de la central, pero que él había salido al jardín y no había oído nada. El ingeniero arguyó que probablemente en la urbanización donde habitaba el director la protesta no habría cristalizado, pero que en su barrio había sido realmente estruendosa. Esta palabra tan contundente causó una breve conmoción, pero enseguida le preguntaron dónde vivía, y cuando respondió los directores se tranquilizaron, cruzándose miradas significativas. El director de *marketing*, que habitaba en el centro, terminó de apaciguar los ánimos, ya que tampoco él había oído gran cosa, apenas alguna bocina que acalló poco después la tormenta. Con lo que se decidió que el tema de la cacerolada debía haber sido una iniciativa muy minoritaria, dirigida por los de siempre, y que aquel asunto carecía de importancia práctica.

El ingeniero, sin embargo, estaba muy sorprendido con esta conclusión, porque en la calle de la cafetería La Exquisita –una calle que él consideraba de cierta elegancia y de gente con educación– casi todos los pisos se habían sumado a la manifestación de descontento. Además, recordaba con claridad que los buques mercantes anclados en el puerto también habían hecho sonar sus bocinas con entusiasmo. Entendía que aquel dato, cuando menos, debía ser indicador de la capacidad de influencia de los organizadores de la protesta. De tal manera que decidió que era su deber insistir sobre lo sucedido.

—Les aseguro que, al menos en mi barrio, era enorme la cantidad de gente que repicaba –señaló.

Los directores le miraron con semblantes graves y desconcertados. Siguió un silencio incómodo, en el que sintió sobre su persona los ojos incriminadores del comité. El ingeniero se resignó a dar por terminada su alocución.

Entonces Orreaga emitió un chasquido de desagrado, recuperó la sonrisa y volvió a tomar la palabra para dirigirse al director de generación eléctrica. Le comunicó que el presidente deseaba saber cuál era el plazo más breve para que la central entrara en funcionamiento. El interpelado hizo diversos cálculos mentales y respondió que en dos meses podían empezar a producir, lo que fue del agrado de todos los directores. Pero en ese momento, Expósito, sorprendiendo a la concurrencia, decidió intervenir de nuevo.

—Con el debido respeto –repitió, determinado a cumplir con su deber–, quisiera aclarar que tenemos que realizar inspecciones previas, tanto nosotros como el ente regulador… Además, es obligatorio obtener diversas licencias antes de empezar a producir… Yo diría…, creo que el plazo realista es más bien de seis meses.

Su aserción causó un murmullo generalizado de incredulidad, y gestos exasperados de su jefe directo, tanto con la cabeza como con sus brazos. Orreaga le lanzó entonces una mirada muy cruda, y decretó que aquel plazo era inadmisible, y que habría que hacer todo lo requerido en dos o tres meses a lo sumo. Después pareció desentenderse por completo del ingeniero. Adoptó un tono reservado y bajó la voz, dirigiéndose a los directores.

—Señores, he de comunicarles confidencialmente que nuestro presidente habló ayer por la noche con el presidente del país –manifestó con alegría contenida–. Tenemos el apoyo total del Gobierno.

La revelación fue recibida con un rumor de aprobación y de alivio. Siguió un intervalo de conversaciones paralelas, hasta que el decano miró su reloj y, tras observar que se había echado encima la hora de comer, dio por finalizada la reunión. El ingeniero salía ya por la puerta, sumido en un pronunciado estado de confusión, cuando Orreaga le retuvo. Para su sorpresa, le comunicó que deseaba invitarle a comer.

Un rato después se encontraba sentado en un lujoso restaurante del centro. Estaba algo ensimismado, ya que se sentía culpable por no haber sabido transmitir sus opiniones al comité. Mientras tanto, el director de relaciones institucionales conversaba relajadamente con los camareros. Estos debían de conocerle bien, ya que lo trataban con suma deferencia. «Tiene su mesa de costumbre, señor Orreaga», habían dicho. «Hoy tenemos unas *morchellas* estupendas; salteadas, en revuelto o con foie». También tenían consideraciones con el ingeniero, pero más allá de su turbación él no solía frecuentar aquel tipo de restaurantes y se sentía algo fuera de lugar. Además, le intrigaba el motivo de aquella invitación, en especial tras su intervención en el comité. Dada su naturaleza fatalista, esperaba más bien alguna sorpresa adversa. Sin embargo, el director se comportaba con una amabilidad campechana muy agradable. Pidió morchellas al foie para los dos y escogió el vino, dejando que eligiera un segundo de su gusto. Hablaron un rato del progreso de las obras, y el tono distendido y agradable de la conversación le tranquilizó. El director estaba muy interesado en conocer cuál era el «estado de la moral» de los trabajadores. «Con la moral alta todo es posible», sentenció. Comentó también pequeñas menudencias de la vida de oficina; dijo envidiar la suerte del ingeniero, al frente de un proyecto real, tangible, y además un gran proyecto. «Usted no sabe lo que llega a ser el sopor de la rutina administrativa», afirmó. Pero el proyecto era otra cosa: suponía el futuro para la Compañía, y para la ciudad entera. Más tarde, ya con el segundo plato y mediada la botella de vino, adoptó un tono más íntimo.

—La cúpula tiene sus ojos puestos en usted –aseguró, dejando por un momento de trajinar con los cubiertos–. Al presidente le ha impresionado su celo profesional.

El ingeniero se agitó incomodo en su silla, aflorándole un leve rubor en el rostro. Era lo último que se esperaba. Alegó entonces que solo intentaba cumplir con su cometido, pero el director negó con la cabeza y repuso muy serio que él no se dejaba engañar por su modestia. «Es usted un gran profesional, eso es evidente, amigo mío», remachó. El ingeniero calló, sin saber cuál era la forma apropiada de responder a tales halagos que, por otro lado, en el fondo no le sorprendían, incluso a pesar de lo acontecido en la reunión. Él mismo tenía la impresión de haber causado un buen efecto en el presidente. ¿No era acaso cierto que le había nombrado personalmente

miembro del comité de expertos?

—Debe saber que el presidente me ha encomendado que establezca con usted un canal de comunicación directo –añadió entonces el director–. Desea conocer de primera mano cualquier imprevisto o dificultad que surja, en especial aquellos que puedan suponer retrasos en la apertura. –Después dejó pasar un rato sin decir nada mientras observaba a su interlocutor. La seriedad de su rostro denotaba que al ingeniero se le estaba haciendo una gran deferencia. Este mostró su total disponibilidad a informar de cualquier percance que pudiera afectar al calendario, aunque matizó que, en su opinión, dos meses era muy poco tiempo. El director le observó unos segundos más–. Verá –dijo entonces–, usted es un ingeniero muy competente, pero carece todavía de experiencia en el funcionamiento de una gran corporación. Debe saber que decidir entre lo que se dice y lo que no se dice es el aspecto más crítico en la gestión de las grandes empresas…, y eso vale tanto para lo que se dice y a quién se le dice como para lo que no debe revelarse abiertamente… ¿Me comprende?

Expósito asintió mecánicamente, aunque advertía matices en las palabras del director con los que, al igual que le había ocurrido anteriormente con su jefe directo, difícilmente podía estar de acuerdo. Aun así, le impresionó que ambos hubieran utilizado palabras parecidas, como si ahora que asistía a las reuniones de la ejecutiva se le estuviera haciendo partícipe del código secreto de los iniciados. En cualquier caso, Orreaga se mostró muy satisfecho, y la charla adquirió durante un rato un tono más relajado. Sin embargo, con el café su rostro se tornó serio de nuevo. Antes de hablar hizo un gesto amplio con las dos manos, que parecía significar que pretendía establecer cuáles eran las conclusiones de la conversación.

—Por lo tanto, a partir de ahora usted me cuenta las novedades para que yo se las transmita al presidente, y ya decidiremos qué poner en conocimiento del comité –manifestó, dando por hecho que ese era el acuerdo al que habían llegado–. Y nada de seguir insistiendo en la insuficiencia del plan de evacuación, ese es un tema delicado al que se le dará el curso apropiado desde la cúpula.

El ingeniero se quedó perplejo ante esta nueva deriva, pero sintió que posiblemente le faltaran datos para comprender cuál era el camino elegido por aquellos hombres poderosos para manejar los aspectos más sensibles del proyecto. Si aquel era el mandato del presidente, él poco podía alegar; además, seguía intuyendo que se le estaba abriendo algún tipo de puerta, lo que por un lado le inquietaba, pero también, no podía dejar de admitirlo, halagaba su orgullo. De manera que asintió de nuevo. Orreaga preguntó entonces si había algo que hubiera omitido ante el comité que mereciera la pena compartir ahora. No se le ocurría nada adicional, así que volvió a insistir en que la cacerolada había sido formidable, al menos en su barrio. El director, con una sonrisa muy franca, replicó que se dejara de caceroladas.

Escribí este recuento, algo esperpéntico, bajo el influjo de la imagen de las reuniones del comité de crisis que me habían dejado las conversaciones con mi padre. También contaba con determinadas experiencias de primera mano con gerifaltes de las grandes empresas del país. Crecí y me eduqué en un tiempo en el que la sociedad estaba más jerarquizada, la disciplina era más férrea y se respetaba a aquellos que ocupaban posiciones de responsabilidad. El supuesto generalmente aceptado, al menos por buena parte de la población, era que si estaban allí arriba sería por algo. Entendiéndose «algo» como un concepto difuso, en el que podían caber capacidades, estatus social, conocimientos, saber mundano, relaciones… Sobre todo, pesaba la evidencia de que estaban allí arriba y manejaban los hilos que movían nuestro mundo, el de aquellos que estábamos abajo (y casi todos los jóvenes lo estábamos). En mi caso asumí, de una forma inconsciente, que si estaban allí arriba era porque sabían lo que hacían. Es decir, que podíamos fiarnos de ellos. Que todo seguía un orden lógico y que las decisiones que se tomaban en las altas esferas, en particular en lo que a la economía y a la empresa se refería –siendo estas las materias objeto de mis estudios universitarios–, eran las apropiadas. Una vez comencé a trabajar en el ámbito de las finanzas internacionales, fui comprobando con estupor que dicho orden no existía, o si existía era tremendamente imperfecto. Y lo que causaba la imperfección no era tanto la falta de conocimientos sino el ego, la avaricia y las ambiciones desmedidas. Los intereses personales, los complejos napoleónicos y la indignidad campaban a sus anchas entre muchos de aquellos que movían los hilos. Durante años, viví estos descubrimientos con enojo y frustración. Pero me doy cuenta de que mis palabras son las de un ingenuo. Quizás algo no maduró de forma apropiada en mi cabeza, y ese algo se mantuvo en su estadio infantil.

ETA salta a la palestra

A lo largo de la década de los años setenta, y por medio de la presión popular, el movimiento antinuclear iría ganando importantes batallas. Basándose en un informe de la consultora norteamericana Daves & Moore, la Diputación de Gipuzkoa rechazaría el emplazamiento de Deba; las normas de la *American Energy Commission* establecían una distancia mínima de cincuenta kilómetros a las poblaciones de mas de quinientos mil habitantes, y dentro de este perímetro entraban tanto San Sebastián como Bilbao. La Diputación Foral de Navarra, por su parte, se opuso al emplazamiento de Tudela. El proyecto de Ogella comenzó también a desinflarse. Lemoiz, sin embargo, seguía adelante sin desfallecer, centrando los esfuerzos de la eléctrica.

La Comisión de Defensa logró presentar ciento cincuenta mil firmas oponiéndose a la construcción de una central nuclear en la cala de Basordas. Seguidamente se organizó la primera manifestación masiva: con más de cien mil personas, fue la mayor que se había visto hasta entonces, internacionalmente, en el ámbito antinuclear. Una marcha de protesta entre Plentzia y Gorliz, en la que participaron cincuenta mil personas, supuso otro gran éxito. Pero Iberduero seguía impertérrito, avanzando con las obras y tramitando los permisos definitivos. En agosto de 1976, en una decisión trascendental y controvertida, la Diputación de Bizkaia dio luz verde al proyecto, rechazando las alegaciones de los municipios implicados y de diversas asociaciones. Fue entonces cuando ETA decidió saltar a la palestra.

El primer atentado grave se produjo en diciembre de 1977, cuando un comando atacó el puesto de la Guardia Civil que vigilaba las obras de la central. Uno de los etarras, David Álvarez Peña, resultó herido y murió un mes más tarde en el hospital. En marzo del siguiente año, ETA logró colocar una potente bomba en uno de los reactores de Lemoiz, causando la muerte de dos operarios, Andrés Guerra y Alberto Negro. La explosión ocasionó además graves y cuantiosos daños materiales que retrasaron los plazos de construcción de la central. Los terroristas contaron con ayuda desde el interior, lo que sería una constante en la historia de Lemoiz, sabiéndose que infiltrados en las contratas realizaron infinidad de sabotajes y colaboraron en

los atentados. La organización terrorista alegó que había llamado dos veces a la central para dar el aviso, pero cuando finalmente levantaron el teléfono, a la tercera llamada, ya era demasiado tarde. La bomba explotó escasos minutos después. Unos días antes, cuando se disponían a coger los autobuses que los llevaban a la central, Alberto Negro y otros trabajadores habían sido apedreados por manifestantes anti-Lemoiz.

La irrupción de ETA produjo un cisma en el movimiento antinuclear: una parte se fue desmovilizando progresivamente, mientras buena parte de la otra se radicalizaba, adoptando incluso posturas de apoyo a las acciones terroristas. Como ocurrió en otros ámbitos, la organización terrorista no dio opción a que un movimiento reivindicativo lícito pudiera desarrollarse de forma pacífica. Más tarde o más temprano, tenía muchas opciones de alcanzar sus objetivos, pero su lucha quedaría marcada para siempre por la irrupción de la violencia. En junio de 1979 murió abatida por la Guardia Civil una activista antinuclear, la donostiarra Gladys del Estal, tras recibir un disparo en la nuca durante una protesta en Tudela. Ese mismo mes, ETA introdujo una segunda bomba en el interior de las obras de la central, esta vez en la zona de turbinas. La explosión de la bomba causó la muerte del operario Ángel Baños. Simultáneamente a los atentados más graves, los terroristas implementaron una campaña de ataques continuos a las instalaciones de Iberduero, golpeando almacenes, torretas y subestaciones por todo el territorio. Se preparaban también para un golpe de efecto mucho más impactante, que tal vez resultara definitivo.

El bucle melancólico

Diversos historiadores se han esforzado en demostrar que no hay caso en el asunto de la nación vasca. Que esta nunca existió, y que, por tanto, su supuesta recuperación es una quimera. El mito surgió con un hombre atormentado de nombre Sabino Arana, y se fundamentó desde un punto de vista histórico con las derrotas carlistas, con la pérdida de los fueros y, más tarde, con la Guerra Civil y la dictadura subsiguiente. Pero todas estas fueron guerras civiles, señalan, y hubo vascos en los dos bandos. También hablan de que el nacionalismo vasco se nutrió de la mística católica y se convirtió en una religión.

Yo escuché algunas de esas historias, no muchas, tampoco guardo una memoria precisa ya que nunca me impactaron gran cosa. Eran vagas, y los que las contaban no insistían demasiado. En contra de lo que se suele decir en determinados ámbitos, no recuerdo que nos hablaran de cuestiones políticas en la ikastola, en la que cursé estudios desde el 73 hasta el 83. Al término de la Guerra Civil mis dos abuelos habían sido represaliados bajo la Ley de Responsabilidades Políticas. Ambos fallecieron siendo yo muy niño, pero mis abuelas, con las que sí hablé, nunca mostraron el menor resentimiento por lo ocurrido en aquellos tiempos, más allá de una desconfianza genérica hacia los políticos. «Soliviantan a todo el mundo, y luego ellos tan amigos», decía una de ellas, la de Durango. La otra era de Gernika, y perdió casi todo en el bombardeo. Al acabar la guerra, a su marido le quitaron la plaza por haber ejercido como médico del Ejército Vasco. Tuvo que irse con la familia a Pesaguero, una pequeña aldea de la Cantabria montañosa a la que no habían llegado ni la electricidad ni el agua corriente, y más tarde a Barrios de Luna, a una presa en construcción en los montes de León. A mi otro abuelo no se le permitió ejercer como abogado debido a sus simpatías con el nacionalismo. Pero yo no tuve nunca la sensación de que hubiéramos sido agraviados, no se me transmitió ningún tipo de rencor. Sí, en cambio, que teníamos algo que merecía la pena recuperar y salvaguardar. El euskera, desde luego, y una manera de ser y unas determinadas costumbres. No sé si eso es ser nacionalista, no me gustan las etiquetas, y menos aún cuando me las ponen a

mí. Desde luego, no es un sentimiento contra nadie. He vivido en Milán, Nueva York, Londres y Madrid, y me considero, en la medida de mis posibilidades, un ciudadano del mundo. Pero no veo nada incompatible en apoyar el autogobierno y la defensa de un extenso legado cultural. A mi modo de ver, eso es lo que ha hecho, en términos generales, el nacionalismo moderado.

Conozco a infinidad de «nacionalistas» vascos de mi generación, y no tengo la impresión de que les importe gran cosa lo que decía Sabino Arana (¿quién lo ha leído?), ni siquiera lo que ocurrió en la Guerra Civil. Hay un nacionalismo moderno, si queremos llamarlo así, aunque creo que la palabra «nacionalismo» está teñida de una negatividad insuperable y abogaría por prescindir de ella; es decir, que el nacionalismo vasco moderado se desprendiera de ella. Apoya, de una manera fundamentalmente pragmática, un movimiento que ha resultado esencial a la hora de sustentar dos asuntos que considera importantes: el autogobierno y la cultura vasca. Es cierto: también hemos celebrado, en un determinado plano, que Carrero Blanco volara por los aires dejando sin sucesor al dictador. Por otro lado, conozco además algún que otro elemento desaforado. Pero, ¿no los hay en todas partes?

Sin embargo el nacionalismo vasco, y en cierta medida también el moderado, acarrea un pecado consigo: la cruenta historia de la organización terrorista ETA. A finales de los años sesenta se dio en Euskadi un cóctel explosivo: entre otros componentes de la mezcla se puede enumerar una dictadura –que por entonces apretaba, pero no ahogaba lo suficiente como para aniquilar la disidencia–, las revueltas estudiantiles en boga, el renacer del movimiento obrero en las fábricas, la influencia de los movimientos armados de liberación nacional (argelino, cubano, irlandés o vietnamita), la ideología socialista, incluso una sociedad relativamente acomodada, capaz de producir revolucionarios. Estas tensiones sociales se mezclaron con el mito fundacional del nacionalismo vasco: la patria arrebatada y la lengua prohibida. De ese cóctel salió la primera ETA y más tarde sus diversas ramas. Luego sobrevino el horror. Hubo una segunda ETA. Y una tercera. Y así una sucesión de jóvenes cruentos y enloquecidos. Pero, ¿por qué surgió precisamente en Euskadi el movimiento armado de mayor importancia de Europa, si exceptuamos al IRA? ¿Hay algo en el carácter vasco o en las características sociológicas de su sociedad que lo explique?

Quizás un romanticismo atávico, una melancolía hecha de verdes montes, bosques tupidos y mares embravecidos. De acantilados de roca oscura, una costa quebrada y rías que se abren camino entre arenales. De peñas sagradas, macizos calcáreos y rebaños en sus laderas. También, un espíritu aventurero, ánimos despiertos que quieren cambiar el mundo, mujeres y hombres determinados y no exentos de cabezonería. Aderezado de un desapego hacia lo material, de un resentimiento –católico en buena parte– hacia el capital. Y una lengua arcaica que resistió, quién sabe por qué. Quizás algo de todo esto contribuyera al error. El nacionalismo moderado siempre rechazó la violencia.

Pero, de alguna manera, fueron compañeros de viaje o, cuando menos, se dirigían hacia territorios en la misma latitud. Aunque no en el mismo paralelo; más allá de la diferencia en los métodos y en la radicalidad de los objetivos, algunos de los historiadores antes mencionados tienden a minusvalorar el enorme peso de la ideología socialista en el Movimiento de Liberación Nacional Vasco. ETA no buscaba una Euskadi independiente, sino una Euskadi independiente y socialista, en la acepción fuerte del término. Y muchos en ese entorno eran antes revolucionarios socialistas que *abertzales*.

Pero tal vez sea justo decir que también el nacionalismo vasco moderado, a pesar de su firme rechazo a las armas, acarrea en su seno el peso de un interrogante, una sombra que atañe, ante todo, a la balanza en la que confrontó el peso efímero del dolor de las víctimas con la consecuencia histórica de los objetivos nacionales.

Estos días, además de la angustia y el dolor causados por la pandemia, hay también en muchos hogares una vuelta a las esencias. Las familias comen y cenan juntas y por la noche ven series o viejos clásicos del cine. La sociedad de la inmediatez ha sufrido un brusco frenazo, y de repente tenemos tiempo para pensar o mirar por la ventana y admirarnos del sosiego del mundo circundante. Incluso para algo inconcebible en nuestros tiempos, el aburrimiento. En su aclamado ensayo *La sociedad del cansancio*, el coreano Byung-Chul Han nos dice que en el mundo de la globalización los peligros no nos acechan desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. La represión a cargo de otros deja paso a la depresión, la explotación por otros deja paso a la auto-explotación voluntaria y a la auto-optimización. En la sociedad del rendimiento uno guerrea sobre todo contra sí mismo. En el régimen de confinamiento que ha atrapado a buena parte de la población mundial en sus casas, no es tan fácil auto-explotarse, aunque algunos lo intenten con una hiperactividad extrema en las redes y continuas vídeollamadas múltiples en las que al final no se sabe ya qué decir. Cursos de cocina, sesiones intensivas de deporte y *chats* que hierven de actividad dan fe de nuestra dificultad para parar; pero a muchos nos va invadiendo un olvidado estado de serenidad.

Desde los primeros tiempos de la mecanización del trabajo hay un rechazo en nosotros hacia la alienación. No en vano, los revolucionarios franceses tiraban piedras contra los relojes. Es una imposición de los tiempos modernos y posmodernos que acarreamos con disgusto, y contra la que ocasionalmente nos rebelamos. La sociedad de la inmediatez genera además una dependencia, una enfermedad. Somos yonquis de la inmediatez: necesitamos absorber en tiempo real un flujo inconmensurable de información, noticias, modas e innovaciones de todo tipo, junto con la miríada continua de experiencias ajenas y propias. En muchos surge la nostalgia de un paraíso perdido, aquella quietud que recordamos de los tiempos de nuestra

niñez, en la arena caliente de la playa, o bajo el trinar de los pájaros del bosque.

Recuerdo de mi adolescencia bares como cuevas donde flotaba la neblina espesa del hachís; entre ellos el *Zulo* de Lekeitio, al que accedías bajando unas escaleras cavernosas. Abajo, filas de jóvenes sentados junto a las paredes, y música dura que invitaba a dejar la mente en blanco. Lo frecuentaba con mis amigos en semanas santas lúgubres y lluviosas en las que el mundo parecía detenerse. Afuera las gaviotas graznaban sobre el puerto y en los arenales las olas rompían con un rugido sordo. Las nubes esparcían melancolía. Tal vez en algunos jóvenes, al engrosar las filas de los incipientes revolucionarios, pesara esta melancolía. Tal vez sintieran un rechazo atávico a ser absorbidos por la rueda implacable del mundo mecanizado, y optaran por el sosiego romántico del paraíso perdido. Un exceso de romanticismo que no solo los cegó a ellos, también a aquellos que los apoyaron. Tengo la impresión de que Euskadi ha sido un lugar propicio para este tipo de sentimientos. Y el sueño de la melancolía, como el de la razón, produce monstruos.

Ese sueño se convertiría en pesadilla, y la historia de ETA acabaría entre la inanidad y más de mil muertos. En el expediente de Lemoiz se iban a contabilizar una decena. Estos días tenemos que lamentar otra oleada de muerte, que comienza a llegar hasta conocidos y cercanos. En esta ocasión nos la envía la propia naturaleza; al menos tenemos el alivio de no ser los culpables. Nuestros sueños fatídicos no han generado la pandemia, aunque quizás hayan contribuido a su letalidad. La naturaleza, por su parte, no puede considerarse culpable, ya que carece, al menos hasta donde la comprendemos, de voluntad. Mientras los humanos permanecen confinados, otros seres vivos disfrutan de un insospechado periodo de asueto. Osos pardos se pasean por los pueblos asturianos, los jabalís llegan a la calle Balmes de Barcelona, las cabras salvajes pasean de anochecida por la localidad albaceteña de Chinchilla, y los delfines se agolpan frente a los puertos pesqueros del Cantábrico. Siguiendo esta estela animal, leo en la sección de ciencia del periódico que hay un brote de hipopótamos en Colombia. Ya no saben qué hacer con ellos. El narcotraficante Pablo Escobar se trajo cuatro de estos animales desde África, para dar un colorido especial a su hacienda Nápoles. Cuando las Fuerzas de Seguridad acabaron con la vida del gánster e incautaron la hacienda se los dejó estar, ya que eran demasiado grandes y violentos para moverlos de allí. Ahora son ya ochenta ejemplares, dispersos por diversas pozas y lagos de la cuenca del río Magdalena. Los expertos calculan que en veinte años serán ochocientos. La vida sigue, sí.

3

Expósito enamorado

El día anterior a la celebración de la primera reunión del comité de crisis y su comida con Orreaga, Expósito, al salir de la central, había rememorado ciertos acontecimientos recientes, para pasar después a concentrarse en Irantzu, la librera del barrio que tanto le atraía. Más tarde iba a lograr concertar una primera cita con ella.

El ingeniero condujo su utilitario por la solitaria carretera. Mientras conducía rememoró el accidente de Harrisburg, que había sido mencionado –cierto que con mala voluntad– por la profesora del colegio de su última charla, pero que en cualquier caso había supuesto un primer aviso de la peligrosidad de la tecnología nuclear. El escape había afectado un área donde vivían veinticinco mil personas. Él era plenamente consciente de la gravedad de este percance, pero siempre le había consolado el hecho de que no hubiera habido víctimas mortales –entonces no podía saberse si el accidente tendría consecuencias futuras sobre la población contaminada–. Al fin y al cabo, la implantación de nuevas tecnologías a lo largo de la historia siempre había traído consigo sucesos lamentables pero inevitables. Consideraba que ese era el precio a pagar por el progreso. Porque el ingeniero creía en el progreso: le parecía evidente que los avances científicos y técnicos de los últimos cien años habían sido extraordinarios. Era en este ámbito donde la humanidad daba pasos más sorprendentes e incontestables; ciertamente, los avances en las ciencias morales y políticas eran comparativamente magros, no habiendo variado gran cosa en los últimos dos mil quinientos años. Y el ingeniero reconocía que esto podía producir una falta de sincronización muy preocupante: éramos capaces de arrojar la piedra muy lejos, pero sin saber vaticinar qué acontecería cuando esta cayera. Pensó entonces que un caso extremo eran las llamadas ciencias económicas y empresariales, en las que, a su parecer, más que avanzar retrocedíamos, al menos en lo que concernía al ser humano. Pero había que admitir que estas disciplinas movían el mundo, y que los miembros de la

ejecutiva de la Compañía eran expertos en lo referente a los códigos secretos y a las argucias de dichas ciencias –que por lo visto compartían en misteriosos corrillos–. Sin embargo, reflexionó, no parecía que entendieran gran cosa de energía nuclear.

Por alguna razón, el concepto de ciencias morales le llevó entonces a pensar en la librera, alejándole de Harrisburg, el progreso y la ejecutiva. En los últimos tiempos era un pensamiento recurrente, que solía comenzar con una predisposición de objetividad. Ateniéndose a los datos no podía decirse que Irantzu, de estatura más bien baja, fuera particularmente bella. Por otro lado, poseía sin duda inteligencia y personalidad, y una determinación impactante en la mirada. Repitió estos atributos en su mente, mientras tomaba un par de curvas muy cerradas. Después le invadió una felicidad repentina: no cabía duda, le diera las vueltas que le diera, Irantzu le gustaba mucho.

Pasó así a elucubrar sobre cómo podía hacer para invitarla a tomar algo. Se concentró en establecer un plan de acción. Durante un buen rato ni siquiera llegó a percibir el viento, que comenzaba a arreciar y bandeaba intermitentemente el coche sacándolo de su carril. Por momentos lograba racionalizar el problema y se daba cuenta de su extrema simplicidad: a) se trataba de una mera propuesta para tomar algo, a realizar a una persona sin compromiso y con la que además compartía intereses; b) millones de personas hacían propuestas similares casi a diario; y c) plantearía la cuestión con el más respetuoso decoro, de tal manera que si ella se negaba no se le podría acusar de haber obrado inapropiadamente. Tampoco tenía por qué resultar un drama, pensó, y al menos de esa manera se quitaría de su cabeza la obsesión de intentarlo. Sin embargo, apenas finalizaba este análisis, le invadía un miedo irrefrenable. Era algo irracional, no es que temiera exactamente que ella dijera que no, él consideraba altamente improbable una negativa, era más bien el miedo escénico a dar ese paso, en el que su voluntad se vería forzada a explicitarse en un acto concreto. Su relación con Irantzu pasaría del mundo de su imaginación –donde podía ser dirigida en cualquier dirección que se le antojara–, a confrontarse con la realidad de las causas y las consecuencias, en la que el estupor y el ridículo, la decepción y la amargura, acechaban en cada esquina. De tal manera que, cuando un rato después se presentó en la librería, no había logrado concretar un plan de acción. El horario de Irantzu finalizaba a las siete, pero solía quedarse hasta más tarde, enfrascada en la lectura. Al entrar el ingeniero, levantó la cabeza y sonrió. Era un buen augurio, pero Expósito perdió toda serenidad en los escasos pasos que los separaban. A pesar de su nerviosismo, logró articular unas frases coherentes.

—¿De qué trata? –preguntó señalando el libro. Ella leía *Eichmann en Jerusalén*–. Es decir, conozco la historia de Eichmann, pero no he leído esa obra.

Irantzu reflexionó unos instantes antes de contestar. Miró la portada y dejó correr las páginas entre sus dedos.

—Supongo que del reparto de culpas… –dijo–, de lo cobardes que somos

casi todos a la hora de la verdad. –Seguidamente levantó la cabeza y miró al ingeniero a los ojos. Este se sobresaltó. Aquella mirada penetrante no le soltaba, era una mirada exigente, que le reclamaba un acto de la voluntad, una toma de posición. En la firmeza de aquellos ojos se sintió primero inspeccionado, después interpelado y enjuiciado, y, finalmente, en un súbito destello de calidez que le llegó hasta lo más hondo, absuelto. Las palabras salieron de su boca sin que él fuera apenas consciente.

—¿Querría tomar algo conmigo?

Siguió un intercambio confuso sobre horarios y lugares, pero lo más difícil ya estaba hecho. Volvieron a casa juntos. Expósito subió a su apartamento y se cambió de camisa y de corbata, mientras Irantzu hacía lo propio en el piso que había alquilado recientemente, anejo a la portería. Se volvieron a encontrar poco después en el portal. Le pareció que en aquellos escasos minutos ella había sufrido una mutación prodigiosa, no tanto porque el maquillaje resaltara unos ojos bonitos y el cabello suelto diera otro porte a su rostro, sino por aquel aire de mujer sofisticada y algo intimidante que había adquirido como por arte de magia. Salieron del portal –él abrió caballerosamente la puerta para dejarla pasar–, y la fortuna quiso que unos pasos más tarde Irantzu tropezara. Para evitar caer se agarró al brazo del ingeniero, y este primer contacto físico fue de lo más halagüeño. Se podría decir, así al menos lo sintió, que una corriente de electricidad recorría sus cuerpos. Intentó disimular comentando el mal estado de los adoquines, pero no pudo evitar el ligero rubor que afloró en sus mejillas. Seguidamente volvieron a separarse.

Había pensado llevarla a la taberna más cercana, por la comodidad de sentirse en terreno familiar, pero ahora consideró esa idea totalmente inapropiada. Se encaminó por tanto hacia la cafetería La Exquisita, más refinada, que él rara vez visitaba. Al doblar la esquina y encarar una de las calles orientadas al mar, sintieron de improviso la fuerza del viento. Negros nubarrones asomaban ya sobre la bocana del puerto. Se cobijaron bajo la exigua protección de los edificios y apresuraron el paso. Unos minutos más tarde, cuando por fin pudieron refugiarse en la cafetería, el pelo de Irantzu lucía alborotado. Ella sonrió extrañamente al peinárselo con la mano, y Expósito sintió entonces una fuerte atracción física que volvió a ruborizarlo.

Pidieron café con leche y departieron sobre temas banales: la tormenta que se avecinaba, lo poco que duraba el buen tiempo y otra vez el mal estado de los adoquines. Después la conversación se animó al entrar en una fase de inocentes confidencias. Comentaron la lástima que les provocaba la elegante anciana del cuarto –el edificio, a pesar de no carecer de cierta distinción señorial, aunque venida a menos, no tenía ascensor–, se quejaron entre risas del olor de los guisos del capitán de barco del segundo –puerta con puerta con el ingeniero– y coincidieron en la fobia que ambos le tenían al gato del vecino del tercero derecha, propietario de un pequeño taller de troquelería. El gato tenía la manía de orinar en el portal, y el industrial no parecía dispuesto a

hacer nada al respecto. Finalmente se confesaron sus edades: ella tenía veintinueve años, y él diez más. Una vez roto el hielo y dado su interés común por la historia, no tardaron en volver a *Eichmann en Jerusalén*. Habían pasado ya a tutearse, lo que solo podía ser buena señal.

—Es fascinante el concepto de «hombre sin importancia» –dijo ella con ardor–. Así es como Eichmann se veía a sí mismo. Un hombre cuya conciencia había sido reemplazada por la entrega al cumplimiento estricto y entusiasta de las órdenes del Führer, y por tanto a la implacable ejecución de la Solución Final. Siendo el responsable de organizar el traslado de cientos de miles de judíos a los campos de exterminio, hablaba de su trabajo como del de un burócrata que se ocupara únicamente de la recogida, el transporte y la ubicación de los prisioneros.

Expósito meditó unos segundos sobre sus palabras. Nunca se le había ocurrido pensar en la psicología de los asesinos nazis. Simplemente había interiorizado el genocidio como una aberración inexplicable.

—Pero como ser humano debía de ser consciente de la inmoralidad de sus actos… –aventuró, procurando mostrarse a la altura de las reflexiones de la librera.

—Eso es lo monstruoso –replicó ella–, en el juicio de Jerusalén seguía pensando que su actuación estaba plenamente justificada, en el sentido de que era estrictamente conforme a la ley. No se consideraba moralmente dueño de sus actos, creía honestamente que la obediencia ciega era éticamente superior a cualquier sentir personal.

Irantzu, que, en la fogosidad de su discurso, se había aproximado al ingeniero, se retiró en aquel momento hacia atrás, recostándose en el respaldo. Observaba su rostro, esperando al parecer una reacción.

Él carraspeaba dubitativo cuando, al entrar un cliente en la cafetería, llegó del exterior un gran estruendo que se alzó sorprendentemente por encima del silbido del viento. El camarero, llevado por la curiosidad, se acercó a la puerta y dejándola entreabierta se dedicó a observar el exterior. También ellos centraron su atención en aquel rumor: giraron sus cabezas y aguzaron los oídos. Se trataba de una variada amalgama de sonidos, en la que se discernían cláxones, sirenas y percusiones sobre superficies metálicas. Inicialmente parecían provenir de las calles cercanas, pero pronto comenzaron a escucharse, con más fuerza, en los edificios contiguos a La Exquisita. Junto con otros clientes decidieron salir al exterior a comprobar qué estaba ocurriendo. En numerosas ventanas y balcones abiertos se veía a vecinos provistos de cacerolas, silbatos y bocinas de aire comprimido. Desafiando el viento estaban repicando sus instrumentos como seres enajenados. Uno de los clientes, vestido elegantemente con traje y chaleco, comentó que aquello era una cacerolada, y otro, más joven y con bigote, recordó entonces que a las diez estaba programada una protesta colectiva contra el proyecto Momategi. En aquel instante, los barcos mercantes fondeados en el puerto se unieron a la cacerolada, haciendo sonar sus atronadoras bocinas. Expósito sintió que las

ondas sonoras penetraban en sus oídos como sacudidas de angustia en estado puro. Durante unos minutos las calles retumbaron y no se pudo intercambiar palabra. Después, las nubes, como incitadas por aquel terrible clamor, comenzaron a soltar truenos y relámpagos, y aquello parecía ya el fin del mundo. Los vecinos repicaban al límite de sus fuerzas, incitados a su vez por la demoniaca confluencia. Finalmente se desató la tromba de agua y los manifestantes tuvieron que refugiarse rápidamente en el interior de sus casas. Las cacerolas y sirenas fueron decayendo, y ya solo se escucharon los truenos.

Volvieron a la mesa y, tras peinarse de nuevo con la mano, Irantzu soltó una franca carcajada que le sorprendió. Intuyó un punto salvaje en la librera que no anticipaba. No era que no le gustara este descubrimiento, sino que más bien le intimidaba. Sus ojos parecían soltar chispazos. Era cierto que entre el resto de los clientes también se había instalado una extraña efervescencia, una electricidad contagiosa. Él parecía ser el único alicaído. Irantzu debió de percibirlo y recordó entonces el cargo del ingeniero.

—La gente está muy intranquila con la apertura de la central, ¿crees que es segura? –dijo.

La pregunta lo sacó de su recogimiento. Comenzó a explicar las medidas de seguridad, siguiendo la línea de exposición que tan bien conocía. Enseguida se animó. Según avanzaba, Irantzu lo interrumpía con interpelaciones aguzadas que le obligaban a esmerarse. Poco después rebatía ya con entusiasmo. Estaba orgulloso de Momategi, esa era la realidad. Algunos de los clientes cercanos le lanzaron miradas suspicaces –había alzado la voz sin percatarse–, pero este hecho no le intimidó. Escuchar sus propios argumentos le insuflaba una nueva confianza. Tenía el convencimiento de que la central era un prodigio técnico que ayudaría enormemente a la prosperidad de la región. Y que, si tuviera la oportunidad de exponerlo en detalle a sus conciudadanos, de uno en uno, lograría sin duda convencer a la gran mayoría.

La librera calló y pareció aceptar sus explicaciones, pero el ingeniero tuvo la sensación de que lo observaba con cierta prevención. Poco después ella anunció que era hora de volver a casa. Caminaban en silencio; sin embargo, a medio camino, las nubes descargaron un segundo chubasco. Tuvieron que correr sobre los resbaladizos adoquines bajo el intenso aguacero, y para cuando alcanzaron el portal estaban empapados. Irantzu se despidió con parquedad, alegando que ambos estaban calados hasta los huesos y podían coger un resfriado. El comentario era sin duda cierto y apropiado, pero esto no evitó que él se sintiera descorazonado. Sin embargo, antes de entrar en su piso, ella se dio la vuelta y le sonrió con calidez. Expósito sintió cómo su desazón se disipaba, y un súbito calor interno le llegaba hasta las orejas.

Hannah Arendt

Pocos días después de su cita con la librera y la precipitada vuelta a casa bajo la lluvia, el ingeniero cae enfermo de una bronquitis y debe permanecer en cama. El doctor le receta antibióticos y reposo. Llama a Irantzu para hacerle saber de su enfermedad. Ella va a verle en cuanto puede.

Su amiga apareció al mediodía. Al abrirle la puerta se sintió avergonzado de que le viera en aquel estado, con la tez pálida, los ojos amarillentos y las secuelas aún visibles de una noche de sudores. Sin embargo, ella no pareció reparar en su lamentable aspecto: le cogió del brazo con dulzura para llevarle de vuelta a la cama, tratándole con una familiaridad que le sorprendió, quizás porque no estaba habituado al contacto estrecho con mujeres. Tales muestras de cercanía, ejercidas por la librera en su propia casa, eran más de lo que se había atrevido a soñar; por otro lado, tenía la sensación de que aquello –su relación– estaba comenzando a ir demasiado rápido, posiblemente debido a su enfermedad y al instinto maternal atribuido a las mujeres. El caso es que le violentaba aquella proximidad, y a la vez no deseaba otra cosa. Irantzu lo arropó y puso una mano en su frente. Después adoptó una actitud más resolutiva y dijo que iría ella a la farmacia a comprar los antibióticos y que al mediodía pasaría a prepararle la comida. Antes de salir dejó sobre la mesilla su ejemplar de *Eichmann en Jerusalén*. Tras escuchar cómo la puerta se cerraba, Expósito leyó la contraportada:

La filósofa política Hannah Arendt, judía emigrada a Estados Unidos en su huida de la Alemania nazi, cubrió años después el proceso contra Eichmann como enviada especial de la revista The New Yorker. *En su ensayo* Eichmann en Jerusalén*, relata y analiza dicho proceso, y no es Eichmann el único que sale mal parado: la población alemana, los gobiernos de diversas naciones, incluso los propios consejos judíos jugaron en su opinión un oscuro papel.*

Después dejó que el libro cayera al suelo y se deslizó en un sueño profundo y reparador.

Irantzu se encargó del bienestar del ingeniero a lo largo de los siguientes

días, en los que fueron conociéndose más a fondo entre tomas de temperatura, ingestas de agua con limón y debates sobre el hombre sin importancia. A Expósito le había llamado la atención la célebre y lúcida intuición de Arendt respecto a la fluidez con la que el mal se banaliza. «Fíjate», decía, «a pesar de que Eichmann se aplicó con todo el rigor a la hora de organizar la deportación y el exterminio de los judíos, su personalidad criminal casaba más con la de un sujeto servil, eficiente e irreflexivo que con una diabólica encarnación del mal. Y la población alemana y los propios consejos judíos colaboraron en el horror, seguramente sin sentir que obraban con vileza. Se ve que el mal va penetrando nuestras débiles defensas sin que nos percatemos, es decir, que a todo nos acostumbramos».

Esta opinión hacía que ella se enfadara, y le aparecía en la comisura de los labios una expresión que a él le excitaba mucho. Ya no le importaba que discreparan, intuía que era así como se ganaba su respeto.

—No todos los seres humanos son serviles –argüía Irantzu, y él rebatía que tal vez existieran hombres y mujeres capaces de enfrentarse con valentía y dignidad a todo tipo de pruebas, y de asumir su responsabilidad hasta las últimas consecuencias, pero, desde luego, la mayoría éramos débiles, y a las pruebas se remitía.

—Ese pensamiento lleva a la bajeza del hombre sin importancia –volvía a la carga ella. Pero el ingeniero, sin dar su brazo a torcer, señalaba que la culpa tendía a distribuirse, en diferentes grados y matices, entre todos los colectivos involucrados en una tragedia humana, sin apenas excepciones. Y señalaba de nuevo que a las pruebas se remitía.

A Irantzu la sacaba de sus casillas lo que el propio Eichmann había llamado «la actitud de Poncio Pilatos», lavarse las manos, y clamaba que había que rebelarse contra las injusticias, aunque hacerlo reportara riesgos o incluso la muerte. Y que precisamente por eso le había dicho el día de su primera cita que aquel libro hablaba de lo cobardes que éramos casi todos a la hora de la verdad.

Pero no siempre discutían, y cuando lo hacían nunca perdían una corriente de mutua simpatía. A la librera le interesaban mucho los detalles técnicos de la central, y él podía pasarse horas hablando del nuevo centro de producción. Era una mujer realmente sorprendente, pensaba, con una cultura y una inteligencia admirables; alguien capaz de hablar con sentido y soltura de los aspectos más complejos del proyecto tras unos pocos días de conversaciones informales. Este aspecto les acercó especialmente, y la noche de aquel viernes, pasados unos días de reposo y encontrándose el enfermo mucho mejor, se descubrieron los dos en la cama, con sus cuerpos entrelazados y suspirando con pasión.

Al día siguiente Irantzu se fue temprano a la librería. Él pasó muy mala mañana y volvió a subirle la fiebre, probablemente debido a que la consecución de sus mayores anhelos le había provocado una inoportuna agitación. A mediodía Irantzu pasó a despedirse. Quedaron en verse a la

vuelta, ya que Expósito tenía previsto, tal como le había aconsejado el doctor, acercarse unos días al balneario del pantano para acabar de recuperarse. Se besaron algo cohibidos, sobre todo él, que después de que la librera se fuera caviló que le vendría bien un tiempo de separación para reflexionar sobre todo lo ocurrido. Pero acto seguido la echó horriblemente de menos.

Gerhard Richter

Hannah Arendt publicó *Eichmann en Jerusalén* en 1963. Por extensión del caso Eichmann, trataba de dar respuesta a la pregunta que, desde que fueran conocidos los horrores cometidos por los nazis, había estado dando vueltas en las cabezas de infinidad de pensadores de diversas disciplinas sociales. ¿Cómo era posible que millones de alemanes (y no solo alemanes) hubieran participado de tales atrocidades de forma activa o al menos mirando hacia otro lado? ¿Cuál era el sustento de su perfidia o de su indiferencia? A través de la figura del eficaz burócrata, Arendt conceptualizó la *banalidad del mal*: el proceso por el que los humanos nos vamos habituando a actuar dentro de las reglas de un sistema demoniaco, sin reflexionar ni sobre nuestros actos ni sobre nuestras omisiones. Es un proceso gradual, en el que vamos aceptando nuevos parámetros de la realidad que antes nos hubieran parecido inconcebibles, y que se apoya en un no pensar, en una falta intencionada de imaginación. Un deterioro semi-inconsciente de nuestros estándares éticos que puede venir determinado por las reglas impuestas por las autoridades, pero también, me parece a mí, por las premisas y sobreentendidos que una sociedad va incorporando activa o inconscientemente a su bagaje.

Dos años después de la publicación de *Eichmann en Jerusalén*, en 1965, Gerhard Richter pintó su *Tío Rudi*. El cuadro tomó como base una fotografía del pariente del artista, que había muerto poco después de ser retratado, luchando en las filas del bando alemán en la Segunda Guerra Mundial. Tanto el tío como el padre de Richter fueron miembros del Partido Nacionalsocialista. Pintado en el arco de grises de las fotografías en blanco y negro, es un cuadro pequeño, que transmite la intimidad de una foto familiar. Su tío aparece de cuerpo entero, posando delante de un muro de piedra con el uniforme de la Wehrmacht: gabán, botas militares y una gorra de plato que parece demasiado grande. Lleva los guantes asidos en las manos. Por encima del muro de piedra se ve un edificio que pudiera ser un cuartel. Rudi mira al frente con el semblante sonriente: su ademán puede interpretarse como ingenuo y bondadoso, pero también, sin necesidad de echar a volar demasiado la imaginación, como cínico y despiadado. La razón es la técnica de

difuminado característica de gran parte de la obra de Richter, un desenfoque que hace que la pintura se asemeje a la representación pictórica de una fotografía borrosa. Este velado introduce una ambigüedad y una distancia en la imagen. ¿Es el tío Rudi una persona cercana o lejana al corazón del artista? ¿O las dos cosas a una vez?

Richter también pintó a su tía favorita de la infancia, Marianne, sosteniéndole en brazos con tan solo cuatro meses. La imagen en la que se basó estaba entre otras muchas fotografías que, tras la huida de Gerhard a Occidente, su madre le envió en una caja de zapatos. Cinco años después de que se tomara la fotografía los nazis apresaron a Marianne y la ajusticiaron bajo las leyes de su programa eugenésico. Era esquizofrénica. Cuando Gerhard se portaba mal, su madre le solía amenazar: «Vas a acabar como la tía Marianne ». Otra de sus obras de la misma época, *Familia a la orilla del mar*, muestra a una familia en la playa, aparentemente feliz. El padre se erige como pilar de la familia: es el suegro del pintor, una autoridad médica que, durante la guerra, ayudó a los nazis a implementar su programa de eugenesia. Nada de todo esto se trasluce en los cuadros, al menos de manera aparente.

Estas dos obras también están desenfocadas, como si el autor necesitara cubrir su trabajo con un velo. Eso es lo que ha hecho a lo largo de su carrera con casi toda su obra, mostrar y a la vez esconder, dejándonos huérfanos de certezas. Rechazar la posibilidad de respuestas, incluso la idea de que podamos llegar a saber. Como si ante el mundo, y sobre todo ante sus atrocidades, solo se pudiera mantener una mirada perpleja.

Gerhard Richter nació en Dresde y vivía a las afueras de esta ciudad cuando la aviación anglo-americana la roció con medio millón de bombas. Los bombardeos arrasaron la ciudad, sin aparente valor estratégico, solo tres meses antes de que los nazis capitularan. El joven adolescente había sido reclutado para las milicias juveniles nazis, pero al terminar la guerra todavía era demasiado joven para entrar en combate. Poco después la armada soviética invadió Alemania Oriental. El joven Richter conoció el realismo social en la Academia de Dresde, y practicó su exaltación del obrero comunista. Una vez en Occidente, a donde escapó dos meses antes de la construcción del muro de Berlín, conoció el enfoque opuesto: la publicidad y la cultura pop celebraban la riqueza material y el capitalismo. A partir de ese punto renegaría en su obra de cualquier diálogo directo con las ideologías.

Richter es uno de mis artistas favoritos, lo que no es una muestra de originalidad, ya que es el pintor vivo más valorado del planeta y sus obras baten récords en las subastas. Aún recuerdo el impacto que me produjo, hace ya veinticinco años, la primera vez que vi en el MoMA de Nueva York el gran lienzo que muestra los funerales de los terroristas de la Baader Meinhof, enterrados en una fosa común en Stuttgart el 27 de octubre de 1977. Al acercarse uno a la pintura, esta perdía sus formas para convertirse en una obra abstracta. Solo a unos metros de distancia afloraba la imagen difuminada del entierro. Además de la fuerza y la belleza estética de sus cuadros, siempre me

ha sorprendido su maestría en dos disciplinas tan diferentes, para el profano, como la pintura figurativa y la pintura abstracta. Ha alcanzado en ambas altísimas cumbres. Una de sus últimas series abstractas es la controvertida *Birkenau*, realizada en 2014. Se trata de cuatro enormes lienzos velados mayoritariamente en sombras grises, con brotes puntuales de inquietantes rojos y verdes. Son cuadros tenebrosos, opresivos, que esconden en su seno cuatro fotografías del campo de exterminio nazi de Birkenau.

Las fotografías fueron tomadas a escondidas por un prisionero judío y sacadas del campo en un envase de pasta de dientes. Algunas mostraban imágenes de mujeres desnudas camino de la cámara de gas, otras miembros de los *Sonderkommandos* que charlan relajados y despreocupados mientras queman al aire libre los cuerpos asesinados. Las condiciones de clandestinidad en las que fueron sacadas les confieren una fuerza especial, seguramente debido al ángulo anómalo que el prisionero se vio obligado a utilizar. Richter las amplió y luego pintó sucesivas capas sobre ellas, hasta hacer desaparecer sus horrores bajo la abstracción. La serie es la culminación de un largo camino construido sobre la culpa y la aflicción; el artista se expresa en obras ambiguas e inquietantes, diseñadas para esconder o abjurar del sentimiento.

Cuando comencé a escribir esta narración, la idea del confinamiento físico al que nos veíamos abocados –una idea que, unida a la realidad desconocida de la pandemia, hacía que los primeros días mi mujer y yo sintiéramos una presión en el pecho y falta de aire en los pulmones– me hizo pensar en el confinamiento emocional. En esos recuerdos y sentimientos que encerramos dentro de nosotros, para que no duelan, o por que hacen que nos sintamos culpables, o por no saber, tantos años después, cómo interpretarlos. Tal vez con *Birkenau* Richter diera un valiente paso hacia adelante, y se acercara más que nunca a expresar aquello que siempre intentó mantener bajo control: su desgarro, su culpa, su dificultad para establecer desde dónde debía mirar las atrocidades que vivió. Gerhard tiene ya ochenta y ocho años.

El deterioro inconsciente de los estándares éticos, seguido del confinamiento de los recuerdos y las emociones: este doble proceso, reflejado aquí por medio de la obra de Hannah Arendt y Gerhard Richter, lo han vivido en sus carnes generaciones enteras de alemanes. Tal vez algo de todo ello, salvando las distancias, sea de aplicación a nuestro pasado reciente. Pero la realidad social es más compleja que sus teorizaciones, y funciona por ciclos de excesos y omisiones. Hubo en Euskal Herria quienes se rebelaron violentamente contra un régimen injusto, quienes se negaron a ser «hombres sin importancia»; pero su movimiento armado se convirtió a su vez en injusto y sanguinario, y se produjo entonces una omisión, una carencia de quienes nos debimos rebelar más fieramente ante esta nueva injusticia. Excesos y omisiones: me pregunto qué cuadro habría pintado Richter de haber vivido la cruenta historia de la central nuclear de Lemoiz. Imagino que se habría basado en el escenario postapocalíptico que conforma la central, desvencijada por el

paso del tiempo. Al menos esa es la fotografía que la mayoría guardamos en la cabeza: una enorme explanada de hormigón, en la que una docena de ajados edificios rodean a los dos descomunales cilindros con sus leves cúpulas, guarida de los reactores; las cuencas vacías de los huecos de las ventanas; las torres eléctricas oteando desde las alturas, como impertérritos guardianes de acero; el inmenso dique frenando *sine die* el embate de las olas; y el gris que lo aúna todo, el cielo, el mar y los restos de lo que pudo ser una central. ¿Habría simplemente difuminado la imagen para reflejar la multiplicidad de verdades y la carencia de certezas? ¿O habría optado, como en *Birkenau*, por cubrirla con capas y más capas de tenebrosas pinceladas, hasta ocultar su sangriento recuerdo?

4

El accidente de Three Mile Island

Three Mile Island es una pequeña isla sobre el río Susquehanna, llamada así por estar situada tres millas aguas abajo de la localidad más cercana. Algún lejano habitante de Middletown, sin grandes alardes de imaginación (al fin y al cabo, vivía en una localidad llamada «Pueblo de en medio»), decidió bautizarla de esta manera. Un poco más arriba se encuentra Harrisburg, la capital del estado de Pensilvania, de pasadas glorias y lúgubre presente. Sobre la superficie enteramente plana de la isla, y cubriéndola casi por completo, en los años setenta se construyó una central nuclear, una de las tres que aloja el río Susquehanna. Sus cuatro torres de refrigeración, visibles desde varios kilómetros a la redonda, generaron sentimientos contradictorios entre la población: de esperanza en la reactivación económica de la zona, en claro retroceso por la decadencia de su industria del acero, y también de temor, ante los peligros que los más informados veían en la energía nuclear.

El segundo reactor de la central (TMI-2) acabó de construirse en 1978. Un año después, el 28 de marzo de 1979, un fallo en su sistema de refrigeración derivó en el peor accidente nuclear de la historia de los Estados Unidos. Los operarios no se dieron cuenta de la falta de refrigeración, y ejecutaron una serie de acciones que agravaron el problema. Como resultado se produjo la fusión parcial del núcleo del reactor, que provocó la emisión a la atmósfera de grandes cantidades de gases radioactivos. Dos millones de personas se vieron afectadas por el escape, veinticinco mil en el entorno más próximo a la central. En paralelo, el combustible nuclear en descomposición generó una burbuja de hidrógeno en el interior del reactor que se temió pudiera causar una explosión de consecuencias catastróficas. Afortunadamente, no llegó a producirse. En el área circundante se sigue debatiendo hoy en día sobre el impacto de la radiación en la salud de la población. Numerosas asociaciones de la zona hablan de una incidencia inusualmente alta de cánceres y otras enfermedades. Oficialmente, no hay prueba científica de ello.

En las primeras horas que siguieron al accidente las autoridades recomendaron a la población que permaneciera en sus casas y cerrara las ventanas. Dijeron que no corrían peligro. Al ir comprendiéndose la magnitud del suceso, una ola de pánico recorrió la región. Cuando se ordenó la evacuación de las mujeres embarazadas y de los niños pequeños comenzó un éxodo masivo, que llevó a ciento cuarenta mil personas a abandonar la zona, dejando tras de sí un paisaje apocalíptico de pueblos fantasma y posesiones abandonadas. Al disiparse el peligro de una gran explosión comenzaron a retornar. Pero el accidente tuvo un enorme impacto en la percepción de los peligros de la energía nuclear, un temor que traspasó fronteras y que llegó hasta nosotros en el momento álgido de la batalla antinuclear. Hasta entonces, la industria, apoyándose en el *Informe Rasmussen*, había dicho por activa y por pasiva que un accidente nuclear era imposible.

La planta de Three Mile Island contaba con dos reactores de agua a presión con potencias instaladas de 786 MW (TMI-1) y 900 MW (TMI-2). El reactor que sufrió el accidente era muy similar a los de Lemoiz, aunque se generó un intenso debate en lo concerniente al fabricante. En TMI se trataba de la Babcok & Wilcox, y en Lemoiz en cambio de la Westinghouse. Iberduero arguyó que estos últimos eran más seguros y no presentaban problemas, mientras que otros expertos señalaron que el problema de base consistía en que nadie sabía hacer funcionar con garantías los reactores de agua a presión. En cualquier caso, las noticias que llegaban de Three Mile Island hicieron que miles de personas se concienciaran de los peligros de la energía nuclear, y que muchas de ellas engrosaran las filas del creciente movimiento antinuclear. El año anterior, Austria había decidido mediante referéndum no poner en marcha la central de Zwentendorf, ya enteramente construida; Suecia esperaba su propio referéndum, a celebrar el año siguiente, mientras Alemania, Italia y Estados Unidos ralentizaban sus programas nucleares. Lo ocurrido en la isla sobre el río Susquehanna constituyó un revulsivo definitivo para los antinucleares. Hasta el accidente de Chernóbil, ocurrido siete años después, el de Three Mile Island, que llegó a categoría cinco dentro de los siete niveles en la escala internacional, fue considerado el más grave de entre todos los accidentes nucleares civiles de la historia. En 2011, el accidente de la central de Fukushima alcanzaría la categoría siete, igualando así al desastre de Chernóbil.

Three Mile Island también ha sido objeto de interés para los estudiosos del factor humano en la toma de decisiones bajo presión. Existe un consenso generalizado de que el accidente fue agravado por las decisiones tomadas por los operarios, abrumados por la cantidad de información, mucha de ella inaplicable o inútil. Como resultado de lo ocurrido se cambiaron los criterios de formación: anteriormente se centraban en que el operario supiera diagnosticar el problema subyacente, pero a partir de TMI-2 se establecieron listas de comprobación estandarizadas, para que el operario, ante una emergencia de ese calibre, no tuviera que pensar.

Revisando las fotografías de aquel desastre, me ha llamado la atención cómo se parecen los buzos blancos de los operarios que se aprestan a entrar en el reactor a los que llevan estos días los escuadrones que desinfectan calles, aeropuertos y residencias. Tanto unos como otros luchan contra un enemigo invisible: la radioactividad y el coronavirus son muy similares en este sentido. Sin duda son estos los peligros que más hemos de temer, los invisibles. Tal vez para luchar contra las pandemias necesitemos también instrucciones estandarizadas, para que cuando lleguen no haya que pensar demasiado ni perder el tiempo en debates baldíos. Creo que las vamos a necesitar en el futuro.

Gladys del Estal

Pasados dos meses desde el accidente de Three Mile Island se celebró la primera Jornada Internacional contra la Energía Nuclear. Varios centenares de miles de personas, convocadas por una miríada de organizaciones ecologistas, se manifestaron en todo el mundo por la paralización de los programas nucleares. Con ocasión de la convocatoria, la Asociación para la Defensa del Medio Ambiente de la Ribera y los Comités Antinucleares de Euskadi se pusieron de acuerdo en organizar una concentración festivo-reivindicativa en el Prado de Tudela. El objetivo principal era solicitar la paralización de la central de Lemoiz y de los restantes proyectos nucleares, en especial el planeado en el Soto de Vergara, a siete kilómetros de la propia Tudela. La concentración tenía también un carácter antimilitarista, ya que se pedía el cierre del cercano polígono de tiro del Ejército del Aire en las Bardenas Reales.

Gladys del Estal acudió a la concentración desde San Sebastián, junto con otros miembros del Grupo Ecologista de Egia. Había nacido en 1956 en Venezuela, hija de españoles refugiados tras la Guerra Civil. Cuatro años más tarde la familia decidió regresar a San Sebastián y se instaló en este barrio donostiarra. Gladys había cursado sus estudios universitarios en la Facultad de Informática de la ciudad. Cuando acudió a la concentración de Tudela, compaginaba ulteriores estudios de Química con un trabajo de programadora en una pequeña empresa.

El acto reivindicativo estaba autorizado por las autoridades gubernativas. Sin embargo, había sido programada también una marcha de protesta hasta el polígono de tiro, con la intención de invadir el espacio militar. En previsión de esta infracción el Estado había enviado a Tudela una nutrida presencia policial. Pasadas las cuatro de la tarde, cuando los cerca de seis mil asistentes acababan de almorzar, se produjo una carga policial muy violenta con lanzamiento de numerosos botes de humo y pelotas de goma. Un teniente de la Policía Nacional, al toque de silbato, ordenó cargar contra los concentrados. Los *grises*, mediante dos filas de policías fuertemente armados, provocaron la desbandada. Muchos fueron hacia el puente que cruza el río Ebro. Al otro

lado se había habilitado un aparcamiento para los asistentes a los actos de protesta. Numerosos manifestantes comenzaron a abandonar el lugar en sus vehículos, mientras otros caminaban hacia los autobuses. Pero un grupo de jóvenes decidió realizar una *sentada* en la misma salida del puente. Poco después un grupo de guardias civiles se acercó hasta ellos.

Martín Anso, del grupo ecologista Eguzki, recuerda pasados cuarenta años de aquello que después del almuerzo, justo cuando iban a retomarse las intervenciones desde el quiosco de la plaza de Tudela, llegaron a las inmediaciones cuatro furgonetas y un autobús de la Policía Nacional, lo que hizo que varios organizadores y cargos electos que participaban en el acto fueran a hablar con los mandos policiales, sin que esto diera ningún resultado. Poco después la policía cargó contra los manifestantes, abortando la jornada de protesta. La justificación dada fue que alguien había gritado «*alde hemendik!*» (¡fuera de aquí!). La gente comenzó a retirarse hacia los autobuses. Pero algunas personas, entre ellas Gladys, se sentaron en el suelo junto al puente sobre el Ebro. Un grupo de guardias civiles, procedente del control situado al otro lado del puente, se dirigió hacia los manifestantes. Entre ellos se encontraba José Martínez Salas, que portaba un subfusil Z-70. Se acercó a Gladys y la increpó para que se levantara. Entonces se escuchó un disparo y la joven cayó al suelo con un tiro en la nuca que le había atravesado el cráneo. La autopsia revelaría que el disparo fue realizado a una distancia inferior a tres centímetros, por lo que podía pensarse, en palabras del forense, «que la boca del fusil pudiese haber sido aplicada sobre el mismo cuello». Tenía veintitrés años.

Según la versión de los guardias civiles, cuando se encontraban en labores de disuadir a los jóvenes para que dejaran la vía libre, un manifestante agarró con fuerza la metralleta que portaba uno de ellos tratando de arrebatársela. El guardia sujetó el arma y se echó hacia delante para contrarrestar el tirón, llegando casi a perder el equilibrio. En el forcejeo se produjo un disparo que alcanzó a Gladys del Estal. Adujeron además que los manifestantes se habían enfrentado a ellos con violencia, lanzando piedras al grito de «fuerzas del orden opresoras y asesinas».

Sin embargo, el guarda de la papelera, que estaba junto al lugar de los hechos, de pie en la entrada de la fábrica, manifestó:

> …que el guardia civil golpeó con la culata a la joven, que esta profirió un grito e intentó levantarse y que en dicho momento el citado guardia civil le disparó un tiro en la cabeza. (…) que no vio a ningún manifestante intentar golpear a ningún guardia civil ni intentar quitarle el arma.

Por su parte, el camionero Ángel Hernández, retenido por la protesta justo en el puente sobre el Ebro, declaró que:

> …unos cincuenta jóvenes estaban parando la circulación y unas siete u ocho

> chicas estaban sentadas. El subteniente dijo: «Os doy cinco minutos para desalojar», y prácticamente antes de terminar de hablar empezaron a dar culatazos. Por el costado izquierdo de una de las chicas un guardia civil le pegó por detrás con el arma, esta cayó hacia delante e inmediatamente después le dio un tiro, cayendo sobre el hombro derecho.

María Cruz Arcos, que se encontraba frente a la papelera en un huerto cercano al cruce de carreteras, señaló que «antes de la muerte de Gladys no hubo ninguna violencia, provocación, insultos ni lanzamiento de piedras contra la policía». Rafael Alday, estudiante donostiarra que estaba delante del camión, aseguró que «en el momento en que vio al guardia civil apuntando con la metralleta a Gladys está absolutamente seguro de que nadie intentaba quitarle el arma».

El guardia civil autor del disparo mortal, José Martínez Salas, fue juzgado el 14 de diciembre de 1981 en Pamplona, siendo condenado como autor de un delito de imprudencia temeraria con resultado de muerte a dieciocho meses de prisión, además de una indemnización de dos millones de pesetas, que pagó el Estado español. El tribunal entendió probado que al guardia se le disparó el subfusil de forma no intencionada. Dos meses y medio después de la sentencia, Martínez Salas fue condecorado por el gobierno presidido por Leopoldo Calvo Sotelo con la Cruz del Mérito de la Guardia Civil con distintivo blanco. Años después, en 1992, el gobierno presidido por Felipe González le otorgó la Cruz del Mérito Militar.

La muerte de Gladys la convirtió en mártir y símbolo del movimiento antinuclear. En su memoria se erigió en Tudela un monolito que decía que murió «por defender el sol, el agua y la libertad». La Guardia Civil lo retiró esa misma noche. Años más tarde, en la Facultad de Informática donde estudió dieron a una sala su nombre; en su barrio se lo dieron a una pasarela, que lleva a un bello parque que muchos llaman también Gladys-Enea.

Venancio

Aquel sábado por la tarde, después de que Irantzu volviera a la librería, lo visitó el jefe de seguridad de la central, con el que a lo largo de los últimos meses había ido labrando una incipiente amistad. Más de una vez habían hablado sobre los progresos en la central. Solían comentar también dos preocupaciones que pesaban en el ánimo de ambos: la seguridad de aquel emplazamiento y el embrionario movimiento de protesta popular. Era un hombre ya entrado en años, pero que conservaba intactas sus energías. A pesar de la edad, marcada en el pelo gris y las arrugas del rostro, seguía siendo un gigante imponente: debía de medir cerca de dos metros, y destacaban en él la prominencia de su barbilla y las manos, tan descomunales que parecían tener vida propia. El viejo traía consigo una botella de licor casero. «Con esto se curaba mi padre», señaló. Tras interesarse por su salud –se le había pasado ya la calentura de la mañana– se dedicó a ponerle al día del estado de las cosas en la central. Al parecer, los problemas se sucedían con las contratas externas y los trabajos se estaban ralentizando. También habían aumentado en esos días las bajas entre los empleados, con un número inusual de casos de gripe y de bronquitis. Por supuesto, aclaró inmediatamente, nadie dudaba del ingeniero, pero en algunos casos había sospechas. Por fortuna, en su área de responsabilidad, entre los vigilantes, no había comportamientos anómalos. Pero en otros departamentos se hablaba abiertamente de protestas encubiertas, presiones insostenibles o incluso de amenazas explícitas. Por otro lado, los problemas en Momategi eran fiel reflejo de lo que ocurría en el exterior. Los periódicos estaban plagados de cartas al director, y se decía que un número creciente de clientes estaba dejando de pagar los recibos de la Compañía. La última novedad era de aquella misma mañana: los estibadores del puerto habían bloqueado la descarga de un mercante con suministros para la central, y la policía había tenido que intervenir con material antidisturbios.

—Se cree que la Comisión de Defensa está detrás de todas estas iniciativas –añadió–, desde luego no tarda en ensalzarlas con comunicados incendiarios. Mientras tanto, la mayor parte de los ciudadanos, eso que ahora llaman la mayoría silenciosa, sigue pagando sus recibos y haciendo su trabajo,

pero eso no interesa a los periódicos.

Expósito meditó sobre esto último mientras servía una segunda ronda del licor de endrinas. El comentario de Venancio le trajo a la mente una reflexión que había asomado en sus pensamientos en las últimas horas. Intentó centrar la pregunta: se trataba de entender quiénes componían exactamente «el pueblo alzado en armas» –en este caso alzado contra Momategi–. Dado su interés por la Teoría de la Historia, había leído extensamente a los marxistas; influido además por la retórica revolucionaria de la época, había asumido la dualidad pueblo-élite sin pensar en ello en profundidad, tomándolo como un dato evidente. En esta perspectiva, las élites económicas y políticas, minoritarias, dominaban al pueblo, lo que al fin y al cabo se ajustaba con bastante exactitud a la historia de la humanidad. Sin embargo, Venancio parecía moverse en otro esquema, una dualidad más a ras de tierra, que distinguía a los alborotadores por un lado y a la pacífica y silenciosa mayoría por el otro. Intuía que aquel enfoque era reflejo de una vieja sabiduría popular, basada más en conocer a tus vecinos que en elaborados postulados teóricos. Mirando las arrugas en el rostro del viejo y sus ojos claros e inteligentes, entendía el peligro latente en las simplificaciones de las grandes proclamas. Recordó entonces una frase de Venancio: «los políticos son los peores, enemistan a todo cristo y luego ellos tan amigos». Estaba de acuerdo, el *homo politicus* podía resultar el mayor peligro para la convivencia.

—Entonces, ¿no cree que la mayor parte de la gente esté en contra de la central? –preguntó, siguiendo el flujo de sus pensamientos.

Venancio reflexionó unos instantes antes de contestar. Después alzó los hombros y abrió sus manos.

—No lo creo, pero no lo sé –dijo, irritado por un momento–. Lo que sí sé es que hay que desconfiar de los que hablan en el nombre del pueblo, arrogándose un mandato que nadie les ha dado. Imagino que muchos deben desear el derribo de la central, seguramente sin conocer gran cosa de la tecnología nuclear; pero otros muchos entenderán que es un instrumento necesario para el progreso. Yo no he contado cuántos son unos y cuántos los otros, pero los de la Comisión de Defensa tampoco, y no cesan de advertirnos de que representan al pueblo. Pero que armen mucho ruido no quiere decir que sean más.

El ingeniero asintió, animándole con su silencio a que continuara. El viejo apuró la copa de licor y su rostro adquirió entonces una expresión absorta, como si su mente se hubiera sumergido en lejanos recuerdos. Al cabo de unos segundos volvió a hablar. Su irritación había dado paso a cierto resquemor, más profundo, pero también más apagado.

—Mire, ingeniero, yo he vivido una guerra y he visto cómo las posiciones se iban extremando en un lado y en el otro hasta hacerse irreconciliables. Se hablaba de política, de visiones de futuro, de privilegios y liberaciones, de tradiciones y de religión…, pero al final, lo que hervía en el interior de las personas era el resentimiento, las envidias larvadas durante

generaciones, el orgullo y la terquedad. Cualquiera que viviera en un pueblo se lo podrá decir. Lo cierto es que eran solo unos pocos los que se dedicaban a esos grandes asuntos que nos llevaron a la guerra, los demás intentamos seguir con nuestras vidas hasta que ya no fue posible. Obligaron a la gente a posicionarse: o estás con nosotros o estás en contra. Yo no hablo de política, sin duda un lado tenía más razones que el otro, pero culpables los hubo en los dos lados, y víctimas inocentes también… Y para mí, los verdaderos culpables fueron los agitadores, esos profetas y visionarios de ambos extremos, que en el fondo solo defendían su pequeña parcela de la realidad.

Se quedaron unos segundos en silencio. ¿Acaso el ser humano no tenía otra forma de efectuar la transformación social que mediante la violencia? Por asociación de ideas, se acordó de la acritud del tabernero, y ese recuerdo le provocó un leve estremecimiento. Entonces Venancio levantó su mirada y sonrió. Hizo un gesto con el brazo como pretendiendo desechar el tema. Habló intentando recuperar un tono más animoso.

—Pero esos son cuentos de viejas, ya están olvidados, ahora solo deseo ver cómo mi niña termina la universidad.

Expósito sonrió abandonando sus pensamientos. Alzó un instante la copa de licor a modo de brindis. Después buscó cambiar de tema.

Siguieron conversando hasta que unas horas después, cuando Venancio se levantó para marcharse, en la botella quedaban tan solo los posos, y el ingeniero se sentía plenamente recuperado y de muy buen humor. Una vez que el visitante se fue preparó una cena frugal, trastabillándose con los muebles y electrodomésticos de la cocina. Mientras cenaba, pensando en las horas pasadas con Venancio, sintió una honda ternura hacia aquel hombre, al que consideraba ya un buen amigo.

El incidente

El domingo salió muy temprano de casa para dirigirse al pantano. Volvía a encontrarse regular, con un intenso dolor de cabeza, y ya no sabía si seguía enfermo o eran los estragos del licor casero. Se dirigió al tramo de calle donde había dejado aparcado su vehículo unos días atrás. Encontrándose a una veintena de metros advirtió que algo extraño había ocurrido: por un momento pensó que aquel coche no era el suyo, que de ningún modo podía serlo. En realidad, tan solo deseaba que no lo fuera, porque sabía perfectamente que aquel era su coche. Pero a pesar de ello lo inspeccionó desde diferentes ángulos mientras se iba acercando, con la vaga esperanza de que algún detalle fuera a desmentir la realidad. Al leer la matrícula –un acto que sabía innecesario–, ya no le quedó lugar para equívoco alguno: a su coche le habían pinchado las cuatro ruedas y hecho añicos los cristales de las ventanas, el parabrisas y la luna trasera. El ingeniero sintió una extraña repugnancia, como si aquel vehículo hubiera sido mancillado y su deshonra afectara también al propietario. No era una persona materialista, pero aquella violación de su privacidad le afectó profundamente; realmente se le hacía un ultraje a su derecho a existir. Una furia desconocida le dominó entonces por completo, y comenzó, a voz en grito, a insultar y a retar a los atacantes anónimos. La calle estaba vacía a aquella temprana hora del domingo, de tal manera que la única respuesta fueron un par de ventanas que se abrieron y se entrecerraron con rapidez. Unos minutos después su furor se fue calmando, y dejó espacio para que el miedo comenzara a abrirse camino. Contempló de nuevo la calle y las fachadas de los edificios, pero ahora con temor, imaginando vagamente que tras las esquinas y las ventanas se escondían conciudadanos llenos de odio, vecinos violentos y resentidos, dispuestos a todo. Deshizo el camino que había hecho hasta allí, caminando con pasos ligeros y apresurados por la calle vacía y extrañamente silenciosa, girándose a cada rato hacia aquel vacío amenazador. No recuperó un cierto grado de serenidad hasta que tras cerrar la puerta de su apartamento se sentó y reposó un tiempo en su estudio.

Más calmado, pensó qué podía hacer: llamar a la grúa, denunciar el ataque en la comisaría, contactar con Orreaga o incluso dejar su apartamento.

Se acordó entonces de Venancio y resolvió que lo mejor era pedirle consejo. Por fortuna estaba ya levantado y no tardó en coger el teléfono. Tras escuchar lo sucedido masculló un par de juramentos, que sonaron más a tristeza y resignación que a furia contenida. Seguidamente le dijo que no se preocupara de nada, que él se iba a encargar de todo. Lo único que tenía que hacer era dejar las llaves del coche en el buzón de casa y coger un autobús al pantano.

—Ya verá cómo cuando vuelva dentro de unos días se encuentra el coche arreglado y las aguas calmadas –añadió.

Expósito dudaba de que el episodio pudiera olvidarse tan fácilmente, pero se dejó convencer y aceptó agradecido las sugerencias. Aprovechando que todavía era temprano y las calles seguían prácticamente vacías, volvió a salir de casa y se dirigió con presteza a la estación ferroviaria, con la intención de tomar el primer tren de cercanías que le acercara al centro de la ciudad, de donde partía el autobús que hacía la ruta de los pueblos de la meseta y llegaba hasta el pantano. Hacia las nueve se subió al tren, con alivio, pero también apesadumbrado por la actitud recelosa y vigilante que había sustituido al trato afable y respetuoso que estaba acostumbrado a dispensar a sus vecinos. De camino a la estación había mantenido su mirada fija en el suelo, y al cruzarse con un par de transeúntes tempraneros había evitado cualquier tipo de intercambio; una vez en el apeadero, se había instalado en un extremo, alejado del pequeño grupo de vecinos que se aprestaban a visitar la ciudad. Se sentía un fugitivo.

El pantano

Una hora más tarde estaba sentado en el autobús. Al abandonar la ciudad sus nervios fueron aflojándose, hasta que cayó en un sueño inquieto. Cuando despertó subían una cuesta, a cuyo término emergía un trozo de sol. La agobiante bóveda de nubes que llevaba tantos días pegada a la ciudad se fue quedando atrás. Después de pasar junto a unos elevados despeñaderos, el autobus entró en una vasta y luminosa llanura. A lo largo de los siguientes kilómetros la luz y el paisaje trajeron paz a su ánimo. Era una tierra reseca, salpicada aquí y allá por colinas, bosquecillos y pequeñas aldeas; un territorio a la medida de una vida tranquila y sosegada, ajeno a las exigencias modernas. Caviló que los lugares verdes y lluviosos debían incitar a la construcción de sociedades complejas y centros de producción, mientras allí, donde predominaban los marrones claros y los cielos abiertos, para vivir parecía bastar con sacar lo suficiente de la tierra.

El autobús fue atravesando campos de cereales mientras se acercaba a unas montañas que se divisaban en el horizonte. Pronto pudo contemplar cómo una inmensa masa acuática emergía entre praderas de un verde apagado. Una vez llegaron al pantano lo bordearon durante unos kilómetros, hasta dar con la gran casona de piedra. Se registró para cuatro días, complacido porque el lugar parecía estar casi vacío. En su habitación, una vez instalado, analizó los servicios ofrecidos. Estos incluían baños de mar con sales marinas y algas para eliminar toxinas, baños de leche hidratante, chorro termal tonificante, y el tradicional baño turco o sauna de vapor, mejorador del sistema respiratorio. Resolvió comenzar con un baño turco.

A lo largo de los siguientes días se dio varias sesiones de vapor que acabaron de normalizar sus pulmones. También probó los baños de mar, porque encontraba agradable el contacto de las algas sobre su piel, mientras que la leche le daba reparo. Accedió además a un masaje diario. El resto del tiempo lo dedicó al reposo y a la lectura, aparte de los intervalos en los que se dedicó a reflexionar con gravedad; y también, cosa que no esperaba en absoluto, tuvo oportunidad de socializar. Al día siguiente a su llegada, al entrar a la hora del almuerzo en el espacioso comedor –que encontraba algo

sombrío por los densos cortinones y su decadente decorado de falsas columnas neoclásicas–, se dio un susto de muerte. Entre los escasos comensales, una treintena de personas esparcidas por el amplio espacio, reconoció a un matrimonio que conocía de sus paseos por la ría. Conformaban una pareja muy elegante, él alto y de mirada franca, ella bastante más joven, todavía hermosa. Nunca habían cruzado palabra, más allá del saludo que siempre intercambiaban cortésmente, pero el ingeniero sabía que el hombre era uno de los médicos del pueblo, el doctor Zugatzartatza, persona de mucha influencia, y que ella había sido enfermera en su consulta y ahora ya no trabajaba. No le cabía duda de que el matrimonio sabría de su propia posición, responsable técnico de la nueva central que tenía a los vecinos soliviantados. Intentaba disimular mirando hacia el otro lado del salón cuando oyó con claridad inequívoca que el doctor le llamaba por su nombre, y por el rabillo del ojo pudo observar que le hacía gestos ostensibles para que se acercara. No tuvo más remedio que dirigirse hacia allí, sin saber muy bien qué se podía esperar. Pero al llegar los dos le saludaron con extrema amabilidad, incluso sintió cómo la mujer le apretaba el brazo con ternura al intercambiar besos en las mejillas. A continuación, ambos, marido y mujer, comenzaron a hablarle atropelladamente, informándole de que habían llegado la noche anterior, preguntándole si estaba solo, obligándole prácticamente a sentarse con ellos cuando contestó afirmativamente. Una vez sentados intercambiaron entre ellos una mirada y hubo apenas un instante de vacilación, que la mujer, que se llamaba Koikille, cortó de inmediato.

—Estamos todos escandalizados –exclamó, aproximando el torso al ingeniero–, lo que le han hecho a usted no tiene nombre.

Acto seguido aclaró que aquel domingo, a la salida de misa, en la plaza y en los bares del pueblo no se hablaba de otra cosa que no fuera el ataque a su vehículo, y que todas las personas «como Dios manda» habían condenado el atropello.

—Una cosa es la posición de cada uno sobre la central, y otra muy distinta el ejercicio de la violencia –intervino el doctor Zugatzartatza con mucho énfasis–. Aunque ya que estamos en ello, quiero confiarle que, personalmente, creo que el nuevo centro de producción eléctrica es una necesidad ineludible.

—Son los jóvenes, que andan demasiado revueltos –suspiró su mujer, mientras con una mano se arreglaba el escote–. No sé adónde vamos a ir a parar.

El doctor la miró con un leve reproche en el gesto. Se había conseguido mucho desde el final de los tiempos del dictador, dijo, y tampoco era cuestión de ponerse pesimistas por los desmanes de unos pocos.

Expósito sabía que Zugatzartatza era conocido y apreciado en el pueblo, por lo que aquel apoyo tan explícito a la central fue muy bienvenido. A partir de esa primera comida compartieron mesa todos los días, y hablaron con profusión de Momategi y de otros asuntos, entre ellos el favorito del doctor,

que no era otro que sus ideas sobre la nueva patria que estaba emergiendo, que debía estar basada, decía siempre, «en Dios y en nuestras costumbres». Un camino en el que había que avanzar, aseguraba, evitando romanticismos excesivos y experimentos comunitarios. Y desde luego, renegando con rotundidad de la violencia. El ingeniero era apolítico por naturaleza, carecía de la fe en la actividad del ser humano como ente social necesaria para poder creer en tales movimientos, incluso desconfiaba de ellos y del *homo politicus*; pero, hechas las cuentas, tampoco le parecía mal aquella patria de la que hablaba el doctor. No resultaba alejada del justo medio, pensaba, y desde luego lo estaba de planteamientos extremistas. No cabía tildar al doctor Zugatzartatza de agitador, eso relucía con claridad, aunque quizás tuviera algo de visionario. En cuanto a Dios y a las costumbres, a él lo dejaban indiferente, pero tampoco le molestaban. Puede decirse que, a lo largo de aquellos días, entre conversaciones de sobremesa y algún baño de algas compartido, llegó a trabar con el doctor una sólida amistad. Bastante menos con la mujer, Koikille, porque él era tímido, y además así era como le habían enseñado a comportarse.

El régimen en el balneario estaba marcado por las diferentes sesiones terapéuticas, las comidas y los ratos de reposo entre medias. Durante estos últimos muchos pacientes preferían retirarse a sus dormitorios, pero él había elegido un rincón tranquilo en uno de los salones para dedicarse a la lectura. Era en estos momentos cuando más disfrutaba; un buen libro le hacía olvidarse de cualquier preocupación, incluso de sí mismo. Incitado por la lectura de *Eichmann en Jerusalén*, leía ahora a Primo Levi. Una cruda narración de su experiencia como prisionero en Auschwitz, que le parecía un lúcido retrato de la condición humana o, al menos, de la parte más oscura de la condición humana.

Cuando se trata de sobrevivir, venía a decir Levi, no hay buenos y malos, ese era un criterio maniqueo producto de nuestra necesidad de simplificación; en el campo de concentración solo había *hundidos y salvados*. Los primeros se dejaban arrastrar a una muerte pronta y segura, mientras que los segundos utilizaban todas las argucias inimaginables para sobrevivir. Levi parecía proponer que el comportamiento necesariamente indecoroso de la gran mayoría de los salvados derivaba más de su mayor vitalidad que de su falta de humanidad. ¿No era tan humano luchar por sobrevivir, con todas las armas disponibles, incluidas las indignas, como dejarse llevar por la muerte? El ingeniero meditaba sobre ello, y se preguntaba cuánta culpa de la apatía o de las vilezas les correspondía en realidad a los seres humanos, que al fin y al cabo estaban construidos con una naturaleza que no elegían, y eran arrojados a un mundo con reglas crueles y ya conformadas que tampoco podían elegir. Desde luego, sus simpatías estaban con los hundidos, no le cabía duda de que él hubiera sido uno de ellos. Pero era un dilema difícil de resolver, que en diferentes grados se daba en los diversos ámbitos de la vida: aquellos que en las sociedades movían las ruedas de la historia eran responsables de ciertos

avances, pero también de las grandes tragedias, mientras que los mansos de espíritu tal vez aportaran poco al progreso de la humanidad, pero no dejaban campos sembrados de cadáveres. Por supuesto, había auténticos malvados –como por ejemplo los dirigentes nazis–, y auténticos héroes, pero tanto unos como otros constituían un grupo muy pequeño, la gran mayoría se movía entre un egoísmo innato y una esporádica bondad. Expósito creía que el futuro debía pasar por que el ser humano se hiciera intensamente consciente de esta debilidad congénita, de ese egoísmo consustancial, lo que tal vez le llevara a autolimitarse en sus anhelos; un desiderátum, concluía, que valía para todos, y en especial para aquellos con anhelos extremos y naturalezas aguerridas.

Pero en aquellas largas horas que pasaba en el salón, entre sillones ampulosos, muebles de madera oscura y alfombras espesas y mullidas, más que sobre el futuro de la humanidad el ingeniero meditaba sobre su propio futuro. El amor lo cambia todo, había oído desde niño, y era cierto que su amor por Irantzu lo cambiaba todo. Apartaba un momento el libro para pensar en ella, situándolo sobre su regazo, y se le pasaba una hora imaginando conversaciones que mantendrían o proyectos que emprenderían juntos, actividades en las que se ganaba invariablemente la admiración de su amada. O también, a veces, rememoraba su cuerpo desnudo, o los cuerpos desnudos de ambos, entrelazados en la cama. Y todas las cosas de la vida adquirían para él un nuevo sentido.

Esta rutina de terapias, comidas, lecturas y ensoñaciones le produjo un gran sosiego y una mejora ostensible de su condición general. Un estado de bienestar que solo interrumpían cada mañana, en el rato posterior al desayuno, los periódicos del día. A lo largo de las jornadas que pasó en el balneario los sucesos relacionados con la oposición a la central se fueron sucediendo. Ya el mismo domingo, unos activistas –así habían pasado a denominarles los periódicos– se habían encaramado a una de las cúpulas de la central y colocado allí una bandera con un sol naciente, que al parecer era su emblema reivindicativo. El hecho en sí no revestía mayor importancia, pero sorprendía la audacia de aquellos jóvenes y que hubieran logrado saltarse el cerco de seguridad de Momategi. El martes los periódicos reportaron que otro grupo de activistas había bloqueado durante dos horas el acceso a la sede de la Compañía, y que un número importante de trabajadores había abandonado las obras por miedo a represalias. Pero el gran salto cualitativo lo anunciaron las noticias del miércoles: artefactos explosivos habían sido detonados en unas instalaciones que la Compañía tenía cerca de la ciudad, causando serios daños materiales. Este último suceso dejó muy preocupado al doctor Zugatzartatza, que decidió que tenía que hacer unas llamadas para enterarse de qué estaba ocurriendo. Mientras esperaban a que volviera, notó que Koikille le miraba de una manera extraña, mezcla de angustia y compasión. También le pareció que sus ojos coqueteaban, como atraídos por un destino trágico, y esto hizo que se sintiera incómodo. Cuando regresó, el doctor habló vagamente de que se iban a tomar medidas, sin aclarar en qué iban a consistir ni quién las iba a tomar.

En todo caso su tono grave y su actitud cavilosa no ayudaron a que el ambiente se relajara. Pero a pesar de ello el ingeniero se dejó llevar por la rutina acostumbrada y pasó un último día no muy diferente a los anteriores; al fin y al cabo, estaba ya curado de espanto desde el asalto a su coche.

Al atardecer el doctor le acercó hasta la carretera, donde paraba el autobús a la ciudad. Al despedirse le estrechó con fuerza la mano.

—Le prometo que voy a hacer todo lo posible para que sienta usted el apoyo de la gente responsable de nuestro pueblo –manifestó.

Expósito hizo el camino de vuelta de muy buen ánimo, deseoso de volver a ver a Irantzu y de reemprender el trabajo. Una idea le daba vueltas en la cabeza: tenía que hacer algo para difundir los beneficios de la central entre la ciudadanía. A lo largo de aquellos días pasados en el balneario se había convencido de que todavía no era demasiado tarde.

5

Expósito, hombre de acción

Al volver del pantano, Expósito pasa por el taller a recoger su coche. Después, antes de que pueda acercarse a la central y retomar el trabajo, es requerido a una reunión con el presidente de la compañía eléctrica. Llega a la sede central y toma el ascensor a la planta noble. Sigue dando vueltas a qué puede hacer para encauzar el conflicto en ciernes.

No había estado nunca en la planta presidencial, y quedó muy impactado. El mármol deslustrado y los materiales sintéticos utilizados en el resto del edificio habían sido sustituidos allí por maderas nobles que recubrían suelos y paredes. Retratos de personajes distinguidos y algún paisaje de la ciudad en épocas pasadas adornaban las paredes. Una secretaria, también más refinada y elegante de lo acostumbrado, le condujo hasta una sala donde esperaba ya Orreaga. El director lo saludó tranquilo y sonriente. Expósito esperaba que le aclarara el motivo de aquella convocatoria, pero se limitó a preguntarle por su enfermedad y a mostrarse muy interesado en todo lo relativo al balneario, incluso declaró que tenía que visitarlo con su mujer. Veinte minutos más tarde entró de nuevo la secretaria y les dio paso al despacho del presidente. Era aún más impresionante que todo lo anterior, y el ingeniero no pudo evitar sentirse algo cohibido. El presidente se levantó desde detrás de su escritorio y les indicó una mesa redonda en una esquina de la enorme estancia. Era un hombre alto, corpulento y de porte aristocrático, o lo que Expósito entendía por porte aristocrático, más allá del traje impecable con corbata oscura y el pañuelo asomando en el bolsillo de la solapa: cosas como un pelo gris brillante con mechas más oscuras sobre las sienes, los ojos claros y acuosos, las orejas y la nariz de buen tamaño, las manos sorprendentemente ágiles o la sonrisa escueta y dominante.

Se sentaron y el presidente tomó la palabra con gravedad.

—Entiendo que está usted suficientemente informado de la seriedad de la situación –avanzó, y fijó su mirada en el ingeniero hasta que este asintió–.

Bien, sepa también que aquí está en juego mucho más que el proyecto Momategi, ya de por sí crítico para la Compañía y para el país. Usted se encuentra en primera línea de la batalla que se libra contra los grupos descontrolados que pretenden subvertir el orden establecido… Bien, se lo resumiré en pocas palabras: ¡no vamos a dar ni un paso atrás!

Se quedó en silencio, mientras Orreaga asentía levemente con la cabeza, mostrando una mirada severa tras las gafas de pasta. El presidente dejó que transcurrieran unos segundos antes de tomar de nuevo la palabra.

—Se lo repito a ustedes dos: ¡ni un paso atrás! –en esta ocasión ambos asintieron.

Emprendió entonces un largo discurso sobre los graves momentos históricos que se estaban viviendo, en los que se dirimía nada menos que el futuro de la sociedad occidental, es decir, la supervivencia de sus valores y de sus tradiciones. La epidemia revolucionaria acechaba, dijo, y había tomado la paralización de Momategi como bandera. Sin embargo, la central representaba el progreso y el bienestar económico, mientras que los activistas representaban el caos y la barbarie. Bien, no lo iban a permitir.

—Les puedo asegurar que he recibido el apoyo de las más altas instancias –añadió–, formamos un frente común contra las hordas revolucionarias. Y dejen que les diga una cosa más. El fin de Momategi supondría el fin de esta Compañía que fundaron mis antepasados, y eso, ¡por encima de mi cadáver!

Siguió un tenso silencio en el que Expósito, sin saber muy bien cómo reaccionar, intentó imitar la mirada severa de Orreaga. Al cabo de unos segundos pareció que el presidente se relajaba un poco. Se sirvió agua de un termo que había sobre la mesa y bebió unos sorbos. Entonces fue Orreaga el que tomó brevemente la palabra.

—Presidente, puede contar con nosotros –dijo–. Confíe plenamente en que vamos a cumplir con nuestro deber, que no es otro que defender a esta Compañía.

El presidente agradeció con un gesto la lealtad de Orreaga y seguidamente desvió su mirada hacia el ingeniero. Este asintió con la cabeza y después titubeó un instante.

—A sus órdenes, mi presidente –dijo, porque aquella frase parecía adecuada.

El presidente se mostró complacido y abriendo sus manos con elegancia indicó que si había algo en lo que él pudiera ayudar no tenían más que decirlo. Expósito dudó un instante, porque estaba algo impresionado y no quería meter la pata, pero en sus años de aprendizaje en América le habían enseñado que en la empresa había que ser franco y no aparcar los problemas.

—Sería conveniente completar el programa de seguridad de la central con un plan de evacuación detallado –manifestó–, coordinado con los diversos organismos de Protección Civil. Hay que tener en cuenta que la ciudad está encajonada en un valle y carece de salidas despejadas, lo que dificultaría la tarea.

El presidente miró a Orreaga y este bajó un momento la cabeza. Después se dirigió al ingeniero, en un tono que heló su sangre.

—¿Entonces usted considera que la central no es segura?

Expósito vaciló unos segundos.

—No quería decir eso –se defendió–, el centro cuenta con los mejores sistemas de seguridad… Pero pensando en lo ocurrido en Harrisburg y dada la cercanía de la ciudad…

—Nos hemos gastado una fortuna en seguridad –le cortó el presidente–, pero si considera que todavía queda alguna intervención por realizar presente un estudio. Deje usted que yo me ocupe de la coordinación con otros organismos.

Con esto zanjó la conversación y se levantó, indicándoles con un gesto y una sonrisa sucinta la puerta del despacho. «Ya saben dónde me tienen», añadió antes de que salieran.

En el ascensor Expósito miró a Orreaga repetidas veces, esperando algún tipo de reacción. ¿Se había extralimitado insistiendo en el plan de evacuación? ¿Debía preparar el informe que le habían *invitado* a presentar? ¿Qué significaba realmente «ni un paso atrás», era la situación tan grave? El director, sin embargo, le devolvió una mirada tranquila, imperturbable, mientras tarareaba una melodía de moda. Al llegar a su piso se despidió cordialmente, pero antes de que se cerraran las puertas recordó la admonición del presidente.

—Ya ha oído usted –dijo con voz animosa–, ¡ni un paso atrás!

Salió de la sede confuso y desanimado. Mientras caminaba hacia el aparcamiento meditó sobre la entrevista. Durante un tiempo se había culpado a sí mismo de no entender el funcionamiento de las grandes corporaciones, incluso se había agitado con anticipación ante la posibilidad de entrar en el secreto de los iniciados, pero aquellos días en el pantano, por el contrario, había comenzado a cuestionarse la profesionalidad de la ejecutiva. El modelo de gestión imperante parecía consistir en aparcar los problemas sin afrontarlos realmente, una dilación permanente rellenada de frases huecas y grandilocuentes. Comité de expertos, apoyo del presidente del país, plazo inadmisible, ni un paso atrás… ¿Qué había de la realidad de las cosas?, ¿una tecnología nueva y potencialmente peligrosa?, ¿inspecciones a realizar y licencias a obtener?, ¿la experiencia de Three Mile Island de donde aprender? Y con una parte importante de la población soliviantada, a la que al parecer se pretendía ignorar. Orreaga respondía impasible, el presidente con exigencias de lealtad y admoniciones iracundas… Y su jefe, sencillamente, evitaba aparecer por la central. Expósito era consciente de que apenas unos días atrás habría aceptado aquel estado de cosas sin rechistar, como parte de un orden superior que no comprendía. Pero ya no estaba dispuesto a ser un mero instrumento, un pelele en manos caprichosas e irresponsables, un hombre sin importancia más. Tal vez se tratara del influjo de Irantzu, o de los días de reflexión transcurridos en el pantano. En cualquier caso, ahora le tocaba a él

demostrar que era capaz de embarrarse en las dificultades del terreno.

En lugar de dirigirse a la central, tomó la carretera que llevaba a la margen izquierda de la desembocadura de la ría, el camino a casa. En su mente aquel conflicto tenía un rostro, y era por allí por donde debía comenzar su labor, por el punto de mayor resistencia, o el que al menos lo representaba en su imaginación.

Aparcó cerca de la plaza del ayuntamiento y se dirigió hacia la cuesta de los bares con un paso resuelto que buscaba negar su nerviosismo. La de Basurde era una de las tabernas del final de la cuesta. Cuando entró había tres parroquianos en la barra, de mediana edad, demasiado jóvenes para ser jubilados, posiblemente prejubilados en alguna de las reconversiones industriales. Rostros cerrados, con vestimenta sencilla y manos de hormigón. Interrumpieron la conversación y lo miraron despectivos, sin dejar entrever la sorpresa que aquella aparición debía de provocarles. Uno de ellos silbó y a los pocos segundos apareció Basurde por la entrada que daba a la pequeña cocina. Se paró al verlo, secándose las manos en un trapo. Después dio unos pasos más, muy despacio, sin dejar de mirarlo, de una forma en la que de nuevo el desafío enmascaraba la sorpresa.

—¿Qué…? –dijo entonces, impulsando con vehemencia la barbilla hacia delante, y Expósito entendió que en esa palabra se resumía un cúmulo de alusiones: ¿Qué haces tú aquí, donde ya no pintas nada? ¿Qué aires pretendes darte, con ese traje y esa corbata? ¿Crees acaso que puedes enfrentarte con tu labia y tus melindres a cuatro hombres recios? ¿Qué vas a poder decirnos que no sea la misma mierda de siempre?

El ingeniero hizo un gesto de saludo, alzando la barbilla de manera no muy diferente a la del tabernero, solo que más suave y lentamente, y con el acompañamiento de un brillo conciliador en la mirada. Después, girando la cabeza hacia los parroquianos, dio los buenos días.

—Quería comentarle algo –dijo seguidamente, volviendo de nuevo su rostro hacia el del tabernero. Este miró un momento a los otros tres antes de acceder, pero sin buscar su beneplácito, sino más bien asentando con el cruce de miradas lo que pasaba por la cabeza de todos ellos, «vamos a ver qué coño quiere este ahora». Se apartaron un poco hacia la entrada, cada uno de su lado de la barra. El tabernero volvió a alzar la barbilla, en esta ocasión inquiriendo de forma más neutra pero todavía difidente cuál era el asunto.

—¿Me podría poner en contacto con la Comisión de Defensa? –dijo entonces el ingeniero.

Basurde movió unos segundos la cabeza como afirmando, pero sus ojos no asentían.

—Puede que sí y puede que no… –avanzó–. ¿Qué tienes tú con la Comisión? Basta con que echéis el candado en Momategi. Cerrado por liquidación.

Seguidamente emitió una carcajada, breve y áspera, divertido con su ocurrencia.

—Quisiera abrir un diálogo –explicó eligiendo con cuidado las palabras–, darnos una oportunidad para explicar la posición de cada uno, algo que debiéramos haber hecho hace mucho tiempo.

El tabernero soltó otra breve carcajada y miró a sus amigos. «Ahora quieren dialogar», anunció, con tono socarrón. Los otros tres hicieron gestos irónicos y despreciativos. Después volvió su rostro de nuevo.

—A buenas horas, mangas verdes… Mira, ingeniero, en este país van a cambiar muchas cosas, y la oligarquía no va a tardar en enterarse. Ahora les va a tocar a ellos obedecer, y como le ven las orejas al lobo se les ocurre que quieren dialogar…

—Yo soy un trabajador, igual que tú –contestó raudo el ingeniero.

—Pero vendido a la oligarquía –rebatió Basurde con la misma presteza.

Los dos hombres intercambiaron una mirada tensa.

—Aquí no me ha enviado ninguna oligarquía –dijo Expósito–, he venido por mi propia voluntad porque entiendo vuestras preocupaciones y quiero que hablemos de ello.

La forma en que se expresó causó un impacto evidente en el tabernero. Por primera vez en la conversación su rostro abandonó el viso agresivo, a la vez que una duda pareció abrirse en su mente. Después, la sombra de la sospecha volvió a cubrirlo.

—Si esto tiene que ver con los maderos, te juro que…

No acabó la frase, y en el silencio que siguió Expósito volvió a replicar con la misma convicción.

—Te he dicho que vengo por mi propia voluntad –dijo–. Y nunca he tenido trato alguno con policías.

El tabernero lo observó entonces un largo rato, alternando su mirada entre el rostro del ingeniero, los compañeros que miraban a hurtadillas a unos metros y un punto indefinido sobre la pared, situado a la izquierda y por detrás de la cabeza de su interlocutor.

—Ven por aquí el jueves a las seis –dijo finalmente–. Tú solo.

Después le miró a los ojos una vez más antes de volverse con los parroquianos. Expósito salió de la taberna sin despedirse.

Un rato después conducía de nuevo camino a la central, enfrascado en reflexiones sobre el resultado de aquella conversación; su estado de ánimo fluctuaba entre el temor de haber cometido una imprudencia y la excitación que le provocaba su imprevista conversión en un hombre de acción. Este vaivén de emociones no le abandonó en todo el recorrido. Al llegar al complejo, la visión de hombres armados protegiendo su perímetro tuvo el efecto de reafirmarle en su actuación; se convenció de que alguien tenía que intentar construir puentes con los activistas, o de lo contrario la confrontación seguiría subiendo de temperatura, con consecuencias impredecibles. Una vez dentro, enseguida pudo comprobar cuánto habían cambiado las cosas durante su enfermedad. En el complejo reinaba un silencio inhabitual, como si el día fuera festivo, y los escasos operarios con los que se cruzó le saludaron

huidizos, como si las muestras amistosas o de respeto hacia la jerarquía fueran ahora peligrosas. En cuanto a los avances en las obras, parecían ser inexistentes. Referéndum

El referéndum nuclear era una de las soluciones que se habían puesto encima de la mesa para salir del atolladero en que se había convertido la central de Lemoiz. Esa era la opción que habían elegido algunos países modernos y avanzados como Austria o Suecia. Después del accidente de Harrisburg y tras las moratorias nucleares impuestas por diversos países, su celebración parecía más perentoria que nunca. El Gobierno vasco apoyaba esta solución, y en el primer Parlamento Vasco, que arrancó su andadura el 31 de marzo de 1980, se constituyó una comisión a estos efectos. Sin embargo, la idea contaba con la firme oposición del Gobierno español, presidido por Adolfo Suárez. «Estamos en contra de cualquier consulta popular en este aspecto», había declarado. Los miembros de la Comisión de Defensa, por su parte, habían sido los primeros en proponerlo años atrás, pero ahora dudaban de que se pudiera realizar un referéndum «honesto e imparcial». No creían que existiera igualdad de condiciones para las partes en conflicto. Exigían una paralización previa del proyecto y una investigación abierta y exhaustiva de su construcción, que había acumulado numerosas irregularidades en lo relativo a los permisos. Afirmaban que se había llevado a cabo una política de hechos consumados y se preguntaban: «¿Es que existe la misma objetividad y neutralidad en un referéndum con diez mil millones de pesetas invertidos, a plantearlo con ciento treinta mil millones y el proyecto ya finalizado?». Evidentemente, se temían que con la central ya terminada y a punto para comenzar a producir electricidad la población le otorgaría su apoyo. Y posiblemente esa era la baza que el nacionalismo en el poder estaba jugando. Optaban por tanto por continuar ejerciendo la presión popular. En todo caso, el Gobierno vasco no podía convocar una votación sin la anuencia del Gobierno de España. La solución del referéndum se mantenía por tanto en el aire. En cuanto a ETA y sus adláteres, también se manifestaban contrarios a esta solución. Preferían imponer la suya por la fuerza de las armas.

Cuatro ingenieros

En la urbanización de Unbe residían sobre todo profesionales liberales y un puñado de pequeños empresarios. Entre los primeros contábamos con cuatro ingenieros que trabajaban en Iberduero, y tres de ellos tenían una relación muy estrecha con la central nuclear de Lemoiz. Una concentración inusualmente alta, por mucho que tanto en la eléctrica como en la central trabajaran infinidad de ingenieros. Pero aunque se conocían bien entre ellos, y eran amigos en mayor o menor grado, no creo que ese fuera el motivo por el que acabaron viviendo en el mismo lugar. Se trató, más bien, de un capricho del destino.

El de mayor edad era subdirector técnico de Iberduero y responsable de los proyectos nucleares de la compañía, incluyendo la construcción de la central de Lemoiz. Trabajaba por tanto de un modo muy directo con José Mari. En su juventud, durante la década de los cincuenta, había sido militante del grupo Ekin, germen de la primitiva ETA. Poco después se fue a Estados Unidos a estudiar. En parte, su familia buscaba que se alejara de aquel ambiente de peligro. A la vuelta, olvidados sus devaneos políticos de juventud, se convirtió en un ingeniero importante en la empresa eléctrica. A él le tocaría defender la posición de Iberduero en el único encuentro celebrado con la ciudadanía; organizado en la iglesia de San José Obrero de Romo, con más de dos mil personas enfrente, fue un debate descarnado, en el que los opositores se le echaron encima con agresividad inusitada. Era un hombre alto, de mirada inteligente y algo lejana. Yo apenas lo conocí, porque no se prodigaba demasiado en las zonas comunes de la urbanización, pero por aquello de los caprichos del recuerdo, una conversación que mantuve con él ha quedado registrada en mi cerebro, donde sea que se guarden las memorias más obstinadas. Debía de estar con alguien más, tal vez con mi padre, pero creo que se trataba más bien de alguno de los numerosos hijos del ingeniero. Estoy bastante seguro del contexto de la conversación: el hecho de que, el curso siguiente, me trasladaba a Estados Unidos a continuar con mis estudios. Fui con quince años, así que esa debía de ser mi edad. No sé cómo surgió el tema, pero recuerdo que aquel hombre de ojos claros, calva pronunciada y

pelo blanco algo alborotado señaló, con un deje de añoranza, que lo más impresionante de aquel país eran sus «inmensos cielos, tan altos y lejanos». Creo que fue eso todo lo que dijo sobre los Estados Unidos; era un hombre sonriente, pero de pocas palabras. Es posible que ni siquiera él supiera por qué había elegido aquella imagen, con las muchas que debía de guardar en su memoria. Lo que sí sé es que siempre que voy a los Estados Unidos y no me encuentro bajo la cubierta opresiva de alguna de sus grandes ciudades, miro al cielo y recuerdo sus palabras. Más de una vez he comprendido a qué se refería, y en alguna ocasión he tratado de averiguar a qué se deben esos cielos tan altos. Le dan a uno una rara sensación de posibilidad, que puede llegar a ser abrumadora. A veces me he maravillado de su inconmensurabilidad; en otras ocasiones, me han hecho añorar nuestros cielos cercanos y protectores.

El más conocido de los cuatro ingenieros que vivían en Unbe había sido contratado recientemente desde una de las contratas que operaban en Lemoiz, con la función de transmitir a la presidencia de la eléctrica los avances y dificultades de la obra. Trabajaba mano a mano con José Mari, a quien le unía una gran amistad, ya que también habían estudiado juntos. Pero antes había sido jugador del Athletic de Bilbao. Debutó con dieciocho años y jugó diez temporadas en la posición de defensa central. Hoy desde luego no se estilan los futbolistas-ingenieros, pero ya entonces tenía un enorme mérito. Jugó con la selección española dos partidos amistosos, contra el Girondins francés y ante el Meidericher alemán. Poco después llegó el Mundial de 1966. «No acabé yendo por estar lesionado. Siempre me ha quedado la espinita, la verdad», comentaba en una entrevista reciente. En su andadura en primera división metió quince goles en ciento cincuenta partidos, lo que no está mal para un defensa.

Durante un tiempo organizaba, todos los domingos, partidos de futbol en el campo de hierba de la urbanización. Debía de tener entonces alrededor de cuarenta años, pero jugaba con nosotros, niños y jóvenes, como uno más. Nos organizaba los equipos y hacía también de árbitro cuando surgían jugadas dudosas. Recuerdo su zancada elegante y la mirada siempre arriba, buscando al compañero mejor colocado para un desplazamiento en largo. Era un hombre afable, y también de una gran rectitud: estaba comprometido con nuestra educación, y no admitía tonterías ni palabras malsonantes. Alguno que otro se tuvo que ir para casa antes de que el partido finalizara.

En 2005 fue elegido primer presidente de la Federación de Asociaciones de Futbolistas Veteranos. La Federación nació con varios objetivos en mente: ayudar a compañeros en dificultades, fomentar la práctica del fútbol, promocionar el juego limpio, luchar contra el racismo y la xenofobia y utilizar el fútbol como vehículo integrador de la sociedad. Uno de sus programas principales lleva por nombre *Reminiscencia*. Se trata de una terapia que utiliza el fútbol para alentar emociones positivas en personas mayores y, en particular, como elemento estimulador de la memoria en aquellas que sufren un deterioro de las capacidades cognitivas. Se intenta así reactivar emociones

perdidas a través de los recuerdos, utilizando el futbol como revulsivo. Como es habitual en él, se ha involucrado en el programa en cuerpo y alma.

Mi padre era, de entre los ingenieros de Iberduero que vivían en la urbanización, el único que no tenía una relación directa con la central. Trabajaba en la incipiente área informática de la compañía eléctrica, que contó con uno de los primeros superordenadores del país. Cuando ETA entró en la batalla nuclear, la seguridad de la empresa le recomendó que escogiera cada día un recorrido diferente para sus traslados entre la urbanización y la sede de la compañía en Bilbao, a trece kilómetros de distancia, lo que le llevó a descubrir caminos bellos e insospechados. Pero, en principio, no debía de ser uno de los objetivos del grupo terrorista. No era ese el caso de los otros tres, que estaban sin duda en el punto de mira de la organización. Se hablaba de listas y de nombres, y la Consejería de Interior del Gobierno vasco daba avisos a aquellos que podían estar en una posición de peligro. El 31 de marzo de 1980, a propuesta del PNV, mi madre fue nombrada vicepresidenta del primer Parlamento Vasco. Era abogada y se había metido en política en la efervescencia del tardofranquismo y la Transición. Más adelante sería también senadora. Cuando las cosas se pusieron verdaderamente calientes, le llegó el aviso del consejero de Interior. Al parecer, y dado que los nacionalistas apoyaban retomar las obras de la central, podían ser, cualquiera de los dos, un medio propicio para «matar dos pájaros de un tiro». Siendo esto alarmante, la recomendación que con más fuerza perdura en su memoria es la de que si alguien intentaba detener su coche acelerara, aunque tuviera que llevárselo por delante. Las semanas en que la amenaza parecía ser mayor, mi padre dormía fuera de casa. La navidad del 81 les aconsejaron que abandonáramos el País Vasco. La pasamos en Logroño, y en la familia la recordamos como la más sombría que hemos vivido. Mientras tanto, el ingeniero-futbolista había recibido su propia advertencia de la consejería, en su caso con mayor rotundidad. «Eres el siguiente en la lista», le advirtieron.

El más joven de los ingenieros de este grupo era José María Ryan. El jueves 29 de enero de 1981 salió hacia las ocho menos cuarto de la noche de las instalaciones de la central, algo antes que de costumbre porque quería escuchar el discurso de Adolfo Suárez, que acababa de dimitir ese día. En el camino fue interceptado por miembros de la organización terrorista. Una hora antes, dos jóvenes habían robado a punta de pistola un coche Seat 127 de color amarillo. El incidente había ocurrido en Derio, a unos veinte kilómetros de la central. Los jóvenes se llevaron al propietario, al que dejaron amarrado a un árbol en un paraje próximo a la urbanización. El coche del ingeniero fue encontrado al día siguiente en el cercano municipio de Erandio. A José Mari lo trasladaron a una lonja en Basauri, pero esto solo se sabría cinco años más tarde.

El escondite y los terroristas

El 10 de enero de 1986, el industrial vizcaíno Juan Pedro Guzmán Uribe fue liberado por una unidad de intervención de los Grupos Especiales Operativos de la Policía Nacional (GEO), sin efectuar disparo alguno y tras convencer a los secuestradores de que estaban rodeados y era mejor que se entregaran. Había sido secuestrado por ETA Militar el 30 de diciembre del año anterior. La liberación de Guzmán se produjo en el marco de una amplia operación policial, que condujo a la detención de más de veinte personas. En la investigación, la Policía descubrió que el zulo en el que permaneció encerrado había sido utilizado por ETAm para ocultar a otras dos personas. Una de ellas resultó ser el ingeniero. La otra era el industrial Federico Lipperheide, secuestrado a finales de 1981 y liberado tras satisfacer su familia un rescate.

La lonja que daba acceso al zulo estaba situada junto al portal número 68 de la calle Nagusia de Basauri. Tenía forma rectangular y en su interior había, además de varios muebles apilados en desorden, un vehículo Ford Escort de color verde. En el grifo de un pequeño fregadero situado al fondo los terroristas habían instalado el interruptor que ponía en marcha el mecanismo para abrir una pequeña compuerta. Esta, situada bajo la pila, daba acceso al escondite donde los secuestradores retenían a sus víctimas. El periodista Patxo Unzueta lo describió así en su crónica publicada en el diario *El País*:

> El escondite, una pieza rectangular de unos nueve metros cuadrados, está dividido en dos plantas. En la inferior había una estantería con diversos alimentos y útiles de cocina, un retrete, un lavabo con espejo, cuatro cepillos de dientes, cuatro o cinco sillas plegables, una cocinilla de gas tipo *camping*, una bolsa de viaje con ropa y otros utensilios. De una percha colgaba el traje de color azul marino que vestía Juan Pedro Guzmán cuando fue secuestrado. Sobre la cocinilla se encontraba un recipiente con restos de leche. A través de una escalera de madera situada en un ángulo de la pieza se tenía acceso a la planta superior, en la que había seis literas y mantas. Esta pieza estaba iluminada por una bombilla normal y otra, adosada a la pared, de color rojo.
>
> Esparcidas sobre una de las literas podían verse varias novelas –de Marcial

> Lafuente Estefanía y Agatha Christie, en su mayoría–, así como revistas. Entre estas últimas figuraba el número 72 de la ya desaparecida *ERE*, correspondiente a la semana del 3 al 10 de febrero de 1981; es decir, los días en que permaneció secuestrado el ingeniero de Iberduero José María Ryan, asesinado el 6 de dicho mes. En la portada de la revista hay unas notas escritas a mano, en las que pueden leerse frases como: «Si gilipollas-cracia, cia, cia, cia»; «Bandrés-cracia, cia, cia, cia».

Son significativas estas palabras despreciativas de la nueva democracia y de aquellos que la abrazaron –el abogado Juan María Bandrés, parte de la defensa en el juicio de Burgos, había intermediado en diversos contactos con ETA hasta romper toda relación con la organización cuando esta asesinó al empresario y político Javier Ybarra–. ¿No fue el gran error estratégico de ETA, y de la izquierda *abertzale* que la apoyaba, no comprender la profundidad y el sentido histórico de ese abrazo, su irreversibilidad? Me pregunto si pudo escribirlas la mano que acabó con José Mari. No conocemos su identidad, pero sí cómo se logró la información que permitió a los GEO liberar a Guzmán sin disparar un solo tiro. En julio de 1985, en el recién creado contexto de colaboración entre los ejecutivos de Felipe González y Mitterrand, Alfonso Etxegarai Atxirika, alias *Txema*, fue deportado a Ecuador desde territorio francés. Una de sus primeras acciones como militante de ETA había sido el ataque al puesto de la Guardia Civil de la central de Lemoiz, ocurrido en 1977. Como resultado del tiroteo que se desencadenó murió David Álvarez, amigo íntimo, con el que había dado los primeros pasos como militante. Etxegarai había trabajado en la central, ejerciendo de enlace de la organización desde dentro. Meses después de su deportación a Ecuador, la noche del 8 al 9 de enero de 1986, unos desconocidos irrumpieron en el apartamento en el que la policía ecuatoriana lo mantenía confinado. Al falso grito revolucionario de «¡Viva Alfaro!», se lo llevaron en un camión. Esa noche fue largamente torturado por agentes españoles, hasta confesar la ubicación del escondite en el que la organización terrorista mantenía encerrado al empresario Guzmán. «Era un zulo bien preparado, en un barrio obrero; no sabía los años que llevaba funcionando, pero había dado buenos resultados a ETA», relata el propio Etxegarai en *Regresar a Sara*. «Allí estuvo retenido el industrial Lipperheide. Al hombre le gustaba jugar al ajedrez, y después del desayuno había que improvisarle una mesa en un espacio reducido y darle el placer de una o varias partidas, que casi siempre ganaba. […] Sufría por estar allí encerrado, pero no se le privaba de la posibilidad de sentirse digno, ni se le ponía la mano encima, y sabía que a pesar de tener que pagar su libertad a ETA no saldría pobre de aquel secuestro». Etxegarai no habla del otro secuestrado que permaneció encerrado en el *zulo* de Basauri, José María Ryan, a pesar de que, de acuerdo con la policía española, estuvo también implicado. En otro pasaje de su relato confiesa haber matado, incluso justifica el tiro en la nuca, un acto en el que,

para la mayor parte de la sociedad, a la crueldad se añadía la cobardía. Pero resulta imposible certificar que estuvo allí, en el bosque de Zaratamo, como clama la policía española, imposible determinar si pudo ser él quien apretara el gatillo que acabó con la vida del ingeniero; en cualquier caso, los militantes de ETA siempre han considerado estas precisiones irrelevantes: cuando mataba uno mataban todos. En aquella otra oscura noche en los arrabales de Quito, cinco años más tarde, y mediante descargas eléctricas, golpes y amenazas, se le extrajo de forma brutal una información valiosa, que tal vez salvó la vida de un hombre, o tal vez solo su economía. Etxegarai fue trasladado meses después a Santo Tomé y Príncipe, el pequeño país insular africano en el que iba a pasar más de treinta años de destierro. En el documental *Sagarren denbora*, grabado en la isla en 2010, se muestra como una persona tranquila y afable, convencido y consecuente con sus ideas. Se ve que es un hombre que posee sensibilidad y un fuerte idealismo. Sin embargo, no deja traslucir el menor arrepentimiento hacia sus víctimas. El único momento en que se ve superado por la emoción es cuando habla de David, su amigo muerto en Lemoiz por los disparos del enemigo: dice sentir la paralización de la central como un homenaje póstumo a su compañero de armas. Mientras veo las imágenes, me pregunto si la muerte de José Mari le provocará algún sentimiento. Pero sabemos que los peores errores de ETA no correspondieron al ámbito estratégico, sino al de la ética, que dinamitó con la excusa de una supuesta guerra; entre ellos, cosificar a las víctimas hasta despojarlas de su humanidad, convirtiéndolas en números, símbolos o meros daños colaterales.

Alfonso Etxegarai regresó al País Vasco francés a finales del 2019. Juan Cruz Maiza Artola, el otro etarra identificado como presunto autor del secuestro y asesinato de José María Ryan, en el momento en que se escribe este libro, no está lejos de allí: cumple una condena de veinte años en la prisión de Lannemezan. Cuando fue detenido en 2007 tras una larga carrera en ETA, era el responsable del aparato logístico de la organización. El tercer componente del comando pudo ser, tal vez, Ramon Oñederra, *Kattu*, dada su relación de armas con Etxegarai. Fue el primer miembro de ETA asesinado por los terroristas del GAL, en diciembre de 1983.

Visita a Momategi

Cuando entró en la librería aquella tarde al volver de la central la encontró en su rincón de siempre, leyendo *Los inocentes*, de Broch. Se sonrieron, después él le propuso reunirse junto al puente en quince minutos. Un rato más tarde paseaban por la ribera de la ría. Ella se había asido a su brazo con naturalidad. Se intercambiaron las novedades de los últimos días, que en el caso de Irantzu eran escasas, por lo que fue principalmente él quien relató lo acontecido en el balneario del pantano y el estado de las cosas en la central. Después pasó a referirle su conversación con el tabernero: su intención de dialogar con la Comisión de Defensa y el encuentro programado para ese jueves.

—No sé si debes fiarte de Basurde –dijo ella tras cavilar unos segundos.

Él la miró sorprendido.

—Vivo aquí desde niña, y esa taberna es de las de toda la vida. Basurde es un personaje conocido en este pueblo. Sé lo que me digo.

Irantzu decía que lo conocía bien, pero no sabía cuál era su verdadero nombre. Posiblemente pocos lo conocieran; así sucedía con los motes, nadie solía recordar el nombre real del individuo en cuestión.

—¿Por qué dices que no me puedo fiar de él? –inquirió.

Ella alegó que tenía fama de bruto, de ahí derivaba el mote, y que era conocido que políticamente era un veleta.

—No te metas en líos –añadió, con una leve irritación que Expósito interpretó como signo de preocupación.

—No te preocupes, sabré cuidarme –dijo a la vez que besaba su mejilla. Pero le pareció que aquel gesto aumentaba su irritación, quizás, pensó, por el tono algo paternalista que había utilizado.

—¿Y qué quiere decir «basurde»? –preguntó entonces en un tono más neutro. Irantzu conocía bien la lengua de aquella tierra.

Ella miró a la ría con hastío antes de contestar.

—Quiere decir «jabalí» –dijo, girándose. Después relajó la expresión de su rostro–. Anda, llévame a algún sitio a tomar algo –suplicó, con una sonrisa coqueta.

El ingeniero devolvió la sonrisa y sin decir nada más redirigió sus pasos

hacia La Exquisita. Al llegar se sentaron en la misma mesa de siempre y decidieron tomarse un par de cervezas. El local estaba bastante lleno debido a que al día siguiente se celebraban los carnavales y no se trabajaba en la provincia. Hablaron un rato de *Los inocentes*, que Irantzu había comenzado a leer siguiendo el hilo de *Eichmann en Jerusalén*. Según relató, trataba sobre los culpables de indiferencia ante la ascensión del nazismo. Incidía en otro tipo de omisión: mientras el hombre sin importancia participaba de la acción delegando su conciencia en las autoridades, los indiferentes contemplaban el paso de los eventos sociales y políticos como si se tratara de una película enteramente ajena a sus intereses. Con su impasibilidad habían permitido el desarrollo del régimen político más cruel de la historia de la humanidad. Al adentrarse en su exposición, Irantzu se exaltó de nuevo con la cobardía y el egoísmo de los seres humanos. No soportaba la apatía ante los desmanes de los poderosos, volvía a repetir, mirando con intensidad al ingeniero.

—Mañana quiero pasar un par de horas en Momategi –dijo este por cambiar de tema–. Para recuperar algo del tiempo perdido durante mi enfermedad. La central estará prácticamente vacía por ser día de fiesta.

Seguidamente se le ocurrió una idea.

—¿Qué te parece si me acompañas?

A Irantzu se le iluminó el semblante.

—¿Es eso posible? –preguntó.

—Por supuesto –dijo él–, no veo por qué no, siendo festivo.

Ella se mostró entusiasmada ante la posibilidad de conocer Momategi de primera mano.

—¿Estás seguro de que no voy a ser un incordio? –preguntó poco después, pero se notaba que lo hacía solo por educación, y que a esas alturas contaba ya con la excursión, de modo que no realizarla hubiera supuesto una decepción.

Expósito negó con la cabeza, y ella se acercó hasta besar sus labios. Poco más tarde abandonaron el local, impacientes por llegar al piso.

Al día siguiente partieron a las diez de la mañana. Condujeron con parsimonia por entre campas y montes, sin las prisas habituales por llegar a la central. Ella vestía muy juvenil, se había puesto unos vaqueros y un suéter abierto en el frente, que cuando se desajustaba en las curvas dejaba entrever una camiseta de tirantes. Expósito la miraba a hurtadillas. Después centró su atención en el paisaje que discurría al otro lado del parabrisas. Las nubes seguían cubriendo el cielo, pero aquella mañana se situaban más elevadas, relajando la sensación de ahogo. La temperatura era agradable, y el ganado y los pájaros se mostraban despiertos y activos, anticipando ya la primavera. Entonces cogió la mano de Irantzu y la besó, sin que ella apartara su mirada de los pinares que atravesaban en aquel momento.

—¿Esta carretera es siempre tan solitaria? –preguntó. Habían tomado ya la bifurcación hacia la central.

—Los días de labor pasa algún coche más, pero muy pocos. A pesar de su

relativa cercanía a la ciudad, la zona ha permanecido muy virgen –dijo, y oírse le enorgulleció, porque de alguna manera aquella mañana se sentía parte del paisaje.

Irantzu volvió a mirar por la ventanilla, y el resto del camino hablaron poco: él sentía que todo estaba en su sitio y no hacía falta más. Al llegar a la cancela los policías se mostraron reacios a permitir la entrada de la librera en el perímetro. No era personal autorizado. Finalmente llamaron a Venancio y con su beneplácito, y habida cuenta de que estaba acompañada por el ingeniero, acabaron por dejarla pasar.

—¿Son siempre tan quisquillosos? –preguntó una vez dentro.

—Cumplen con su trabajo, se temen posibles sabotajes de los activistas –explicó–. Y bien, ¿qué te parece?

Ella contempló el enorme complejo con ojos admirados. Expósito acompañó su mirada con orgullo.

—Da miedo –dijo entonces.

Asintió. En la quietud del día, sin sol ni lluvia ni viento, y sin rastro de empleados, los edificios tenían algo de portentoso, un aire de vida propia que posiblemente lo mismo podía alentar que amedrentar. Entendía que donde él veía elementos de refrigeración, condensadores, generadores o turbinas, ella pudiera intuir las diversas partes de un inmenso y amenazante ser vivo.

—Solo hasta que conoces su función –contestó–. No son más que ingenios técnicos puestos al servicio del hombre. –Seguidamente señaló hacia delante y se pusieron en marcha.

A lo largo de la siguiente hora caminaron entre las instalaciones y él le fue indicando el propósito y funcionamiento de cada elemento. Ella había adquirido ya unos conocimientos básicos en sus charlas, y gracias a ello logró seguir las explicaciones sin mayor problema. Apenas se toparon con dos o tres operarios, que realizaban funciones rutinarias de mantenimiento. Después él se fue al edificio de oficinas a su despacho, dejando que ella siguiera curioseando.

Cuando se encontraron de nuevo en el despacho del ingeniero, ella le contó que había pasado buena parte de la mañana contemplando el mar, sentada en una esquina del dique. Allí había conversado con un vigilante, inicialmente muy sorprendido al encontrarla, pero que al aclararle que era la novia del responsable técnico del centro había reaccionado amablemente. Al escuchar esta constatación de la naturaleza adquirida por el vínculo tejido entre los dos, al ingeniero le sacudió una descarga de orgullo y regocijo. Su primera reacción fue de respeto, como si aquello sacralizara su relación. Pero segundos después estaba desnudándola con un furor arrebatado.

6

Atentado en la central

La tarde del día siguiente, Expósito se extrañó de no encontrar a Irantzu en la librería; al volver a casa había una nota en su buzón. La librera le explicaba que tenía que ausentarse un par de días, por asuntos relacionados con unos terrenos que su padre poseía en su localidad de origen, en las montañas del interior. Al parecer esa noche había recibido una llamada informándola de la posibilidad de una venta. Era poca cosa, pero suficiente para ser importante.

Con Irantzu ausente, Expósito pasó los siguientes dos días enfrascado en su trabajo en la central, y gracias en parte a su empuje y a que los activistas concedieron una pequeña tregua las obras recobraron un cierto ritmo. Se volcó enteramente en procurar que este nuevo impulso no perdiera fuelle; sin embargo, no dejó en ningún momento de sentir la inquietud que el encuentro con la Comisión de Defensa le provocaba. En lugar de percibir el paso de las horas como un avance del tiempo o los trabajos, lo vivió aquellos días como el goteo de una cuenta atrás. De tal manera que el jueves por la mañana le costó concentrarse, y a partir del mediodía era ya un manojo de nervios. La idea de cancelar aquella temeraria reunión, carente de la autorización de la Compañía, no cesaba de pasarle por la cabeza. Hasta el punto de que su mente, ávida de sosiego, acabó por imaginar una especie de desdoblamiento de sí misma, que le permitió figurarse que el que se disponía a entrar en la taberna de Basurde aquella tarde no era él, sino otro con mucho más valor y resolución.

En la puerta colgaba el cartel de cerrado y los estores estaban bajados, aunque dejaban entrever que en el interior había un pequeño grupo de personas. El ingeniero giró la manilla, pero estaba echada la llave. Pasaron unos segundos antes de que el tabernero le hiciese pasar. Volvió a cerrar la puerta con llave y seguidamente le presentó a los tres miembros de la Comisión, una mujer y dos hombres, que se hallaban de pie junto a la barra. El primero de los hombres tendría unos cincuenta años, el rostro despejado y resolutivo, y un tono de voz cálido y agradable. Se presentó como Joseba, y a partir de ese momento tomó las riendas de la reunión. El otro, Kepa, era un

joven de alrededor de treinta años, que lucía barba y se mostraba más serio y contenido. La mujer era de una edad intermedia y le saludó con tal afabilidad que se quedó algo sorprendido. Dijo llamarse Amelia, y en sus ojos marrones brillaba una mirada inteligente. En conjunto le causaron buena impresión, de gente culta y civilizada, en las antípodas del grupo de activistas rudos y agresivos que había imaginado. Basurde era el más tenso de los cuatro, quizás por ser el organizador de aquel encuentro de incierto resultado.

Tras las presentaciones se sentaron alrededor de una mesa, situándose Basurde algo más retrasado, adoptando al parecer una posición de mero observador. Joseba tomó la palabra.

—Antes de empezar desearíamos saber cuál es su posición en la Compañía, y si acude a esta reunión como su representante –dijo.

Aclaró que, como ya sabían, era el ingeniero responsable de la central, pero que acudía a la reunión sin el respaldo explícito de la Compañía.

Se produjo entonces un momento de vacilación entre los miembros de la Comisión, pero él comenzó a hablar de la central sin darles la oportunidad de entrar en formalismos. Durante la siguiente media hora expuso su discurso habitual sobre los beneficios que iba a aportar Momategi a la sociedad en su conjunto, incidiendo especialmente en las extensas medidas de seguridad del complejo. Los miembros de la Comisión se permitieron el intercambio de alguna mirada escéptica y alguna que otra sonrisa irónica, pero dejaron que desarrollara sus argumentos. Cuando finalizó, Joseba tomó la palabra de nuevo.

—Mire, ingeniero, no negamos que la central traería importantes avances a nuestra comunidad –anotó–, lo que cuestionamos es que la obtención de dichos beneficios implicaría riesgos demasiado altos. Incluso a pesar de los sistemas de seguridad, como ha quedado recientemente demostrado con el accidente de Three Mile Island.

Después se quedó en silencio, mirándole con expresión tranquila. El ingeniero tardó unos segundos en reaccionar, algo perplejo, ya que esperaba una actitud mucho más enconada por parte de los activistas.

—El progreso siempre conlleva ciertos costes –replicó–. Pero paralizar la central supondría un deterioro aún mayor de nuestros niveles de bienestar.

—No se deje confundir por el progreso, ingeniero, que está muy sobrevalorado –intervino Amelia con una sonrisa pícara–. No pocos avances realizados en su nombre han resultado catastróficos.

La conversación derivó entonces hacia un recuento de los inconvenientes de un proyecto como Momategi. Más allá del problema de la seguridad, los activistas hablaron de los impactos sobre los recursos agrícolas y marinos del entorno, de la degradación de las playas, de los residuos radioactivos, incluso del impacto psicológico sobre la población por la inseguridad y el constante temor que la central provocaría. Recordaron de nuevo el grave accidente acontecido en Harrisburg, a lo que el ingeniero rebatió que había cientos de reactores funcionando por todo el mundo, siendo aquel el único percance de

relevancia, y sin que hubiera habido que lamentar muertos ni heridos. Pero a pesar de las discrepancias, la conversación se mantuvo en todo momento en términos cordiales, incorporando incluso disquisiciones algo filosóficas sobre las bondades y perversidades del progreso, debate al que al parecer Amelia era muy aficionada. Sin embargo, en un momento dado, el llamado Kepa pareció impacientarse.

—¿Acaso le gustaría a usted que su familia viviera junto a la central? –preguntó, en un tono abrupto que desentonó del diálogo mantenido hasta entonces.

Joseba se giró hacia el joven con una mirada apaciguadora. Seguidamente retomó la conversación.

—Podríamos seguir debatiendo largo y tendido sobre los riesgos y beneficios de Momategi –observó–, pero seguramente ninguno de nosotros va a ser enteramente objetivo, es inevitable que nos dejemos llevar por opiniones preconcebidas. –Miró un instante a sus compañeros antes de continuar–. Lo que en realidad queremos proponerle a la Compañía es, precisamente, elevar ese debate a la sociedad. En primer lugar, emprender una investigación a fondo del proyecto, en especial de los riesgos para la población, analizando si son eludibles o al menos gestionables… Y después, hacer públicos los resultados y dejar que la sociedad se pronuncie.

—Por supuesto, en la investigación participarían elementos ajenos a la Compañía –añadió entonces Kepa.

—Por supuesto –corroboró Joseba–. Junto con sus propios expertos.

Expósito se quedó un instante pensativo, tratando de dilucidar las implicaciones de aquella propuesta. No lograba dar con nada objetable en ella, en realidad le parecía muy sensata. Sin embargo, no estaba seguro de que la ejecutiva fuera a ser de la misma opinión.

—Usted inténtelo –dijo entonces Amelia, intuyendo su preocupación–. Hable con la Compañía. Nosotros confiamos en su buena voluntad. Cada uno de nosotros solo puede aportar su granito de arena, pero tal vez eso acabe siendo suficiente.

Fijó su mirada en ella, perdiéndose un instante en aquellos ojos inteligentes y afectuosos. Después desvió su mirada hacia Joseba y realizó un gesto de asentimiento.

Al salir de la taberna comenzó a descender con paso lento por la cuesta de los bares. Ya había oscurecido y, enfrente, más allá de la ría y de las luces de la margen derecha, brillaban las primeras estrellas. A pesar de todos sus recelos consideraba que la conversación había ido bastante bien; únicamente el llamado Kepa se había mostrado algo más agresivo y difidente. Incluso Basurde se había despedido de forma afable. Sentía un gran alivio por haberse quitado aquel peso de encima, y también una vaga sensación de esperanza. Pensaba que tenía que ser posible llegar a un entendimiento. Pero apenas un poco después, al llegar al principio de la cuesta y doblar ría abajo, se cruzó con un par de miradas torvas que le censuraron al pasar, provocando que se

nublara en buena medida su optimismo. Lo que pedía la Comisión era sin duda razonable, pero ahora le parecía muy difícil que la ejecutiva lo aceptara; lo cierto es que él llevaba semanas exigiendo la elaboración de un plan detallado de evacuación, y solo había obtenido largas. En la reunión, inmerso en la conversación con aquellas personas juiciosas, la idea le había parecido, de puro evidente, factible; ahora se daba cuenta de que tal optimismo había sido en realidad una mera expresión de sus deseos, alejada de la realidad de las cosas.

Siguió caminando por la ribera de la ría hasta que, de improviso, se animó, porque recordó que, tal y como había madurado aquellos días en el pantano, lo único que estaba en sus manos era intentarlo. Se había comprometido a transmitir lo mejor posible la propuesta de los activistas, y así lo iba a hacer. Se dio cuenta, con alivio, de que ya no le importaba como hacía unos días su posición de ingeniero responsable de la central, o aquellas idioteces sobre la comunicación en las grandes organizaciones. Quería hacer lo que era justo y razonable. Aquella noche se fue a la cama con esa idea en mente, y antes de dormirse volvió a elucubrar un largo rato sobre cuál podía ser la mejor manera de plantear una investigación a fondo del proyecto.

Con ese propósito se dirigió la mañana siguiente a la sede de la Compañía. Pretendía reunirse con Orreaga y el presidente, con la intención de formularles la propuesta. Sin embargo, cuando llegó a la puerta principal entendió que algo muy grave había pasado, y que posiblemente no iba a ser el día apropiado para mantener aquel tipo de conversaciones. A pesar de lo temprano de la hora había un gran revuelo delante de la entrada, flanqueada por dos coches de policía. Comprendió que se trataba de periodistas y curiosos. La policía le exigió la documentación para acceder a la sede, sin entrar en explicaciones sobre lo ocurrido. Una vez dentro fue uno de los bedeles el que le dio la noticia: hacía poco más de media hora se había producido una gran explosión en la central. No se conocía todavía con certeza el origen de la misma, pero al parecer se sospechaba que habían colocado un artefacto explosivo. El ingeniero miró entonces a los ojos del bedel, sin atreverse a formular la pregunta. Este comprendió y bajó la mirada con gravedad.

De camino a la central la radio del coche confirmó que había dos fallecidos. La explosión –ya no existían dudas de que había sido una bomba– se había producido en el lateral externo del primer reactor. Por algún motivo recordó que pocos días atrás unos operarios se habían sentado allí a comer el bocadillo. Y recordó también sus rostros, alegres y sonrientes en su momento de asueto. Después se le mezclaron en su imaginación con los rostros de otros operarios: aparecían en algunos casos nítidos y en otros apenas esbozados, de unos recordaba el detalle de las facciones mientras que otros se definían someramente por un gesto particular. Se entretuvo unos minutos con aquella macabra lotería de las posibles víctimas de la explosión, deteniéndose con temor en aquellos a los que había tratado más, o de los que conocía algún

detalle personal, como si eran padres de familia, pero a sabiendas de que no tenían por qué tener un mayor derecho a la vida que los rostros anónimos. Imaginó entonces a los familiares realizando conjeturas similares, en su caso con una angustia infinita. Los más optimistas calculando que no podía ser, que solo eran dos entre mil, mientras los de naturaleza pesimista presentían que sí, que a pesar de que las probabilidades fueran tan bajas los terroristas habían ido a matar precisamente a su ser querido. Después pasó a pensar, de una manera inconexa, en su jefe, Orreaga, el presidente, el tabernero Basurde, los miembros de la Comisión y el topo Ramírez. Tal y como había sucedido poco antes con los rostros de los operarios, era más bien una mera sucesión de imágenes sin línea argumental. Pero una idea logró concretarse y arraigar en su cabeza: la forma pueril pero inexorable en la que, en las cosas de los hombres, las posiciones se iban extremando hasta hacerse irreconciliables.

En la cancela de entrada del complejo había un gran revuelo: policía, ambulancias, periodistas y algún familiar angustiado. Pensó que no tardarían en aparecer muchos más, alertados por las emisoras de radio. En el interior del perímetro reinaba el caos. Algunos trabajadores lloraban, otros proferían imprecaciones y lamentos, otros corrían de un lado para otro sin que se entendiera cuál era el objeto de sus carreras. Fue directamente al primer reactor. Según se acercaba vio primero un grupo numeroso de gente, entre los que reconoció a Venancio y a un par de miembros de su propio equipo. Había también policías y personal sanitario. Entre los primeros divisó al topo. Después su mirada se centró en los desperfectos materiales: un gran boquete de varios metros en la pared del reactor, escombros por el suelo, tuberías y un generador reventado sobre el piso de hormigón. Finalmente vislumbró sobrecogido lo que estaba buscando. Los dos cadáveres yacían en el suelo, colocados sobre camillas y con sendas mantas cubriendo los cuerpos. Al acercarse más pudo ver oscuras manchas de sangre, jirones de ropa y otros despojos que no quiso saber qué eran. Al llegar junto al grupo, Venancio fue el primero en saludarle: le dio la mano y posó la otra en su brazo, de una manera ceremoniosa y desacostumbrada. Después otros repitieron el mismo gesto o gestos similares, bajando la cabeza, como si todos ellos estuvieran dándole el pésame. Y entonces entendió lo que estaba ocurriendo, en toda su dimensión; comprendió que, en efecto, aquello eran condolencias, porque los muertos eran sus trabajadores y, al menos en parte, su responsabilidad. Se agachó junto a los cadáveres, no sabría decir si por un impulso propio o por desempeñar el papel que le habían adjudicado. Retiró con suavidad la manta de uno, y después la del otro, pero sus rostros estaban destrozados y no logró reconocerlos. Eran masas desfiguradas de carne sanguinolenta, y no pudo evitar que una violenta arcada le subiera desde el estómago.

En aquel momento su cuerpo no reaccionó, había ejecutado los actos precisos sin dejar que aflorase emoción alguna más allá del sobrecogimiento que embargaba a todos. Sin embargo, al llegar a su despacho cerró la puerta y lloró de una forma honda y compungida que se le hizo nueva y extraña,

porque él no solía llorar, porque hasta entonces la distancia había sido su forma de enfrentarse a las desgracias, porque hasta entonces nunca había tenido que sentirse responsable de nadie.

La semana de la angustia

La noche del jueves 29 de enero Pepi Murúa recibió una llamada preguntándole si su marido estaba en casa. Eran las nueve pasadas y la llamada llegaba del diario *Egin*. Hasta ese momento no estaba preocupada; la hora de salida de José Mari solía oscilar entre las ocho y las ocho y media, y cuando había alguna prueba de funcionamiento en la central podía retrasarse hasta altas horas de la madrugada. No la había aquel día, pero no era tan tarde como para que se alarmara. Cuando contestó negativamente, le dijeron que ETA Militar había asumido la responsabilidad de su «detención».

Se afirmó en esos primeros días que habían sido tres los jóvenes que lo abordaron a punta de pistola, un dato imposible de concretar ya que nadie había presenciado el secuestro; ese era el número de componentes habitual de los comandos de ETA. Aquella tarde el ingeniero había asistido a una reunión con varios técnicos en las oficinas de la central, y seguidamente se encaminó al aparcamiento en compañía de un joven abogado, recientemente incorporado a la empresa. Quería llegar a casa antes que de costumbre, ya que Suárez había dimitido y deseaba seguir los acontecimientos. Tal vez la reunión se alargara y retrasara su salida, el caso es que Ryan se metió en el coche a las ocho menos cuarto, solo un par de minutos antes de que el ya ex presidente español comenzara su discurso televisado a la nación. Debió, por tanto, de encender la radio del coche y escuchar sus palabras por ese medio. Condujo delante del abogado hasta el cruce de Andrakas, y allí se desvió hacia Mungia. En ese momento habían trascurrido unos siete minutos desde su salida, por lo que seguiría atento a las palabras de Suárez. Su discurso duró exactamente doce minutos.

La carretera que lleva desde Andrakas hasta el barrio de Erribera en el pueblo de Maruri sube y baja entre bosques frondosos, es un recorrido de algo más de dos kilómetros donde no hay, ni siquiera hoy en día, caseríos ni ningún otro tipo de construcciones habitadas. Le pudieron dar el alto en cualquier revuelta de este tramo despoblado; o tal vez en el *stop*, tras bajar la colina y llegar al siguiente cruce, en cuyo caso el discurso de Suárez estaría a punto de finalizar. De no ser así, continuaría su camino a casa: pasaría por

delante del castillo de Butrón y al llegar a Laukiz tomaría la carretera que sube al monte Unbe, otros dos kilómetros de revueltas solitarias muy aptas para una emboscada. Ese día el ingeniero conducía su vehículo particular, un Seat 131, aunque solía utilizar también un Renault 4 y en ocasiones vehículos pertenecientes a la empresa. Los terroristas debían de estar muy al tanto de aquellos cambios de coche. Si lo cogieron en ese último tramo, Ryan estaría seguramente escuchando los comentarios postdiscurso de los locutores.

Una vez lo tuvieron en su poder se dirigieron hacia Erandio en dos coches, el de Ryan y el propio, posiblemente ese Seat 127 amarillo robado en Derio una hora antes. En Erandio abandonaron el vehículo del ingeniero y siguieron camino; es posible que José Mari viajara en el maletero. Una vez en Basauri, una población obrera e industrial edificada sobre la pequeña llanura fluvial en la que se unen el Ibaizabal y el Nervión, los dos ríos que conforman el estuario de Bilbao, se dirigieron a una lonja en el número 68 de la calle Nagusia. Se trataba de una zona de viviendas algo apartada y con un descampado enfrente. Allí introdujeron el coche, y tras sacar al ingeniero activaron el mecanismo oculto en el grifo que daba paso al zulo donde lo iban a retener los siguientes siete días.

El viernes 30 amaneció con viento sur y cielos algo nublados. Los periódicos hablaban sobre todo de la dimisión de Suárez, y apenas reseñaban el secuestro. La mañana pasó en casa de los Ryan entre incertidumbres y preocupación. Pepi prácticamente no se despegó del teléfono, y después se fue a comer a casa de un vecino. Sus padres llegaron de Elciego, y a primera hora de la tarde ella accedió a realizar sus primeras declaraciones. Reseñó la fuerte impresión y su sorpresa, ya que nunca habían imaginado que algo así pudiera ocurrir. Su marido era un profesional centrado en el trabajo, que no se metía nunca en política. Señaló que el ingeniero era amante de la música y de la lectura, además de muy aficionado al cuidado del jardín. Esa misma mañana, efectivos de la Guardia Civil y de la Policía efectuaron un gran despliegue de fuerzas con el propósito de localizar su paradero. Miembros de la Unidad Antiterrorista Rural, auxiliados por un helicóptero y perros adiestrados, peinaron las laderas del monte Unbe y todo el trayecto entre la central y la urbanización. Las hipótesis que barajaban situaban al ingeniero en alguna localidad de la margen izquierda (hipótesis a la postre correcta) o en el triángulo mayormente rural que conformaban las localidades de Plentzia, Unbe y Las Arenas. De ser este último el caso, pensaban que debía de estar retenido en algún caserío, incluso en una cueva. En todo caso, y utilizando el argot de sus captores, encerrado en una «cárcel del pueblo».

Aquella tarde llegó el segundo mazazo, tal vez tan impactante y brutal como el primero. ETAm emitió un comunicado en el que exigía demoler la central de Lemoiz como condición para liberar al ingeniero, concediendo a Iberduero y al Gobierno español una semana de plazo para ello. De lo contrario, «actuaría en consecuencia». Esa noche, el Gobierno vasco emitió un duro comunicado calificando el secuestro de criminal y fascista; en él

definía a Ryan como un hombre bueno, auténtico y leal compañero de trabajo, en lo que iba a ser una constante en muchas de las declaraciones, y en especial las de su entorno de trabajo. José Mari era un hombre respetado y querido por su honestidad. Aquella misma mañana, unos dos mil trabajadores de Iberduero se habían congregado de una manera espontánea en el vestíbulo de la sede de la Compañía. Se leyó un comunicado de denuncia y seguidamente salieron a la calle y se dirigieron a la Diputación Foral de Bizkaia, con la intención de exigir la convocatoria de sus Juntas Generales.

Llegó un fin de semana de cielos tristes, carente de acontecimientos, un lapso de calma tensa en el que las horas muertas fueron cayendo una detrás de otra, vacías y sin embargo pesadas como losas. La casa de los Ryan se había llenado de amigos y familiares, y los cinco niños, con sus juegos y rutinas, proporcionaban cierta sensación de normalidad. Sin embargo, las conversaciones tomaban vuelo y luego se desmoronaban hasta reducirse a cuchicheos. Imposible no pensar. Aunque la gente que la rodeaba trataba de mostrarse optimista, el ánimo de Pepi iba deteriorándose.

El sábado volvió a hablar con la prensa. En cuanto a las opiniones de su marido, señaló que este estaba convencido de los beneficios que la central traería a Euskadi, pero era consciente también de sus perjuicios, y aceptaba puntos de vista que no concordaran con el suyo. Siempre había defendido con naturalidad y sin fanatismos la energía nuclear, y se solía lamentar de la escasa información que tenía la gente, en particular información con base científica y real. Por otro lado, era un firme defensor de realizar un referéndum popular sobre la puesta en marcha de la central. Pepi añadió que, aunque José Mari amaba profundamente el País Vasco, era un hombre poco político y no se metía en líos de esa índole.

Durante el fin de semana patrullas del Ejército y de la Guardia Civil comenzaron a vigilar las subestaciones y transformadores eléctricos de Iberduero por todo el País Vasco, acampando incluso en las inmediaciones de las instalaciones de la empresa. La medida, que causó sorpresa y rechazo en determinados ámbitos, venía justificada por la intensificación de la oleada de ataques contra la compañía, que en los últimos tres años acumulaba cerca de trescientos atentados y unos daños evaluados en mil seiscientos millones de pesetas. Extrañamente, Iberduero no emitió ningún comunicado oficial hasta última hora del domingo por la tarde, casi tres días después del secuestro. Además de manifestar su repulsa, señalaba en él su disposición a «acatar las decisiones que tomen quienes legalmente puedan y deban». La empresa adoptó desde el principio una actitud evasiva, señalando implícitamente que aquel era un problema de las autoridades. Hay que recordar que la planificación energética del país estaba centralizada, y por tanto la dirección de Iberduero podía alegar que aquella central nuclear que tantos quebraderos de cabeza estaba causando era responsabilidad del Gobierno español. El PEN (Plan Energético Nacional), que establecía las necesidades de inversión del sistema eléctrico, había sido aprobado por el Congreso de los Diputados. Pero

esta era una posición ventajista, no enteramente responsable. Podía entenderse que Iberduero no quisiera meterse en política, un terreno que no le correspondía, pero no tanto que no tomara un liderazgo firme en los esfuerzos por liberar al ingeniero. Sin duda existían presiones del Gobierno español en el sentido de mantener una respuesta parca y fría, pero era una prerrogativa de la compañía el hacerles frente.

El lunes 2 de febrero las cosas se pusieron en marcha de nuevo. Los trabajadores de la eléctrica celebraron una asamblea en las oficinas centrales, donde se comunicó la creación de un comité pro liberación de Ryan, del que formaban parte dirigentes de las principales centrales sindicales y al que serían invitadas personalidades de la vida política y cultural, así como cuantos particulares desearan adherirse. Entre las posibles iniciativas mencionadas por el grupo promotor figuraba la de intentar la mediación de antiguos miembros de ETA, apartados ya de la organización. Además, el comité convocó una manifestación pacífica para pedir la liberación de Ryan, a celebrar en Bilbao el jueves día 5.

Se reunieron también las comisiones relevantes del Parlamento Vasco. La de Derechos Humanos pidió a todos los ciudadanos que expresaran firmemente su deseo de que se pusiera fin al secuestro, llevando a efecto cuantas demostraciones fueran precisas. La comisión especial de encuesta sobre Lemoiz, por su parte, recordó la posición de las instituciones vascas respecto al contencioso nuclear, es decir, llevar a cabo un proceso de debate e información pública, al que seguiría la libre decisión del pueblo vasco convocado en un referéndum popular y democrático.

Ese mismo día Pepi Murúa realizó a través de la televisión un llamamiento público a los secuestradores, en el que pedía la liberación de su marido y agradecía el apoyo recibido por parte de tanta gente. Apareció en pantalla con sus cinco hijos, sentados en un sofá del salón de casa. Ella lucía pálida y con jersey verde, los niños con chaleco rojo, desde el pequeño de un año al mayor de nueve años. Aunque los dos mayores sabían que su padre estaba secuestrado, no parecían ser conscientes de la gravedad de lo que estaba sucediendo.

El martes comenzó a cambiar el tiempo y, como si este quisiera adecuar el escenario a las jornadas de lucha y muerte que se avecinaban, acercó a la ciudad los chubascos que la azotarían durante los siguientes días. El comité pro liberación aumentó la presión sobre los antinucleares, exigiéndoles que se posicionaran por la liberación incondicional y en contra de una forma de presión «incompatible con el alto sentido de los derechos humanos propio de quienes tratan de defender las condiciones de vida y la libertad del hombre». Esa misma tarde, Amnistía Internacional pidió la liberación inmediata del ingeniero. Por la noche, el comité pro-liberación sembró la ciudad de pasquines, pegados en las paredes con el eslogan «Libertad a Ryan».

A esa misma hora, José Mari se aprestaba a pasar su sexta noche de cautiverio en el zulo de la calle Nagusia. El ingeniero no estaría al tanto de

nada de lo que estaba ocurriendo en el exterior. Si sus captores le dejaron alguna lectura, se asegurarían de que no contuviera ninguna noticia relativa al secuestro. Esos días los periódicos hablaban sobre todo de la primera visita de los reyes de España a Euskadi. Quizás ni siquiera fuera consciente de que el tiempo estaba cambiando y los chubascos comenzaban a arreciar. Posiblemente pasara la mayor parte del tiempo recostado, dado que tres metros por tres no daban para mucho más. ¿Mantendría alguna conversación con sus captores? Supongo que, habida cuenta de su talante, él al menos lo intentaría. Es posible que tratara de entender, o de hacer que ellos comprendieran su posición. En cualquier caso, no caben esperanzas de que los etarras se mostraran comprensivos, tendrían la cabeza demasiado llena de soflamas y de sangre, de las malditas justificaciones de la violencia. Quiero creer que el ingeniero se mantendría optimista, que pensaría que ETA le estaba utilizando como medio de presión, pero con un objetivo más realista y alcanzable que el realmente exigido. No se le pasaría por la cabeza que pretendieran la demolición inmediata de la central. Pero de haberlo sabido, tengo la convicción de que se habría negado al chantaje. Sin duda, pasaría buena parte del tiempo pensando en su mujer y en sus hijos.

Al día siguiente, en un largo y ambiguo comunicado fruto de las tensiones internas, la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear realizó un llamamiento urgente a Iberduero y a ETAm para que evitaran un trágico desenlace en el «caso Ryan». Por otro lado, la Comisión decía sorprenderse e indignarse por la respuesta institucional, ya que violaciones de los derechos humanos similares a la del secuestro «se producen con frecuencia en Euskadi, sin exteriorizarse una condena tan violenta y orquestada», y porque se advertía en la respuesta «un claro y deplorable intento de evadir la raíz del problema». «Sentimos y lamentamos profundamente lo sucedido», señalaban, «Pero… ¡nadie puede sorprenderse porque esto haya sucedido!».

Entre los pronunciamientos de condena de instituciones, obispos, fuerzas políticas y sindicales, colegios profesionales, asociaciones y personalidades particulares, destacó el telegrama remitido por el escultor Eduardo Chillida, por ser un activo militante antinuclear y autor del grabado que desde hacía años servía de emblema a los colectivos antinucleares de Euskadi. Tras manifestar su «repulsa por esta forma de lucha», pedía, desde su conocida postura antinuclear, «una definición clave sobre el secuestro a quienes tienen en este tema una posición similar a la mía».

El jueves, veinticuatro horas antes de que finalizara el plazo dado por ETAm y bajo un intenso aguacero, cerca de veinte mil personas se manifestaron en Bilbao pidiendo la liberación de José Mari. La manifestación, que estaba previsto que fuera silenciosa, iba encabezada por la esposa del ingeniero acompañada por sus dos hijos mayores, Txema y Álvaro, y por representantes de las centrales y partidos convocantes. Caminaban inmediatamente detrás de la única pancarta, cuyo escueto texto decía: «*José*

Mari askatu» («Liberad a José Mari»). La manifestación transcurrió de forma silenciosa, salvo en las tres o cuatro ocasiones en las que un pequeño grupo de radicales increpó a los manifestantes con gritos a favor de ETA y en contra de Iberduero. Al llegar al puente del Arenal, un grupo de militantes antinucleares que portaba carteles con consignas contrarias a Lemoiz realizó una sentada, cortando el paso a los manifestantes.

El viernes día 6, día en que finalizaba el plazo, amaneció de nuevo bajo la lluvia. Después de cuatro jornadas frenéticas llegaba el momento del desenlace. Es fácil de imaginar la angustia infinita de Pepi y el resto de familiares y amigos de José Mari. A pesar de todas las peticiones, desde prácticamente todos los ámbitos de la sociedad, ETA y su entorno permanecían insensibles. Ni el menor movimiento tampoco en la izquierda *abertzale*: nunca se habían opuesto al brazo armado, una fidelidad férrea que se mantendría hasta su final. Ese mismo día el grupo terrorista había hecho público un comunicado en el diario *Egin* en el que ratificaba que, de no cumplirse sus condiciones, declinaba toda responsabilidad sobre la suerte que pudiera correr «el arrestado». Junto a nuevos comunicados y llamamientos en favor de Ryan, se dio a conocer la existencia de una carta a ETA firmada por técnicos cualificados de Lemoiz, en la que, a cambio de la liberación del ingeniero, los firmantes se comprometían personal y públicamente a evitar la puesta en funcionamiento de la central mientras no se celebrara un referéndum popular. ¿Pudo la dirección de la eléctrica haberse sumado a este compromiso?

La cuenta atrás que finalizaba a las 17:40 llegaba a su fin. En esas últimas horas se condensó todo el dramatismo acumulado desde la noche del secuestro. Ya solo quedaba confiar en la noción de que los terroristas no podían cometer un acto tan inhumano.

Expósito abatido

Los siguientes días los pasó en un estado de irrealidad, en el que el pensamiento profundo se movía en una nebulosa de reproches y preguntas sin respuesta, mientras la mente consciente atendía a funerales o reuniones, arengaba a los empleados de la central o incluso lidiaba con los periodistas. En la resaca del atentado su actividad fue frenética, pero contenida, marcada por el rigor y la seriedad de cada acto. Se diría que todos los involucrados se mostraban imbuidos de una nueva gravedad, conscientes de que el peso de la historia, con toda su injusticia y todo su dramatismo, se había posado en sus vidas. Y él era especialmente consciente de haber entrado en esa nueva esfera marcada por la responsabilidad; le parecía como si todo lo ocurrido con anterioridad a la explosión hubiera sido solo un juego de niños, un preámbulo a la madurez. La hora de la verdad, la hora de los adultos, le había llegado de forma abrupta.

Las reacciones de los diferentes estamentos no se hicieron esperar. Lo primero fue la reivindicación del atentado por el grupo terrorista, que, empeñado desde hacía tiempo en la liberación del pueblo, había añadido la paralización de la central a su lista de imposiciones. De no procederse a su demolición, amenazaba, correría más sangre. La gran mayoría de los representantes de la sociedad reaccionaron con enérgicas condenas. También la Comisión de Defensa lo hizo, aunque insistiera con ahínco en la paralización de la central. Pero la sensación de ruptura no se aplacó, la irrupción de los asesinatos tuvo el efecto de delinear los bandos con mayor precisión: defensores y detractores de Momategi, defensores y detractores de la violencia, y también defensores y detractores de la «liberación del pueblo» –significara esto lo que significara–, porque ya todo se mezclaba. Conceptos como la lealtad al grupo de pertenencia y el ataque sin cuartel al enemigo se vieron fortalecidos, frente al diálogo o la racionalidad. También el ingeniero se vio inmerso en la espiral y sintió esa reacción instintiva de cerrar filas con los tuyos ante una amenaza externa. Y los suyos eran los empleados de la central, amenazados y agredidos desde diversos frentes. No cabía ya pensar en la sensatez de la propuesta de los miembros de la Comisión; por otro lado,

Expósito se enteró de que tras el atentado Joseba la había abandonado, y de que Kepa tomaba su lugar. Se había entrado en la dinámica del estás conmigo o estás contra mí, y él debía optar por el proyecto.

En cuanto a Orreaga y el presidente, al primero lo encontró nada más entrar en la iglesia el día de los funerales. Orreaga estrechó su mano con una expresión aparentemente compungida, pero que no engañó al ingeniero; en realidad, aquel hombre etéreo e incomprensible seguía tan campante. «Vaya desgracia», observó. «Ahora, apriete usted los dientes». Al presidente lo vio más tarde, una vez terminada la ceremonia. Se tomó la molestia de abandonar a las autoridades con las que departía para acercarse un instante y transmitirle, con un brillo mesiánico en la mirada, la que al parecer era su única convicción en aquel asunto: «¡Ni un paso atrás!», proclamó, «¡ni un paso atrás!».

Tras unos primeros días de cierta contención, incluso de alguna tímida muestra de unidad, los actos y declaraciones comenzaron a desparramarse y todo el mundo se dejó llevar de nuevo por sus certezas e intereses. En el ámbito práctico lo cierto era que, a pesar de la contundencia de las declaraciones de la Compañía e incluso del Gobierno sobre la continuidad de las obras de la central, el proyecto había quedado muy tocado. El ingeniero necesitaba realizar esfuerzos agotadores para lograr que la más mínima tarea fuera llevada a cabo. Y la renuncia de las contratas a colaborar era ya generalizada, motivada más por el miedo que por la convicción. Por su parte, la ejecutiva de la Compañía había resuelto crear un Comité de Crisis, que no era más que un mero cambio de denominación al antiguo Comité de Expertos, pero que ahora había pasado a reunirse todas las mañanas. Asistió a un par de reuniones, y la imagen que le vino a la cabeza fue la de los pollos corriendo sin cabeza, ahora en una dirección ahora en la contraria, inmersos en la irrealidad y sin saber siquiera por dónde les daba el aire. Su único apoyo para resistir aquellos agrios días consistía en las noches que pasaba con Irantzu, que había vuelto del pueblo de su padre la misma mañana del atentado, y en las conversaciones que mantenía con Venancio. Al mediodía paseaban por el dique, enfrascados en improductivos análisis de la situación, que solían derivar en amargas reflexiones sobre la locura de los hombres.

—Se siente de nuevo la llamada de la tribu, que es como la llamada de la jauría: suplanta a sus miembros, diluidos en la masa, por un enloquecido monstruo común –decía por ejemplo el viejo, sin dejar de contemplar el océano.

Después recuperaba historias de la guerra fratricida y de los tiempos del dictador.

—La mente humana es como un fuelle que fuera llenándose de soflamas y dogmas, agravios y resentimientos, huecos como el aire –reflexionaba por su cuenta el ingeniero, más dado al análisis del ser humano que a sus intrincados mecanismos sociológicos–. Hasta que llegado el momento fatídico, expulsa violentamente el chorro de su descontento… Ese momento ha llegado, y el fuego de la discordia no dejará de avivarse –concluía, y

hablaba como para sí mismo, dando rienda suelta a un temperamento fatalista.

En el pueblo, ya no le era posible pasear sin encontrarse continuamente con corrillos de gente que discutía sobre la central y que, alertados por el primero que lo divisaba, giraban al unísono la cabeza hacia él; a veces con conmiseración, otras con un atisbo de simpatía, las más con furia o incomprensión. Y si entraba en alguno de los bares que solía frecuentar se hacía un silencio inmediato, que a veces duraba hasta que se iba, mientras que en ocasiones algún alma caritativa, provista de una personalidad vigorosa, le daba un poco de conversación. Un anochecer, pasados cinco días desde el atentado, se encontró en mitad de la plaza con el doctor Zugatzartatza y su mujer. Había aparcado su coche –utilizaba ahora un *parking* vigilado en lugar de la calle– y se dirigía a casa, porque Irantzu y él habían decidido evitar pasear por el pueblo durante al menos un tiempo. Desvió ligeramente sus pasos para ir a su encuentro. En el momento ni se le pasó por la cabeza que los acontecimientos de Momategi pudieran haber cambiado en algo el vínculo de amistad creado en el pantano. Sin embargo, mientras se aproximaba, advirtió que el matrimonio no aflojaba el paso, y que evitaban cruzar sus miradas con la de él. Pero era ya demasiado tarde, estaban prácticamente a su vera, por lo que el encuentro se hizo inevitable.

—¿Cómo están? –saludó con timidez, en este punto cohibido por el manifiesto intento de evitarle perpetrado por el matrimonio.

El doctor saludó apenas con un ligero movimiento de cabeza.

—Bien, bien, vamos tirando –respondió, en voz muy baja, casi susurrante–. ¿Y usted cómo está?

Iba a contestar cuando Koikille le interrumpió a la vez que tiraba del brazo de su marido.

—Andamos con mucha prisa –dijo sonriendo, pero con un susto evidente en la mirada–; ya sabe, los hijos, la cena…

Se creó entonces un silencio incomodo, que duró apenas un instante, lo que tardó en liberarles del cepo.

—Hasta otra, entonces –musitó, sonriendo él también, aunque sin lograr ocultar su decepción.

El matrimonio continuó su camino mientras Expósito permanecía en el sitio, contemplando cómo escapaban. Tras dar unos pasos, el doctor pareció querer girarse, pero el brazo férreo de su mujer logró contenerle. El ingeniero alcanzó a escuchar cómo ella, azorada, le advertía –más bien le recordaba– que se encontraban en medio de la plaza.

A final de semana el topo Ramírez apareció en su despacho, y mantuvieron una conversación que le resultó desagradable y desconcertante. Desconfiaba de aquel personaje y también lo temía, sobre todo desde que sabía que formaba parte de la policía secreta, cuya fama de torturadora y despiadada era bien conocida y no había cambiado demasiado desde el final de la dictadura. Antes de concretar el asunto que le traía por allí, Ramírez mareó un poco la perdiz, inquiriendo informaciones aparentemente inocuas

sobre algunos trabajadores de la central. Seguidamente pasó a interrogarle sobre aspectos más capciosos, como quién se juntaba con quién, qué turnos hacían, quién se ausentaba esporádicamente, quiénes se mostraban reacios a realizar los trabajos o, en general, si se había observado algún comportamiento anómalo. El ingeniero repitió varias veces que no poseía ese tipo de información, que estaban hablando de más de un millar de operarios, y finalmente acabó por perder la paciencia ante la insistencia del policía. Él no se dedicaba a controlar los movimientos de cada trabajador, le espetó, no era ni su función ni su predisposición. Ramírez le observó entonces de una forma que solo pudo interpretar como amenazadora.

—Ya me habían advertido… –dijo, como para sí mismo, mientras sus ojos estudiaban al ingeniero y se mesaba lentamente los pelos de la barba. Después, como si reparara en ese momento en que el objeto de sus advertencias se encontraba allí delante, se acercó a su lado de la mesa.

—Ya me habían advertido de que es usted de los que prefieren ir por libre. Pero le aconsejo que deje su autosuficiencia para otros asuntos. Podría incurrir en responsabilidades de extrema gravedad… Créame cuando le digo que en esta cuestión le conviene colaborar.

Ramírez siguió observándole, aparentemente inmerso en conjeturas. Expósito leyó el peligro en su mirada. Se mantuvo en silencio. El otro se recostó en el respaldo de la silla.

—Usted ha cometido ya una infracción grave –dijo entonces, a la vez que extraía una pequeña libreta de un bolsillo de su chaqueta–. Irantzu Zabala –leyó–, la conoce, ¿verdad?

Se sobresaltó y el temor se intensificó en su mirada. ¿Por qué sacaba a colación el nombre de Irantzu?

—La conoce, ¿verdad? –volvió a preguntar Ramírez.

—Sí –musitó–, es mi vecina.

El policía mostró una sonrisa irónica y sucia.

—Su vecina y algo más… –apuntó.

El ingeniero se ruborizó, e inmediatamente una intensa irritación le subió a la cabeza.

—Eso a usted no le incumbe –le espetó.

Ramírez ensanchó ligeramente su sonrisa.

—Me incumbe porque la semana pasada, el martes para ser más precisos, usted introdujo a su vecina en el perímetro del centro. Algo que, como sabe o debería saber, está terminantemente prohibido para las personas ajenas a estas instalaciones.

Al escuchar estas palabras, lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de Irantzu y él, desnudos sobre la mesa que tenía delante, haciendo el amor acaloradamente. Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Evidentemente, alguien debía de haberles visto.

—Los policías de la entrada nos dieron permiso –señaló con un hilo de voz. Y según terminaba la frase, su mente imaginó la respuesta del topo:

«¡Haga el favor, ingeniero!, les dieron a ustedes permiso para entrar, no para fornicar».

Ramírez, sin embargo, se limitó a realizar una mueca de resignación, mientras guardaba de nuevo la libreta.

—Sí, un error que no se volverá a repetir –dijo entonces–. Pero usted insistió y utilizó su relación con Venancio para introducirla. En cualquier caso, sigue siendo una infracción grave por su parte, que a fin de cuentas es el responsable de este complejo. Donde, le recuerdo, los terroristas se han infiltrado más de una vez. Y donde, no hará falta que se lo recuerde, un artefacto explosivo acaba de asesinar a dos personas. Evidentemente, imagino que no se le escapará el detalle, esos hijos de puta sabían cuándo entrar, cómo entrar y dónde colocar la bomba.

Expósito caviló con gravedad un instante y seguidamente realizó un gesto de perplejidad. En su fuero interno, respiraba aliviado de que el policía fuera por otros derroteros.

—¿Qué tiene eso que ver con mi supuesta infracción? –dijo.

Ramírez tardó unos segundos en contestar.

—Nada –dijo finalmente–, por ahora no tiene nada que ver, pero seguiremos investigando. En cualquier caso, no vuelva a introducir a nadie en estas instalaciones.

Cena en casa de Venancio

El sábado se levantó aturdido y somnoliento. Llevaba ya varios días durmiendo muy poco y a su cuerpo cada vez le costaba más ponerse en marcha. Desde el ventanal de su estudio contempló la bahía: el cielo se había encapotado de nuevo y caía un tenue sirimiri sobre un mar en calma. Apenas se observaba movimiento de embarcaciones. Un rato después, al salir y bajar hacia la ría por las calles desiertas, se dijo que a sus vecinos también parecía estar costándoles desprenderse del sueño. Era una de esas mañanas en las que el movimiento continuo de las cosas parece vacilar, dejando que la calma y la molicie se asiente sobre ellas. Caminó por la ribera hacia la plaza del ayuntamiento. Tan solo los graznidos de las gaviotas que giraban por encima de su cabeza rompían intermitentemente la quietud. Aquella mañana indolente, a las once en punto, estaba convocada una concentración en protesta por el asesinato de los dos trabajadores. Se dejó deslizar entonces en una suave melancolía. Sintió que las cosas siempre habían sido así y siempre serían así, que la ría bajaría y subiría, que las gaviotas girarían en el cielo y que el sirimiri acudiría a empaparlo todo, lentamente, tal y como los estratos del tiempo van acumulándose uno encima de otro, consintiendo incluso el olvido y la esperanza.

Eran unas cincuenta personas, calculó, o tal vez menos, porque los paraguas abiertos podían producir un efecto engañoso. Al frente habían desplegado una pancarta en contra de la violencia. Mientras se acababa de conformar el grupo escuchó algunos comentarios. Uno de los trabajadores era del pueblo de al lado. El otro, del interior. Uno tenía dos hijos, ese era el del pueblo de al lado. El otro, todavía soltero. Pero todo esto él ya lo sabía. A partir de las once solo se escuchó algún bisbiseo esporádico, se trataba de una concentración silenciosa. El ingeniero observó que el grupo lo formaban sobre todo personas de cierta edad, tan solo vio un par de jóvenes. Y ninguna familia, habituales en otras concentraciones, como por ejemplo en las manifestaciones contrarias a la central. Entonces los bisbiseos aumentaron hasta convertirse en un inquieto rumor. Por una de las calles adyacentes a la plaza llegaba otro grupo de personas, ruidoso, con una pancarta en contra del

proyecto. Se situaron a treinta metros, enfrentados al primer grupo. Eran más y más jóvenes. Las voces fueron apagándose hasta que el silencio inundó de nuevo la plaza. Pero ahora era un silencio muy diferente, saturado de tensión. Algunos de los recién llegados los miraban de forma desafiante. Otros, los menos, evitaban el cruce de miradas.

Pasó el resto del día leyendo en su estudio, y a las seis fue a recoger a Irantzu en su coche. Después de mucho insistir había logrado que se cogiera lo que quedaba de tarde libre. Aquella noche iban a ir a cenar a casa de Venancio, y al día siguiente visitarían el pueblo de los padres del ingeniero, situado en la meseta.

Dejaron atrás el estrecho valle, por el que serpenteaba la ría entre densas poblaciones y chimeneas humeantes, y atravesaron también el siguiente, en el que persistían algunas industrias entre huertos y campas, para llegar finalmente a un tercer valle, ya enteramente rural, en el que Venancio tenía su caserío. En realidad, no estaban lejos del cruce donde se cogía la carretera a la central, pero en lugar de tomar el camino de la costa fueron por el del interior. Siguiendo las indicaciones recibidas, subieron por la ladera de un pequeño monte para después adentrarse en un bosque de eucaliptos, al final del cual se abría una amplia zona despejada. El caserío se alzaba en la parte más alta de aquellas campas. Al llegar salieron a recibirles Venancio, su mujer Mariasun y su hija Arantza, junto con dos perros, alborotadores y de raza incierta.

Tras intercambiar saludos las mujeres volvieron al interior, alegando que debían retomar los preparativos de la cena. Venancio les indicó entonces hasta dónde llegaban los terrenos del caserío, no muy extensos, señalando las lindes con el brazo.

—Yo soy de origen rural –relató–, pero tuve que trabajar en las fábricas al quedarse mi hermano mayor con el caserío familiar. He sido soldador toda mi vida, pero me vi forzado a abandonar la profesión porque mis pulmones se llenaron de gases y partículas de acero. Pasé entonces a encargarme de la vigilancia de fábricas y pabellones industriales, hasta acabar trabajando en la Compañía. Por fortuna, con mis ahorros de soldador logramos comprar este viejo caserío y adecentarlo.

Seguidamente visitaron la huerta, que por ser todavía invierno se mostraba bastante desangelada. «Habas, patatas y unas cebolletas, poco más», señaló su amigo. Después se dispuso a llevarlos a conocer a la cerda, a la que anunció como la gran atracción del caserío, ya que acababa de parir una docena de crías.

—No tenemos ganado –explicó–, pero esta nos tiene entretenidos. Ahora podréis verlos comer.

Se introdujeron en un pequeño establo. La cerda estaba tumbada sobre la paja, con doce lechones adheridos a sus mamas.

—Seguro que a vosotros os parecen todos iguales, pero yo ya los distingo –dijo el viejo.

Al cabo de un rato rio entre dientes.

—Ingeniero, ¿a que no adivinas cómo he llamado a ese más manchadito que empuja tanto y tiene pinta de malo?

Expósito sonrió sin contestar.

—Ramírez –dijo–, y acto seguido prorrumpió en una sonora carcajada, que no tardó en acompañar el ingeniero, mientras Irantzu los contemplaba divertida.

La cena resultó muy animada. Mariasun era una mujer de opiniones firmes y un poco chapada a la antigua, por lo que chocaba continuamente con su hija. Pero ambas eran sensatas y además ocurrentes, de tal manera que el enfrentamiento dialéctico entre las dos mujeres resultaba en un chispeante pero inofensivo combate, que los demás seguían divertidos. Por su parte, era evidente que Venancio y Expósito necesitaban liberar tensiones, lo que enseguida los llevó a beber más de la cuenta. Recurrieron entonces a un humor negro, socarrón, que por momentos destilaba acidez, pero que la mayor parte de las ocasiones derivaba más bien hacia lo extravagante. Evitaron tanto las disquisiciones profundas como hablar de desgracias, antiguas o recientes, y a lo largo de la cena no se mencionó a los muertos. A pesar de ello no dejaron de estar presentes en el ambiente. Pero nadie parecía querer romper la jovialidad del momento, por mucho que fuera impostada.

Tras el café las mujeres entablaron su propia conversación, mientras los hombres se daban al alcohol. Entre ocurrencias cada vez más infantiles y carcajadas cada vez más inmotivadas, fueron probando diversas variedades y añadas del licor de endrinas de Venancio. Alargaron todo lo que pudieron aquel estado de hilaridad, hasta que no pudieron ya evitar quedarse cariacontecidos y en silencio. El ingeniero comprendió que se hallaba a punto de caerse al suelo, ebrio como en su vida lo había estado, pero a pesar de ello seguía sin lograr ahogar el recuerdo de los muertos. Los ojos húmedos y esquivos del viejo le transmitían sensaciones similares. Estaba a punto de dejarse arrastrar por la aflicción cuando tuvo una última ocurrencia.

—Es hora de que vayamos a ver a la cerda –anunció. Venancio sonrió sin mostrar la menor extrañeza, y el brillo volvió a los ojos de los dos hombres.

Se levantaron y salieron con paso inseguro, intentando mantener la compostura, tras alegar que necesitaban tomar un poco el fresco. Una vez fuera se dirigieron al establo, ya balanceándose a izquierda y derecha sin rubor, como marineros en una noche de marejada. La cerda levantó la cabeza y les lanzó una mirada exenta de curiosidad, mientras los lechones se restregaban en su vientre.

—Venancio –dijo entonces el ingeniero, que no lograba impedir que se le trabara la lengua–, quiero tener mi propio cerdito… Se va a llamar Orreaga.

El viejo soltó una breve carcajada. Después se agachó y agarró a uno de los lechones por el pescuezo. El ingeniero lo tomó con sus manos por debajo de las patas delanteras, enfrentándolo a su rostro.

—Orreaga –le dijo al lechón–, estás en el ojo del huracán…, pero vas a apretar los dientes y no dar ni un paso atrás. ¿Entendido?…, ¿comprendido?

Después lo arropó en su pecho y observó a la cerda.

—Mira, Venancio –señaló–, al lado de Ramírez está el presidente, ese que se frota el hocico…

El viejo observó al lechón con aparente curiosidad.

—Y el de al lado es el director de generación eléctrica –prosiguió–. Y los siguientes son Basurde y el doctor Zugatzarta… Se restriega con Kokille, que es su hembra…

Venancio rio entre dientes a la vez que asentía con la cabeza, sin dejar de observar a los lechones.

—¡Están todos! –exclamó Expósito acto seguido, aparentemente eufórico–. Acabo de divisar a Eichmann, aquel de allí, se ha quitado las gafas… Y esos muy sucios que están junto a él con aire enigmático son sin duda tres miembros del grupo terrorista.

Y según los nombraba, ahora Venancio los iba señalando con el dedo. Entonces el ingeniero cambió de expresión y pasó a adoptar un viso sentencioso.

—¡Todos chupando de las tetas de la cerda! –dijo.

Se quedó un rato pensativo y después giró su rostro hacia el viejo, que había adoptado una expresión de tristeza.

—Verás, Venancio –dijo, haciendo un esfuerzo por articular las palabras–, la cuestión es saber qué nombre le ponemos a la cerda que amamanta a todos estos…, porque yo creo que esta cerda tiene muchos nombres… Por ejemplo, podríamos llamarle resentimiento, intolerancia, crueldad…, y también egoísmo, avaricia, cobardía…

Contemplaron de nuevo a la cerda, que ahora gruñía inquieta.

—No, creo que no le podemos dar un único nombre a esta pobre bestia –concluyó.

Venancio emitió un chasquido de frustración con su lengua, mientras negaba con la cabeza.

—Dichosas ideologías –murmuró.

En ese momento el lechón que el ingeniero sostenía sobre el pecho se le escurrió de las manos y de un salto salió corriendo del establo, a la vez que emitía agudos chillidos. Los dos hombres salieron tras él, trastabillándose, y estuvieron diez minutos buscando al animal por los alrededores del caserío. Hasta que Venancio le hizo un gesto para que abandonara la búsqueda. Caminaron hacia la puerta de entrada, y entonces el ingeniero sacudió la cabeza y se giró.

—¡Orreaga! –llamó, volviendo a escudriñar la oscuridad.

En el viaje de vuelta Irantzu tuvo que coger el volante. Expósito puso la radio para no caer dormido, y así pudieron escuchar que aquella tarde una joven había muerto en una manifestación antinuclear. «Fallecida por herida de bala», repetía el locutor, «se sospecha que por un disparo de la Policía».

7

El desenlace

Aquella semana trágica mis padres pasaron muchas horas en casa de los Ryan, junto con otros amigos y compañeros. Cuando volvían del trabajo, mi padre de Bilbao y mi madre de Vitoria, pasaban por allí para ofrecer su apoyo, con la esperanza nunca perdida de que hubiera llegado alguna novedad alentadora. La opinión generalizada, al menos la exteriorizada verbalmente, era que ETA no podía cometer semejante salvajada. Habían asesinado con anterioridad a secuestrados por motivos económicos, pero nunca con una fórmula de ultimátum tan estrecha ni por razones equiparables. Ryan era un trabajador, un técnico de alto nivel pero alejado de las grandes decisiones. Y era evidente que la petición de demoler la central era imposible de cumplir. Nadie la consideraba siquiera, no de una manera seria. No era posible un asesinato tan cruel, después de una cuenta atrás tan miserable. Sin embargo, susurraba cada uno en su conciencia, si ETA había dado aquel paso era difícil que se echara atrás; y aunque por aquel entonces a muchos nos costaba asimilarlo, cada vez que la organización terrorista daba un nuevo paso se adentraba más y más en la senda de la sinrazón y la ignominia.

Con el objetivo de dejar libre el teléfono de los Ryan, de cara a eventuales llamadas de los etarras, habíamos acordado dar nuestro número para recados de familiares y amigos. Alguna vez corrí a transmitir algún mensaje de escasa importancia, tal vez que alguien no podía venir o se retrasaba. El hijo pequeño de José Mari y Pepi, David, pasaba mucho tiempo en nuestra casa, y los padres de ella dormían en el cuarto que mi madre reservaba a los invitados. Mi recuerdo de aquellos días es que se mascaba la tragedia, posiblemente más una sensación que un recuento de hechos y posibilidades. Quizás porque todos parecían querer mantenerse activos, tener alguna gestión que hacer para no tener que pararse a pensar, quizás porque cuando al fin se paraban no podían evitar que la sombra de la desgracia aflorara a sus miradas. Todo era lúgubre y oscuro y, por primera vez en mi corta vida, a la vez cercano y trascendente, en ese modo peculiar y terrible que

tiene la historia de irrumpir en nuestras vidas y hacerse trascendente.

Lo poco que se hizo o se pudo hacer fue en vano. Las instituciones condenaron el secuestro sin paliativos, pero concluyeron que no se podía ceder al chantaje. La dirección de Iberduero no se movió. Tal vez hubieran podido ofrecer algo de flexibilidad; tal vez hubieran podido abrir la puerta a considerar las peticiones de la Comisión de Defensa, una paralización de las obras y una investigación a fondo del proyecto, con un referéndum en el horizonte. No era fácil hacerlo bajo la amenaza de la pistola, ceder ante la fuerza bruta. Tampoco sabemos si hubiera servido de algo. Hubo peticiones de libertad desde casi todos los ámbitos de la sociedad, las más desgarradoras expresadas por la propia Pepi. Desgraciadamente, no sirvieron para conmover a sus captores. Mi padre habló con el PNV, pero nada se pudo hacer. El ingeniero de mirada inteligente y lejana pasó la *muga* al País Vasco francés, para intentar alguna gestión desesperada que pudiera salvar a su amigo; pero entre los que decretaban el destino de José Mari no quedaba ya ni uno de aquellos jóvenes rebeldes que había conocido en los años cincuenta, y si restaba alguno con posibilidad de influir había cambiado y ya no era el mismo. Mientras «negociaba», la operativa final se había puesto en marcha, sin posibilidad de vuelta atrás. ETA era un virus que mutaba continuamente, y con cada mutación se volvía más dañino e insensato.

En un comunicado emitido una vez cumplido el plazo de su ultimátum, la organización terrorista señaló que José María Ryan había «comparecido ante un consejo revolucionario, que le ha encontrado culpable de ser coautor en grado máximo de las decisiones y ejecutorias llevadas a cabo por Iberduero, S.A. en la central nuclear de Lemoiz y, por tanto, puede ser ejecutado en cualquier momento a partir de esta hora». El comunicado amenazaba también a todos los cuadros superiores y mandos responsables de Lemoiz. La noticia llegó hasta Unbe, y ese «en cualquier momento a partir de esta hora» pesó como una losa; pero todavía se mantuvo la esperanza y se pensó que podía ser tan solo una amenaza, con el vago argumento de que lo contrario era demasiado inconcebible para ser aceptado como inevitable.

El aviso terrible llegó poco después de las diez y media de la noche de aquel 6 de febrero, de aquel viernes fatídico. Mi padre y el ingeniero-futbolista se encontraban allí y se aprestaron a ir al lugar. Condujeron hasta un punto de la carretera comarcal de Ugao-Miraballes, entre las localidades vizcaínas de Zaratamo y Arkotxa. Era una zona de monte, boscosa. Dejaron el coche en la carretera y subieron por una pista forestal. A doscientos cincuenta metros se encontraron con la Guardia Civil. Se identificaron. Los agentes se mostraban nerviosos y exaltados. Desde donde estaban podían entrever el cuerpo de José Mari, tendido en una zanja al borde de la pista. Les ordenaron que no se acercaran más; se temía que los terroristas hubieran dejado una trampa, y la brigada de explosivos estaba trabajando. La tragedia quedó en cualquier caso confirmada: un disparo en la nuca había acabado con la vida de José Mari. Su cadáver estaba tendido con una venda en los ojos, una bola de

algodón en la boca, las manos atadas con esparadrapo y la cabeza inserta en la capucha de un chubasquero. Durante más de una hora esperaron a poder acercarse. Alguien llegó entonces de Iberduero con el encargo oficial de reconocer el cadáver, y los dos compañeros decidieron volverse a Unbe con la infame noticia. Allí esperaba una familia rota y sumida en el desconcierto. Uno de los pequeños, Pablo, cumplía cinco años al día siguiente, y los hermanos estaban seguros de que su padre volvería a tiempo para celebrarlo.

Esa misma madrugada falleció en su casa María del Corazón Ruiz, esposa de un compañero de trabajo del ingeniero, que el jueves había participado en la manifestación de Bilbao por la liberación de José Mari. Tenía treinta y cuatro años y era madre de seis hijos. Sucumbió víctima de un ataque al corazón, que le sobrevino instantes después de escuchar por la radio la confirmación del asesinato.

Al día siguiente la Comisión de Defensa emitió un breve comunicado en el que señalaba que «la situación creada nos obliga a un replanteamiento de nuestra actividad y papel en la trágica controversia de Lemoiz. El problema ha llegado a unos niveles ajenos a nuestros modos de actuación». José Allende, profesor universitario miembro fundador de la Comisión, declararía: «Lo sucedido me obliga a un absoluto replanteamiento de mi militancia en la lucha antinuclear, lucha que ya es imparable, y sin que ello signifique renunciar a los principios y fundamentos que me hicieron participar en ella. Estoy muy cansado y todo lo sucedido, y digo todo desde todos los puntos de vista, me ha afectado. Han ocurrido cosas demasiado sucias que yo no llego a entender. Además, en otro orden de cosas, José María Ryan era un buen amigo mío desde mi infancia y yo soy un ser humano». Pero la Comisión de Defensa no solo seguiría con su actividad, sino que en los meses siguientes iba a derivar hacia la radicalidad. Exasperada, pasó del «Lemóniz gelditu» («Parad Lemóniz») al «Lemóniz apurtu» («Romped Lemóniz»). Los Comités Antinucleares señalaron: «lucharemos con la radicalidad que requiera cada momento».

Pasado un tiempo del asesinato, la viuda de Ryan concedería una entrevista a la revista *El Socialista*. En ella volvió a reiterar que, conociendo a su marido, estaba convencida de que «si estuviera todavía entre nosotros habría perdonado a todos». También dijo que José Mari era un hombre independiente, que amaba su tierra de corazón, y que para eso no necesitaba de partidos políticos. Clamó después: «Yo, personalmente, les pido que paren de matar. Que paren de matar porque esto que están haciendo no tiene ningún sentido». En cuanto a sus planes de futuro, señaló que había decidido dejar de trabajar para dedicarse en exclusiva a cuidar de sus hijos. Iba a abandonar su profesión de dentista en la consulta de Mungia. «También puedo asegurar que no me voy a ir de Bilbao; voy a permanecer aquí. A mi marido le gustaba que los críos llegaran a querer esta tierra como nosotros la hemos llegado a amar, y por supuesto que no me voy a marchar».

Pepi Murúa siguió viviendo en Unbe unos años más. Volvería a ejercer



de dentista, en el distrito bilbaíno de Deusto. Poco más sé de ellos, nuestras vidas no han vuelto a cruzarse desde entonces.

Fin de proyecto

El lunes 9 de febrero se convocó en Euskadi una huelga general por el asesinato del ingeniero, la primera que se organizaba contra ETA, además de manifestaciones en sus tres capitales. Tuvieron un seguimiento masivo, en un día marcado de nuevo por un fuerte temporal de lluvia. Acudí con mis padres y mis hermanos, y recuerdo historias de enfrentamientos con pequeños grupos de radicales que proferían gritos de apoyo a ETA y que fueron perseguidos a paraguazos. En la de San Sebastián la emprendieron a pedradas, e hirieron de gravedad, entre otras personas, al ex lehendakari Leizaola. Decenas de miles acudieron también al funeral de José Mari en la iglesia de San Vicente. Las declaraciones de aquellos días señalaban que aquella muerte era contraproducente para los intereses de ETA. Que ahora más que nunca ETA había cavado su fosa y la reacción popular sería imparable. Iberduero cambió de presidente unos meses más tarde. En la toma de posesión, Gómez de Pablos, el nuevo mandatario, afirmó su voluntad de que la central comenzara a operar en julio del año siguiente.

En las semanas que siguieron, la compañía eléctrica obtuvo el respaldo del Gobierno vasco. Bajo la premisa de que no se podía ceder al chantaje de las armas, las instituciones vascas asumieron el proyecto de Lemoiz como propio, mostrando su disposición a acogerlo bajo una sociedad de gestión pública. Atentar contra la central sería atacar el autogobierno; al menos esa era la aspiración y la esperanza de las instituciones. Por otro lado, la posibilidad de un referéndum era tajantemente rechazada por el Gobierno de Calvo Sotelo, y el propio Gobierno vasco había pasado a adoptar una posición más ambigua a este respecto. Sin embargo, ETA iba a volver a atentar, cortando de cuajo las aspiraciones de unos y de otros.

El 5 de mayo de 1982, Ángel Pascual, sustituto de Ryan como responsable de Lemoiz, se dirigía al trabajo llevando consigo a su hijo de diecisiete años, al que debía dejar en la parada del autobús. Apenas unas semanas antes se habían reemprendido las obras, y ese preciso día se constituía en Vitoria la Sociedad de Gestión de la Central Nuclear de Lemoiz. Antes de llegar a la parada, en un estrecho pasaje del barrio de Begoña, les

esperaba emboscado un comando de ETA. En el ametrallamiento que siguió Pascual recibió veinticinco disparos. Fue un milagro que su hijo sufriera solo heridas en una mano, la mano que utilizó para cubrir la cabeza de su padre con una carpeta, en su intento desesperado de parar las balas. Los dos coches de escoltas que viajaban detrás poco pudieron hacer.

Tras el brutal asesinato los técnicos se negaron en redondo a continuar con las obras, y la compañía eléctrica tuvo que asumir su paralización. La central quedó abandonada, fuertemente vigilada por la Guardia Civil y por la seguridad privada contratada por Iberduero. Un silencio de impotencia sumió a las fuerzas conjuradas hasta entonces. El *arma de la sangre* resultó ser un instrumento demasiado poderoso. En octubre de 1982, Felipe González ganó las elecciones generales, y en 1984, siguiendo el programa socialista, el Gobierno de España aprobó la moratoria nuclear, paralizando definitivamente el proyecto. Es muy posible que ese hubiera sido el final de Lemoiz en cualquier caso, y que los muertos solo sirvieran para acelerar un desenlace inevitable. La crisis del petróleo del 73, que había supuesto un acicate para la implantación de la energía nuclear, ayudó, paradójicamente, a la paralización de multitud de centrales y proyectos nucleares en todo el mundo. El ritmo de crecimiento del consumo eléctrico se había moderado sustancialmente durante toda la década de los años setenta y principios de los ochenta, hasta niveles asumibles por la capacidad de generación existente y mediante la utilización de otras tecnologías. Las obras de Lemoiz nunca volvieron a retomarse, y la central fue languideciendo hasta convertirse en un esqueleto de hormigón.

Al final, nada de todo aquello hubiera hecho falta: ni el proyecto absurdo y faraónico a lo largo de la costa vasca ni la central peligrosa e irresponsablemente cercana a una gran ciudad ni los asesinatos de unos y la intransigencia de otros que hicieron imposible acordar una solución racional. Sobre todo, no hubiera hecho falta el imperdonable saqueo de vidas humanas.

A los terroristas les dio mucha publicidad. Fue su mayor éxito. Un aliento que pagaríamos con sangre en los años que siguieron.

Una llamada nocturna

Aquel domingo ambos habían subido a la meseta de mal humor: ella porque no le apetecía nada aquella visita, y él porque la cabeza parecía querer estallarle a cada momento. Con ese panorama, había vaticinado que el encuentro iba a ser un fracaso. El padre de Expósito adoptaría sin duda una actitud difidente y mordaz, a la que Irantzu respondería con una de las dos posturas que se acomodaban mejor a su carácter: o se mostraba provocadora o caía en una abulia indiferente. Y él no se sentía con energías para mediar. Sin embargo, todo había ido mucho mejor de lo esperado. Bajaban ya hacia la costa, y aunque seguía sintiéndose como un trapo, al menos el humor de su compañera había mejorado ostensiblemente.

Tras una fase de titubeos y aproximaciones cautelosas, Irantzu y su padre habían encontrado un terreno común hablando de los cambios políticos que era necesario realizar tras el final de los tiempos oscuros. Al ingeniero le chocó que ambos hablaran de esa época como si aún no hubiera finalizado, cuando en realidad ya habían transcurrido unos años desde la muerte del dictador.

—Siguen mandando los de siempre –había dicho su padre, en un tono ácido y con una mueca que denotaba su frustración. Durante muchos años había sido sindicalista en la clandestinidad. Se había jubilado ya de su trabajo en la fundición, pero mantenía un espíritu combativo.

Resolvió dejar que conversaran entre ellos mientras él se dedicaba a su madre, siempre afectuosa y benevolente, enraizada de tal manera en su microcosmos que no podía sentir el menor interés por la estructura política y social. De esta manera, cada loco con su tema, habían pasado un rato agradable.

Hacía un rato que habían abandonado los espacios abiertos y los horizontes lejanos de la meseta y se introducían ahora en el valle estrecho y frondoso que iba a parar a la ría. Los caseríos volvían a salpicar las verdes pendientes. Era un terreno que invitaba a la acción, frente al paisaje contemplativo que habían dejado atrás. Tal vez fuera eso lo que indujera a Irantzu a referirse de nuevo al padre de Expósito.

—Es un luchador –dijo–, eso es muy respetable. Aunque me ha parecido que tiene algún problema con los de nuestra tierra.

El ingeniero dudó sobre cómo responder. No quería entrar en aquel tema.

—También tiene un problema conmigo –dijo–, supongo que con la edad se ha vuelto algo cascarrabias. Ha tenido una vida muy dura.

Irantzu volvió a contemplar la sucesión de pinos que transcurría al otro lado de la ventanilla. Al cabo de un rato giró la cabeza de nuevo.

—Estaba muy cabreado con lo de esa pobre chica que ha matado la Policía –señaló.

Al recordar a la joven muerta en la manifestación, al ingeniero le vino a la mente el rostro de Ramírez.

—Es una horrible desgracia –musitó.

—Un horrible crimen –matizó ella.

Asintió con la cabeza y luego cayeron en un largo silencio.

Ya de vuelta en la ciudad la dejó en la terminal de autobuses, porque aquella tarde ella viajaba de nuevo al pueblo de su familia. En la anterior ocasión no se había podido cerrar el trato, y se iba a realizar un nuevo intento. Después se dirigió a la desembocadura de la ría: hacia las siete y media llegó a su casa y cayó rendido en la cama. Llevaba un rato inmerso en un profundo sueño cuando el sonido insistente del teléfono lo despertó. Tenía la sensación de haber dormido apenas unos minutos, pero el reloj marcaba las nueve pasadas.

Era Mariasun, la mujer de Venancio. Su voz denotaba un nerviosismo que intentaba controlar. Le preguntó si sabía algo de su marido. La pregunta, realizada con ese timbre peculiar que se utiliza cuando se teme algo pero no se quiere dar pábulo a ese temor, bastó para que le diera un vuelco el corazón.

—Esta tarde ha ido a Momategi, como hace todos los domingos –explicó–. Pero suele volver para las ocho. ¿Podrías llamar a la central?

—Ahora mismo llamo –contestó tras reflexionar apenas un instante. Después intentó tranquilizarla recordándole que su marido era muy dado a enredarse con asuntos de trabajo.

Sin embargo, cuando en la central le dijeron que Venancio había dejado las instalaciones antes de las ocho, su temor pasó a ser casi una certeza, atemperada apenas por esa fuerza desesperada de la esperanza: tal vez no, tal vez no había ocurrido nada y existía una explicación. Vaciló entonces sobre qué debía hacer, ya que en un caso como aquel su primer instinto hubiera sido llamar al viejo. Decidió informar a Orreaga. Este reaccionó con su calma habitual, lo que volvió a generar en él una sensación ambigua: su angustia se mitigó unos instantes, pero en el fondo sabía que no había motivos para ello.

—Ahora mismo hablo con el topo para que organice la búsqueda –señaló con voz resolutiva. Le chocó que siguiera llamando a Ramírez de esa manera.

Apenas colgó, llamó a Mariasun.

—Están ya buscándole –trató de tranquilizarla de nuevo–. Te llamo en cuanto le encontremos.

Ella le exhortó a hacerlo en cuanto se supiera algo, bueno o malo. Y al despedirse no pudo evitar que la voz se le quebrara.

Condujo todo lo velozmente que pudo y en menos de veinte minutos tomaba ya la bifurcación de la carretera a la central. Tras subir y bajar una primera elevación, en un recodo del camino donde se ensanchaba la cuneta, se topó con la policía. Se trataba de uno de los *land rovers* que vigilaban el perímetro del complejo. Habían encontrado allí el coche de Venancio, pero no había rastro del jefe de seguridad. El ingeniero se introdujo un momento en el vehículo, no sabría decir por qué, tal vez con la esperanza de encontrar allí algo de la esencia de su amigo. Entonces se oyó la llamada de los policías que se habían adentrado entre los pinos. Aquellas palabras resonarían en su cabeza durante mucho tiempo: «aquí está», gritaron, «aquí está». Se apresuró adentrándose en la negrura del bosque, maniobrando entre helechos y ramas caídas. No muy lejos, en un pequeño claro a unos cincuenta metros de la carretera, a la luz de la linterna, yacía aquel gigante bondadoso sobre un suelo de pinochas. Tenía los ojos vendados, y la mejilla derecha, por donde había salido la bala, destrozada. Las manos atadas a la espalda. Antes de disolverse en el duelo, en esos breves instantes en los que aún no comprendes del todo, o te niegas a comprender, a Expósito le asaltaron preguntas vanas sobre la mecánica del asesinato. ¿Cómo habrían logrado reducir a aquel hombre inmenso? ¿Habrían bloqueado la carretera? ¿Habría el viejo tenido tiempo de coger la pistola que llevaba siempre en la guantera? ¿Cuántos habrían sido los desalmados? Al menos tres, tuvo esa certeza. ¿Y qué habría pensado Venancio al saber que iba a morir? Se abandonó entonces a la congoja que le anegaba el corazón y cayó sollozando sobre el pecho de su amigo.

Mi profesor de euskera

Hace ya unos años, tras pasar dos décadas y media en Milán, Londres y Madrid, me instalé de nuevo en Euskadi, ahora con mujer y tres hijos. Debido a la prolongada ausencia, mi dominio del euskera –esa lengua tan endiablada– había quedado reducido a tristes andrajos. Decidí buscar a un profesor. Tuve la suerte de dar con Fabián, y desde entonces llevamos ya un quinquenio juntos. La clase consiste, esencialmente, en dos horas de conversación en las que tocamos temas de actualidad. También filosofamos un poco, algo a lo que los dos somos bastante aficionados. En realidad, hablo sobre todo yo, y Fabián me va corrigiendo. A la salida le pido disculpas por las peroratas que ha tenido que aguantar. «Pero es que si hablas tú no me ejercito», le digo, consciente de que me estoy aprovechando de la oportunidad que me brinda el tener un oyente cautivo para soltar los pesados discursos que nadie más quiere escuchar. Mi profesor es un hombre paciente y generoso, pero, a veces, cuando el tema le toca por dentro, no se resiste a intervenir, incluso a tomar el mando de la conversación, lo que suele dejarme con el semblante enfurruñado. «Es mi clase», me digo, mientras pienso en lo bien que me estaba quedando el discurso de marras.

Uno de esos temas en los que mi profesor toma el mando sin contemplaciones es el de la memoria. Fabián ha sido durante muchos años uno de los pilares de Gesto por la Paz, la plataforma pacifista que, en noviembre de 1985, comenzó a organizar eventos reivindicativos por las víctimas y por la paz de Euskal Herria. La forma de protesta que más les ha caracterizado ha consistido en la celebración de concentraciones silenciosas de quince minutos, que se organizaban al día siguiente de producirse cualquier muerte relacionada con el conflicto vasco. Han renegado con ahínco de adscripciones políticas y, tras un difícil y solitario tiempo de rodaje, lograron que las concentraciones ocurrieran simultáneamente en ciento treinta puntos esparcidos por el País Vasco y Navarra. Gesto por la Paz se disolvió en 2013, considerando que la razón de su existencia, por fortuna, había desaparecido.

Más de una vez hemos debatido sobre la conveniencia y la necesidad del recuerdo. A mí me parecía que la sociedad vasca deseaba pasar página, que lo

sucedido bajo el yugo del terrorismo era tan incomprensible que tal vez no mereciera la pena darle muchas vueltas. Se habían realizado ya numerosos homenajes a las víctimas, y el nacionalismo vasco moderado había reconocido su histórica falta de empatía. Cierto que algunos seguían sin admitir el inmenso error, pero podía quedar para las generaciones futuras el trabajo de dirimir responsabilidades y poner a cada uno en su sitio. Nosotros debíamos dedicarnos a vivir y a dejar que el tiempo sanara las heridas.

Fabián es un hombre comprometido, apasionado y de fuertes principios. No acepta el modo en el que yo propongo escurrir el bulto. «Al contrario», señala, «debemos repensar el recuerdo, traerlo al presente como si fuéramos *sirgueras*, acarrearlo con todo su peso e incomodidad; vernos en él, ahí dentro, protagonistas de nuestra propia memoria». Lo ha repetido en incontables ocasiones, mediante escritos o en intervenciones públicas: «Puede que la memoria resulte un estorbo que surge de mi pasado. Que haga aflorar sensaciones confusas y lejanas, como la rabia, la impotencia, el dolor o la injusticia no declarada. Que nos digamos: había miedo o indiferencia, no era fácil decir NO y tardé mucho en hacerlo». ¿Es eso realmente lo que ocurre, que no deseamos mirarnos al espejo?

Yo fui de los que tardaron en reaccionar. En la época en la que Fabián y sus compañeros comenzaban a desafiar pacíficamente el terror, me dedicaba a seguir con mis estudios universitarios y a pasarlo lo mejor posible. Todo aquello me parecía lejano, parte de una realidad asumida y aceptada. No conocía a nadie que hiciera de aquel asunto una prioridad; si salía el tema lo criticábamos unos segundos y seguíamos con lo nuestro. En algunas ocasiones, como en la manifestación tras el asesinato de Ryan, los radicales nos atacaban y nosotros respondíamos. No nos llevábamos nada bien, repudiábamos su falta de respeto por la vida humana, su fanatismo, su actitud avasalladora. Pero ahí acababa todo. Ahora me arrepiento de ello. Es fácil decirlo, pero me hubiera gustado estar junto a Fabián en aquellas concentraciones.

Pero el recuerdo de todo aquello, ¿es de verdad necesario? «Algo positivo podremos extraer», dice Fabián, «que el horror y las injusticias no pueden repetirse. Hay que contar lo que nos pasó; los expertos que redacten la historia; los demás, contemos nuestra experiencia, volteemos las campanas de nuestra memoria. Recordemos que fue así, que la violencia se impuso». Suena tremendo, la violencia se impuso, ¿cómo puede ser eso cierto? ¿Es que no fue derrotada? El inmenso mausoleo de la central ha perdurado hasta el presente, símbolo de la tragedia para unos, de la victoria para otros; pero en sus cielos brumosos ondea un desasosiego colectivo e irresuelto: nos habla del coste moral asumido, y de la sangre que vino de aquella sangre. Pienso en Lemoiz y me digo que sí, que desgraciadamente en ocasiones la violencia se impuso. Y entiendo que es importante que lo recordemos, porque, en efecto, algún día podría volver a ocurrir.

«Yo quiero sembrar el futuro de recuerdos, para que nuestros hijos e hijas

recojan la semilla de la memoria», añade Fabián, porque mi profesor es también un poco poeta. «Con el debido respeto a Blas de Otero, pido la paz y la memoria», remata, y yo por mi parte estoy dispuesto a concedérselas. He tenido que escribir una novela para comprenderlo.

En Alemania se acuñó un término, *Mitläufer*, para designar a «aquellos que siguen la corriente». Se aplicó, en los procesos de *desnazificación* de la posguerra, a la mayor parte de la población investigada, aquella que no tenía responsabilidades directas; su pecado más evidente había sido el no defender a los judíos y otros perseguidos, hasta entonces parte integrante de la sociedad. Posteriormente los alemanes, mediante un intenso programa de recuperación de la memoria emprendido a partir de la década de los sesenta, han tratado de fundar en el análisis y reconocimiento de su pasado un futuro diferente. «La confrontación honesta de varias generaciones de alemanes con su pasado ha permitido forjar cierto sentido de las responsabilidades morales y un espíritu crítico saludable para una democracia», nos dice Géraldine Schwarz en *Los amnésicos*, su ensayo sobre los esfuerzos de recuperación de la memoria y sobre los peligros de la desmemoria. En él señala los pilares de ese aprendizaje: «La prudencia ante los hombres providenciales que prometen solucionar todos los problemas, el rechazo de discursos que incitan al odio contra un grupo, la desconfianza respecto a los extremismos tanto de derechas como de izquierdas y la conciencia de la necesidad de una sociedad civil fuerte». La autora utiliza como hilo del análisis la historia de su propia familia, que se aprovechó, como tantos *Mitläufer*, de las injustas leyes nazis para enriquecerse a costa de una familia judía, más tarde asesinada en Auschwitz. El reconocimiento colectivo de los errores comienza así por el reconocimiento individual de la propia falibilidad.

Muchos de nosotros, salvando de nuevo las distancias, también fallamos: nos sumamos a una corriente de banalización del dolor ajeno y de incapacidad para la empatía, aceptando la existencia de bandos enfrentados. Nuestras tripas se revolvieron más con las ofensas a nuestro pueblo que con la sangre de los guardias. No aprobábamos, tampoco justificábamos, pero seguíamos con lo nuestro: no defendimos lo suficiente a aquellos que estaban en la diana de los terroristas. Pensamos que el hecho de que otros mataran no tenía por qué cambiar nuestras prioridades. En gran medida, era como si no fuera nuestro problema; sí lo era, y esa sangre debía haber pesado más sobre nuestra conciencia. La sangre, toda; aunque a veces reaccionáramos con fiereza, debimos haberlo hecho siempre, con todas las sangres. Alguno podrá decir que también otros tienen sus pecados. Pero a mí me toca hablar de los míos.

Yo fui un *Mitläufer*, y quiero recordarlo porque vendrán otras pandemias, otras guerras inimaginables. Volverá la indiferencia. Y volverán también el miedo y el resentimiento, que desatan los peores instintos en los seres humanos. Tengo que recordar porque la próxima vez no puedo dejar que me lleve la corriente. Debo estar preparado para responder con fiereza, y en la otra cara de esta aserción subyace algo más básico y esencial: debo pensar en

el otro, ponerme en sus zapatos, respetarlo y limitar mis anhelos cuando puedan originarle un mal. Y también defenderlo: comprender que esos otros son también nosotros.

Expósito desamparado

Siguieron grandes manifestaciones en contra del brutal asesinato. Aquellos días la sociedad reaccionó consternada, pero el debate sobre la central no amainó. Algunas voces señalaban ahora que era necesario paralizar las obras para que no corriera más sangre. Otros apelaban todavía a la racionalidad, y vaticinaban que la repetición de un acto de tal crueldad era impensable. La Compañía, por su parte, con el beneplácito del Gobierno del país, optó por no ceder al chantaje. De tal manera que se reforzó la seguridad en la central, pero se decidió no interrumpir su puesta a punto.

El martes, en el funeral, buscó a Mariasun para preguntarle si podía decir unas palabras en recuerdo de su amigo. Aceptó entre lágrimas, y después se abrazó al ingeniero. Estaban todos los peces gordos: los políticos y los miembros de la ejecutiva al completo. También representantes de la Policía y de la Comisión de Defensa. Se trataba de uno de esos eventos luctuosos en los que es imprescindible dejarse ver. Por otro lado, en los corrillos y en los breves intercambios, había unanimidad en afirmar que Venancio había sido una gran persona, o que eso se decía. De manera que la iglesia estaba a rebosar y el acto fue desarrollándose de forma conmovedora. Oficiaba un cura octogenario que era pariente de Venancio. Cuando le tocó el turno, el ingeniero pareció subir al atril con cierta indecisión, tal vez porque no había podido dormir desde el asesinato. Pero era más una inseguridad de los miembros de su cuerpo, estaba convencido de que dijera lo que dijera siempre sería mejor que no decir nada. Empezó recordando que Venancio había vivido la guerra fratricida. Después tuvo que dejar el caserío familiar, y en las fábricas los pulmones se le habían envenenado. Eso le había llevado a su trabajo actual, por el que lo habían matado. ¿Tenía alguna culpa? ¿Era realmente necesario aquel acto de barbarie? Opinó entonces que a pesar de todo Venancio había sido un hombre feliz. Tenía a Mariasun y a la niña de sus ojos, Arantza, que terminaba ahora la universidad. Además, había logrado realizar su sueño de volver a vivir en un caserío, con su huerta y su cerda. Por último señaló que, poco antes de morir, Venancio y él habían conversado sobre qué nombre ponerle a este animal, que acababa de parir a doce crías que

amamantaba. Y que por diversos motivos los hambrientos lechones, ávidos de la leche de la cerda, les habían recordado a algunos de los presentes.

El comportamiento del ingeniero comenzó a tomar a partir de entonces fama de extravagante. Lo notaba en las miradas de la gente, pero esto en lugar de retraerle le alentaba. Acudía a la central todas las mañanas, pero volvía temprano, porque, se decía a sí mismo –y se lo repetía también a cualquiera con quien se encontrara– ahora tenía cosas más importantes que hacer, como dejarse ver. Comía en alguna de las tabernas y seguidamente paseaba por el pueblo. Pero ya no evitaba los corrillos, muy al contrario, se acercaba y se adhería a ellos, invitando a los reunidos a proseguir con la conversación. Como en general se quedaban callados, solía ser él el que disertaba. Aunque en la mayor parte de los casos sus interlocutores reaccionaban pacíficamente, retirándose con disimulo o escuchando hasta el final con la cabeza gacha, en alguna ocasión le insultaron o incluso le zarandearon, porque se sintieron aludidos. Pero a él estas reacciones parecían traerle sin cuidado.

Un incidente particularmente notorio ocurrió el jueves por la tarde, cuando decidió visitar la consulta del doctor Zugatzartatza, y en la sala de espera, que estaba como siempre llena a rebosar, informó a los pacientes de que estaba enfermo de desamparo, y que le constaba que el doctor era un gran especialista en la cura de este tipo de casos. Insistió con tal ahínco que la mayoría pensó que había enloquecido definitivamente. En cualquier caso resultó muy enojoso para el doctor, que tuvo que llamar a los municipales para que se lo llevaran de allí. También volvió una mañana al Comité de Crisis de la ejecutiva, pero dijo muy poco, porque los gestos y peroratas de los directores le causaban ahora una gran hilaridad, en especial la seriedad impostada en el rostro de Orreaga, al que consideraba ya un gran cómico.

Esta peculiar resaca del asesinato de su amigo le duró una semana, y a partir de ese momento se produjo el efecto contrario: evitó las calles y los comités y volvió a dedicarse en cuerpo y alma al trabajo en la central. De esta manera, y a pesar del estado de abatimiento en el que estaban sumidos los trabajadores del complejo, consiguió que se realizaran algunos mínimos avances en su puesta a punto. Pasaba allí todo el día y retornaba tarde a casa, donde, antes de acostarse, escribía cartas a Irantzu, porque inexplicablemente esta no había vuelto todavía del pueblo de su padre.

El ingeniero no sabía siquiera dónde enviar las cartas, así que las iba acumulando en su estudio. Lo sabemos porque allí fueron encontradas junto a su diario.

* * *

Pasados diez días desde el asesinato de Venancio, las entradas en el diario se hacen escuetas y repetitivas, y las más de las veces incoherentes. En ocasiones no pasan de ser meras anotaciones que muestran su desanimo o su desesperación (expresiones tales como «llamada de la tribu», «conjura de

lechones» o «malditas convicciones», por citar solo algunos ejemplos). También menciona en un par de ocasiones la posibilidad de escapar con Irantzu, tal vez a algún otro país. Y poco más; podemos suponer que a partir de este punto dedicó la actividad febril de sus noches a las exaltadas cartas de amor.

Por otro lado, sabemos a través de terceros que el ingeniero siguió acudiendo a la central, y que en términos generales su comportamiento profesional no pareció verse alterado. Sin embargo, los pequeños logros en el avance de la puesta a punto fueron desvaneciéndose, hasta que la actividad en el complejo se convirtió en un mero ejercicio de autoengaño, practicado mecánicamente cada día por Expósito y sus empleados. El proyecto estaba ya herido de muerte, y pocos meses después, agotado por el acoso terrorista, se paralizaría definitivamente.

A pesar de ello, la crisis energética vaticinada por el presidente de la Compañía nunca llegó a producirse. Otros afanes más acuciantes sacudieron la ciudad, y el proyecto Momategi pasó a ser un apunte más en la convulsa historia del país; inevitablemente, con el paso de los años fue cayendo en el olvido. Pero las imponentes construcciones de hormigón siguen en pie hoy en día, coronadas por los dos cilindros que al doblar una curva emergen sobre el mar, vestigios grises y fantasmales de los cruentos hechos acontecidos a su alrededor.

Allí los encontrará, al llegar a la desembocadura del arroyo Momategi, en la cala de Basordas del municipio de Lemoiz, quien decida adentrarse por la solitaria carretera.

Epílogo

Reconstrucción realizada a la luz de eventos posteriores, junto con las pruebas encontradas en casa del ingeniero y lo confesado por el propio Basurde.

Transcurridas cuatro semanas desde la desaparición de Irantzu, ya en primavera, el ingeniero tuvo al fin noticias de la librera. Esa noche al llegar a casa encontró un sobre con su nombre en la mesa del estudio. Contenía una carta que decía así:

> *Te escribo esta nota sin autorización y corriendo un gran riesgo. Lo hago porque a pesar de todo hemos pasado buenos ratos y porque sé que no eres un mal hombre. Deja la central. Inmediatamente, sin la menor dilación. No vuelvas a aparecer por allí.*
> *Expósito, no volveremos a vernos, he pasado a la clandestinidad. Te ruego que destruyas esta carta.*
>
> *Irantzu*

El ingeniero rasgó la misiva y la tiró a la papelera. Aquella noche la pasó en vela, y su maltrecho y perplejo corazón se acabó de desgarrar entre sentimientos de abandono (anotaciones finales en su diario así lo atestiguan). Pero su mayor desazón la provocó el haber contribuido, aun de forma involuntaria, al despiadado asesinato de tres seres humanos. Y entre ellos, el de su más querido amigo.

La mañana siguiente, sin embargo, salió a la hora de siempre, muy temprano, para dirigirse como de costumbre a su puesto de trabajo. Al llegar a la ría divisó en la ribera a un solitario pescador. En realidad no estaba pescando: tenía el rostro vuelto hacia la calle por donde bajaba el ingeniero. Este reaccionó sorprendido cuando reconoció al tabernero Basurde.

—Hombre, ¿qué tal andamos, Jabalí? –saludó.

Basurde dice que le miró fijamente un instante. Dice que el ingeniero tenía la mirada perdida, como de hombre acabado.

—No vayas hoy a la central –le avisó, sin dejar de mirarlo a los ojos. Después recuperó el sedal y tomó el camino de la bahía.

Pero el ingeniero apenas prestó atención a las palabras del tabernero; cogió su coche y se dirigió a la carretera de la costa.

A partir de aquí solo podemos conjeturar cuáles pudieron ser sus pensamientos. Quizás volviera a meditar sobre la locura de los hombres, reflexiones que se le mezclarían con las comprobaciones que debía realizar aquella misma mañana en los circuitos del complejo. En cualquier caso, yo lo supongo ensimismado, escasamente consciente del paisaje (sabemos que lloviznaba de nuevo, y que las brumas flotaban sobre el océano). Un rato después, tras desviarse hacia el interior y coger la carretera a la central, comenzó a atravesar los bosques. Me viene a la cabeza una imagen apocalíptica: el ingeniero es el último hombre sobre la tierra y conduce desamparado por la sombría carretera. Pero la visión no tarda en romperse, porque un par de kilómetros más adelante, en un ensanchamiento del camino, estaban ya esperándole. Eran los tres encapuchados provistos de metralletas que habían de matarle.

Mi padre

A mi padre le sigue costando un mundo hablar de la semana en que mataron a José Marí, y yo lo respeto. El recuerdo del dolor tampoco se puede imponer a una persona, y supongo que Fabián, hombre tolerante, estará de acuerdo. Todo lo que cuento aquí y proviene de él me lo contó a retales, a lo largo de los años y en pequeñas dosis. No dudo que en su memoria tendrá oculto mucho más que podría contar, pero en estos días no hemos vuelto a hablar de ello, y dudo que volvamos a hacerlo. Hay cuarentenas que pueden durar toda una vida. Mi madre, con dificultad y pesadumbre, desde el otro lado de la línea telefónica, me ha contado lo que recuerda; ha desgranado para mí el ruido de entonces.

Epílogo

Cuando terminé de escribir *El ruido de entonces* sentí que me había quitado una alforja de encima. Estaba relativamente satisfecho con lo contado, y aunque sabía que eso no quería decir gran cosa, ahí estaba la sensación. Dediqué entonces unos días a revisar la relevancia y consistencia de los diferentes fragmentos, calibrando también si el orden era el adecuado, así como los ecos que se transmitían entre ellos. Me pareció que dos pasajes resultaban algo grises y aislados: se trataba de *El accidente de Three Mile Island* y de *Gladys del Estal*. Barajaba una solución. Buscando fuentes para la novela desde el confinamiento, había dado con el número de teléfono de un antiguo periodista de *La Gaceta del Norte*, el extinto diario que a lo largo del franquismo contó con la mayor tirada de la prensa vasca, alcanzando los cien mil ejemplares diarios en los años sesenta. Luego, y sin una razón clara, había comenzado una tendencia descendente que lo llevaría a su desaparición definitiva en 1987, tras una última etapa en la que, paradójicamente, lo intentaron reflotar los nacionalistas vascos. Martín Agezur, ahora ya retirado después de penar por diversos medios digitales, había sido reportero del diario en la época en la que transcurría la batalla de Lemoiz. Le habían encomendado su seguimiento. Inicialmente, y de acuerdo con la idiosincrasia del periódico, tomó partido por la compañía eléctrica, pero pronto se dio cuenta del grave peligro que suponía la central. Aunque algo tendenciosa, era una fuente de primera mano, ya que Agezur había estado en la concentración de Tudela cuando mataron a Gladys del Estal y, unos años más tarde, aprovechó un viaje a los Estados Unidos para visitar la zona cercana a la central de Three Mile Island, y allí entrevistó a diversos vecinos que le contaron historias personales de cánceres y otras enfermedades. La solución a mi problema podía ser esta: en lugar de la crónica que había escrito, introduciría en la novela las conversaciones que había mantenido con Martín sobre los dos asuntos.

Aquellos días, mientras revisaba mi novela, leí *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. En ella se cuenta el devenir de dos hombres que confluyen en un momento dramático de la historia. Uno, Sánchez Mazas, era falangista; el otro, Miralles, un héroe republicano. Aunque el noviazgo del autor-narrador

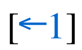
con una pitonisa y los viajes de Miralles de un lado a otro de la inmensa África, junto con una serie adicional de sutilezas, me habían despertado alguna suspicacia, leí *Soldados de Salamina* pensando que era una historia real. El autor insistía repetidamente en su veracidad, y utilizaba entrevistas con personajes reales como Rafael Sánchez Ferlosio (hijo del falangista) o Roberto Bolaño (escritor y supuesto amigo de Miralles) para sustentar esa veracidad. Pero por una nota de Cercas en el epílogo a la edición de 2015 comprendí que Miralles era una invención creada por el autor para contrarrestar al falangista, y deduje que el resto de la novela podía ser igualmente una ficción, apoyada sobre la realidad histórica de la existencia de Sánchez Mazas. El truco literario me pareció un engaño, una ruptura de algún acuerdo tácito entre autor y lector que ya me encargaría de concretar en otro momento. En la novela se hablaba, como eje de la trama, de un fusilamiento al que Sánchez Mazas había escapado milagrosamente; ¡no iba a ser yo quien tratara de descubrir si esa parte era cierta o no! Hablé entonces con un amigo escritor, que me dijo que todo el mundo sabía que Cercas era un maestro de la autoficción y leía su libro entendiéndolo como tal, y que, en resumidas cuentas, no solo era yo un ingenuo sino también un ignorante. Pero yo estaba convencido de que miles de lectores –posiblemente una mayoría– habrían leído *Soldados de Salamina* de la misma forma, pensando que se trataba de una historia real. Además, ya que, por mor de los políticos y demás manipuladores de las redes, la actualidad se había convertido en una quimera, ¿era necesario crear más confusión? Quizás precisamente ahora que la realidad estaba teñida de ficción la novela tuviera que ser otra cosa. Mi amigo replicaba que la novela era y sería lo que la novela quisiera ser, que todo cabía en ella y debías creértelo todo y no creerte nada, y que lo único realmente exigible era que fuera entretenida y estuviera bien escrita. En todo esto concordaba por completo con él. ¡Pero había límites!

Este incidente me convenció de que debía apartar de mi cabeza la única concesión a la ficción que había ideado para mi crónica autobiográfica, es decir, la existencia de un reportero llamado Martín Agezur. Me parecía que el tema del secuestro y asesinato de José Mari Ryan era demasiado serio para falsear la realidad. Además, el relato de mis vivencias había acudido al rescate de mi novela, y no lo iba a ensuciar en el último instante con la introducción de una falsedad. Aunque posiblemente hubiera dado vida a una versión más interesante, Martín se quedaba fuera. A su vez, esta decisión me hizo elucubrar sobre una doble paradoja. Por un lado me preguntaba qué sentido tenía renunciar voluntariamente a un elemento que podía hacer más interesante mi novela. Por otro, me cuestionaba cómo variaba, entre escribir realidad y escribir ficción, el valor literario de una obra. Pensaba por ejemplo que, desde el punto de vista del relato, el pasaje de *Una segadora en la cabeza* tenía un valor especial por el hecho de ser verídico. Lo mismo ocurría con la cabeza arrancada al foxterrier, un incidente sangriento y atroz del que todavía no me había recuperado. Sin embargo, comprendía que, como autor, habría

demostrado mucha más habilidad de haber sido capaz de inventarme estos dos pasajes; y todavía más si resultara que estaba escribiendo este epílogo para engañar. ¿Quería eso decir que Cercas era un genio?

Paradojas aparte, estaba convencido de que, más allá de artificios alegóricos, una historia tan trágica y cercana requería una aproximación real. Sin embargo –de nuevo sin embargo–, sabiendo que el relato hubiera sido más verídico si lograba contactar con Pepi Murúa, había decidido, por una mezcla de respeto y temor, no intentarlo. Dado por bueno el respeto, me llevó un tiempo comprender a qué se debía mi temor. Entendí que lo que temía era que sus recuerdos pudieran invalidar de alguna manera los míos. Que dijeran algo que contradijera las impresiones que yo había atesorado, desde que con trece años viviera aquellos dramáticos acontecimientos. Lo mismo valía para los retales que había ido añadiendo al relato a lo largo de los años, sobre todo a través de las efímeras conversaciones con mi padre que ahora había confirmado mi madre. En lugar de tratar de obtener una versión más cercana a los hechos, había elegido validar el inevitable componente de ficción que acarreaban mis recuerdos. Pero se trataba de un temor cierto y paralizante, ante el que me veía obligado a ceder. Me pregunté entonces qué podía suponer aquel temor en lo que concernía a mi novela. Tras divagar un rato alternando ventajas e inconvenientes de utilizar mis propios recuerdos, pasé a preguntarme qué podía suponer aquello en lo que concernía a la memoria individual, sorprendido de que el blindaje con el que protegía la mía estuviera resultando más fuerte de lo que hubiera podido pensar. Finalmente, me pregunté qué implicaciones podían tener aquel temor y aquel blindaje, aquella cerrazón, en lo que a la memoria de un pueblo pudiera concernir.

Notas



Antes Lemóniz, en euskera y oficialmente Lemoiz.